



Ebel Barat

Rosario viaja con perros

Colección \ **Ciudad y orilla**




Homo Sapiens
EDICIONES

Colección **Ciudad y orilla**

ROSARIO VIAJA CON PERROS

Ebel Barat

Rosario viaja con perros





*Mi agradecimiento especial y mi afecto a Guillermo Hollidge
por sus aportes y atinadas sugerencias.*

Palabras introductorias

Frente a la página en blanco suele brillar intermitente, admonitoria, la vieja consigna de la generación del 80, “escribir como se habla”.

Pocas veces obedecemos. Somos proclives al eufemismo, a la perífrasis embellecedora, al vocablo inusual. Resulta tentador lanzarse con afilados patines sobre la blancura helada de la página y trazar sobre ella arabescos elegantes. Con frecuencia asumir tal riesgo resulta una coartada útil al momento de narrar la realidad de los hechos.

No parece ser ésta la actitud de Barat frente a las diversas situaciones que desfilan cuento abajo en toda su transparente contundencia. Cada uno de ellos narra con precisión y claridad el episodio elegido, y uno lee casi como si estuviera escuchando al narrador deslizándose con fluidez sobre su propia oralidad.

Hay elecciones de vida así como elecciones de estilo. Podría ser lícito pensar estas últimas, en el Ebel Barat escritor, emparentadas con el ejercicio mismo de sus heterogéneas tareas profesionales, deportivas o campestres. En el primero de los casos, el rigor del movimiento calculado con precisión y dirigido hacia un objetivo concreto, la carga de energía que acarrea, la agilidad, velocidad o lentitud, reguladas y pautadas en ese mismo movimiento, se corresponden con la suavidad o

la intensidad con que ha sido producida la frase en el contexto sintáctico. Respecto del segundo, la inevitable regularidad y alternancia entre la época de siembra y la de cosecha, la obligatoria disciplina entre acoplamientos y nacimientos, entre floraciones y maduraciones se resuelven, en lo ficcionalizado, como disciplinada estructura entre descripción y narración, diálogos y reflexiones, retratos de personajes y choques o encuentros de sensorialidades y afectos.

La musicalidad y cadencia de lo verbalizado se vinculan a movimientos espontáneos de los cuerpos; olores y texturas remiten a elementos de la naturaleza; silencios o estridencias se suceden en solfeo de palabras: “Para Lin Yuan era su familia, y le hablaba en el atardecer extendido de la laguna mientras esperaba que se cargara la red. Aunque no se lo escuchara, se sabía que le hablaba porque lo miraba y él también lo miraba con toda su atención. Alguna vez se lo vio saltar al agua, pero casi siempre se encaramaba sobre la proa del bote con el hocico levantado. Aunque en la casa de Lin Yuan a veces ladraba, nunca lo hacía arriba del bote. Lin Yuan lo había acostumbrado a moverse poco y a estar en silencio. Aun cuando él le dirigía sus palabras susurradas apenas gemía mientras meneaba la cola y alternaba sus patas delanteras para pisar con ansiedad sobre la madera, como si bailara. Y así pasaron los días. Así pasaban las tardes, con la silueta de Lin Yuan en la que resaltaba su mechón de pelo blanco resplandeciendo bajo el último sol. Y con la de su perro de mirada grande como la laguna y tierna como el canto atardecido de los pájaros, cuando llega la noche.” (*“La justificación del tiempo”*.)

Lo introspectivo, en tanto un *adentro* que opera como contrapunto, encuentra su expresión, sin abandonar la sensorialidad, nota general predominante, en relatos que eligen la forma del soliloquio: “Pensé en este día desde siempre. No tengo miedo, estoy un poco triste. Me hubiese gustado que fuesen ellos mismos los que lo hicieran. No esta gente que no conozco. Porque después de tanto tiempo, uno se vuelve como de la familia. Cuántos años. Mejor ni los cuento. Muchos años, pero todavía me acuerdo bien. O me parece que me acuerdo bien. Quién sabe. Quién sabe lo que el tiempo hizo con mis

recuerdos. Y mis recuerdos con las cosas que pasaron. (...) A mí me marcaron los olores. Es lógico, después de tanto contacto. Su olor era desagradable, pero obligatoriamente limpio. (...) Olor a madera seca, a piedra al sol. Olor sano. Me gustaba el olor que dejaba después de las siestas.” (“*Siempre allí*”.)

Narratividad potente, carente de vana retórica, naturaleza al desnudo, cuerpos y almas al desnudo, palabra necesaria. Relatos que se deslizan sobre la blancura de las páginas dejando huellas simples y profundas.

Alma Maritano

Joao

De él me habló Pablo. Me habló durante ese verano en que nos pasábamos las tardes conversando en la posada que ya casi había terminado de construir al final de esa subida tremenda. No había ninguna otra en Silveira. Había algunas casas y algún rancho de pescadores. Me parece que no mucho más.

Llegar hasta la posada de Pablo era difícil. Tener que subir la cuesta tan empinada a pie requería mucho esfuerzo. No daban ganas de salir de la posada. Pero la vista del mar era imponente y a veces venían los surfistas a aprovechar el oleaje y el viento. Eran los precursores. Ahora el lugar es más conocido y van muchos con sus tablas modernas.

Qué tipo lindo me parecía Pablo. Delgado y con los ojos azules, como si fueran de sólida agua azul. Y muy simpático. Hablaba como si conociera a todo el mundo desde siempre. Cuando nos encontramos esa noche en el boliche del Cabezón me contó enseguida que tenía el HIV y hepatitis. Me lo dijo como si no fuera de gran importancia. O como que lo aceptaba así nomás, como otra fatalidad. Recuerdo que me cayó bien, que no sentí ningún rechazo. Al contrario, Pablo me resultó interesante desde el principio. Esa noche nos tomamos un Valmont tinto. Yo pensaba en su hígado y al final me animé a decírselo. Me contestó que era verdad, que tenía que cuidarse,

pero que a un vinito tinto no se le hace asco nunca y menos en Brasil. Y se tomó su parte con ganas, como si le hiciera falta desde hacía tiempo.

Ella no decía casi nada. Era evidente que estaba con él. Se percibía que a ella le encantaba acompañarlo, que lo adoraba. Y yo le pregunté cómo hacían en la cama. Con forro, sí o sí, no hay otra, viejo, ella está bien y si la contagio me mato, me dijo Pablo con un asomo de rabia.

Así nos hicimos amigos. Eso creo. La cuestión es que me pasé la mitad del verano en la posada mirando el mar, conversando y tomando cerveza. Una vez agarró la guitarra y se puso a tocar rock y a cantar como en los sesenta, cuando tenía el conjunto. Del nombre del conjunto de Pablo no me acuerdo, pero él no tocaba nada mal. Difícil que un tipo fino como él tocara mal. No se lo hubiera permitido.

Y Patricia estaba siempre allí, escuchándolo. Esperando que él discurriera sobre sus historias para acotar lo que creyera necesario, para adornarlo. Será por eso que a Patricia me cuesta más recordarla físicamente. No es que no pueda describirla, es que tengo que concentrarme más. Y era una linda mina. Aunque más bien diría que estaba fuerte porque medía como uno setenta y tenía muy buenas piernas. Simpática, y siempre alrededor de él. No la puedo imaginar si él no está en la escena. Ella allí, sentada enfrente y mirándolo mientras él contaba lo que tenía que contar. De lo único de lo que yo no estaba seguro del todo era de los perros. Dos Schnauzer de los más grandes. Dos perrazos negros, una hembra y un macho imponentes. Yo los acariciaba y ellos permanecían quietos y tranquilos, pero un poco ajenos. No recuerdo haberlos visto mover la cola. Eso me hacía recelar, pero bueno, estaban allí y quedaban bien en la posada. Porque la posada además de ser acogedora tenía cierta categoría, lo que en aquellos tiempos se diría “chic”. Era un producto lógico de dos argentinos naturalizados en Brasil. Estaban empezando a explotarla y se notaba que casi todo era de estreno. Casi todo nuevo y con esa falta de terminación que solo el uso y el tiempo cambian.

La sala estaba lista. Me llamó la atención que fuera trapezoidal. Todo un flanco estaba vidriado y daba al mar que desde allí se veía un poco irreal porque no se lo escuchaba, o parecía

que no se lo escuchaba. Al fondo había como un pequeño living con los sillones donde nos sentábamos a conversar y donde descansaba la guitarra de Pablo que para él se iba convirtiendo en un recuerdo. Porque a veces la miraba y sonreía. Como las fotos que estoy mirando. Estamos abrazados y sonriendo en el deck contiguo a la sala, apoyados en la baranda con todo el mar detrás. Todo el mar detrás. Qué habré querido decir.

Habían comprado las mesitas y las sillas de la sala y a mí me llamaron la atención. Era como si se adaptaran perfectamente a ese ambiente acogedor pero un poco salvaje. A esa cosa provisoria pero cálida que se suele ver en las casas que construyen en Brasil. Algo que expresa que la naturaleza allí es afable, que hace falta poco para estar a gusto. Quizá no era que las mesas y las sillas se adaptaran al entorno sino que eran parte de él, que lo componían. Bueno, una obviedad.

Entonces le pregunté dónde las habían comprado. Y me dijo el nombre que no podía sonar más brasileiro: Joao Alves. Me dijo que tenía la carpintería en la playa y que no se movía de allí. Eso de que tenía la carpintería en la playa y de que no se movía del lugar me interesó enseguida, así que me contó más. Resulta que Joao Alves vivía (a lo mejor todavía vive, pero no lo creo porque todo cambió mucho) en la playa de Ferrugem cuando allí no había casi nadie. Se dedicaba a hacer mesas y sillas con ramas y troncos. Sólo las placas planas estaban lijadas y cepilladas; el resto lo hacía con troncos y ramas vírgenes. Además casi no usaba clavos. Todo lo encastraba a presión y sin cola. Su arte era restringir al mínimo el uso de los metales. Como si la madera fuera el material noble y tuviera que soportar a regañadientes el aporte de algún clavo.

Una vez Joao me dijo que él sabía que también a los hombres les ponían barras de metal en el cuerpo cuando no quedaba otra cosa, pero que era seguro que al cuerpo eso no le gustaba, que era como aceptar un huésped indeseable.

En el taller casi no había elementos de metal. El movimiento de la sierra lo conseguía pisando una plataforma con una biela y una manivela, las dos de madera, que le daban movimiento a una polea, también de madera, por la que pasaba una cinta de cuero que iba a otra polea mucho más chica y solidaria con la

sierra circular, esa sí, de acero. Era muy simpático observar la postura de Joao cuando cortaba un pedazo de tabla o de tronco dándole movimiento a la plataforma con los pies descalzos y gruesos, casi igual que las abuelas con la máquina de coser.

Joao era un maestro, sin duda, cuando empuñaba la hachuela para afinar la punta de algún tronco que debía encastar en los orificios circulares que hacía en las tablas. Joao dejaba las puntas cónicas y con una hendidura longitudinal que servía para que el extremo del tronco fuera aumentando la presión a medida que se lo obligaba dentro del orificio, hasta quedar fijo y firme.

Eso es lo más lindo, dijo una vez, ir ajustando la punta al agujero y dejarla asegurada sin un solo clavo, madera con madera sin nada que moleste. Casi siempre se lo veía inclinado sobre un tronco lleno de cicatrices y sacándole astillas a una rama.

Cuando terminaba una mesa o una silla, Joao les daba una mano de barniz y eso era todo. El resultado era de un marrón claro y natural que le iba muy bien a esa fisonomía tan agreste de cada mueble. La naturaleza del árbol seguía estando presente y Joao dijo que así se podía ver bien cómo es que un mueble viene de un árbol. Que los muebles tenían que llevarse muy bien con los árboles y que tenían que ser respetuosos de su origen. Como tienen que serlo los hijos con sus padres. Dijo que las mesas, las sillas y las camas eran los únicos muebles verdaderos, que los demás no eran muebles.

Tres o cuatro veces fuimos a verlo. Era todo un trecho porque el camino de tierra estaba en mal estado y había muy poco tránsito, así que la manutención era mínima. El camino bordeaba la laguna y casi no había casitas, salvo un par de kilómetros antes de la playa donde estaba el centro del poblado.

Todavía no sé por qué se llamaba Ferrugem, pero es un hermoso nombre. Sé que significa herrumbre en portugués y me pregunto por qué será, habiendo tan poco material oxidable por allí.

La casa de Joao quedaba al fondo de la playa, al sur de la lagunita que la divide en dos. Había que llegar a pie o por un camino que daba atrás y que era muy difícil de descubrir.

Le gustaba conversar pero no dejaba su labor. No recuerdo la mirada de Joao ni haberme sentado a charlar con él. Pero curiosamente sí recuerdo su cara morena. Esa cara más bien pequeña y corta donde los rasgos tienden a apretarse debajo del pelo lacio y oscuro. Esa cara típica que vino de Portugal y se difundió en Brasil. Siempre parece que hay un aporte de sangre negra, pero uno nunca está seguro.

Alguna vez le pregunté si trabajaba mucho. Se trabaja a la hora de trabajar, me dijo. Entonces le pregunté si no trabajaba fuera de horario. Me dijo que eso no era trabajo. Yo le dije que era profesor y que a veces trabajaba de noche. Eso no es trabajo, repitió, solamente se trabaja de día y con la luz para el trabajo. A la tarde hay que parar y hay que esperar hasta la mañana. Yo le dije que no pensaba así y después habremos seguido hablando de otra cosa.

Pablo ya me había dicho algo, aunque no estaba seguro porque no le había entendido muy bien, de modo que cuando fuimos la segunda vez (yo ya me había decidido a encargarle la mesa y las ocho sillas que sabía que no me podía llevar) busqué la manera de entrar en tema.

Ahí están Joao y Pablo, debajo de uno de los arbolazos que había detrás de la casa. Joao apoyando el peso sobre la pierna arqueada y levantando la cabeza hacia Pablo, como si evitase enfrentar la cámara, quizá con algo de ese pudor y esa elegancia del hombre simple. Y siempre se veía igual, con el torso desnudo y descalzo. Usaba un pantalón corto oscuro arremangado en los muslos como si estuviera por meterse al mar. Pero solamente se metía al atardecer cuando echaba las redes para quedarse con algún pescado o cuando esperaba las olas para atrapar algunos camarones. Porque en esos tiempos se atrapaban en Ferrugem. No sé si todavía será posible.

Pienso en Joao y no me lo puedo imaginar cubierto y sin olor. Olor a Joao. Un olor que no era desagradable, ni suave ni intenso, donde seguramente jugaban el agua salada, los peces, la madera y la piel oscura.

Le pregunté si siempre había vivido allí. Me dijo que él sí, que siempre había vivido en ese lugar, pero que cuando era niño estaba con sus padres cerca de Imbituba y que su padre era pescador.

Que con los barcos y el puerto los pescadores se iban terminando, que Garopaba era más lindo y que allí todavía quedaban muchos.

Había empezado a conversar con Pablo cuando le pregunté si no le molestaba que fuera a caminar un poco por el lugar para conocerlo. Me parece que su actitud no cambió nada cuando me respondió que me sintiera a gusto, que paseara por donde quisiese.

Miré hacia el sur. La playa terminaba en una pequeña península que remataba en un morro. Había un cordón de rocas y tierra sedimentaria que unía el morro con la costa. No sé por qué tuve la certeza, sabía que hasta allí no iría, de modo que salí hacia el norte.

Todo era arena blanca y fragor de oleaje. Las olas, no demasiado grandes, rompían a metros de la playa y el agua era verde y acogedora. Entré al mar y me tendí sobre la arena para que el agua jugara con el cuerpo de mi cuerpo, como si yo no tuviera movimiento propio. Me gusta esa sensación de abandono y soledad. Ahora es el único motivo por el que entraría al mar. Nadar detrás de la rompiente pertenece a otro tiempo y a otra inconciencia.

Después seguí hasta el extremo norte y estoy seguro que estaba pensando qué hacía allí, quién era realmente Pablo y quién Joao.

Cuando volví Joao estaba en lo que le gustaba, hachuela en mano, y Pablo lo observaba en silencio apoyado en el tronco de un árbol. Le dije a Joao que la playa era bonita y que había ido hasta la punta norte. Todo lo que le estaba diciendo lo había previsto, así que seguí el plan y le pregunté qué había después del otro extremo, el del sur.

Joao, tal como me lo adelantara Pablo, me dijo que él no sabía, que él no había ido nunca a ver. Giré la cabeza hacia Pablo que me sostuvo la mirada con la elocuencia de la complicidad y le pregunté a Joao por qué no había ido detrás de la península que quedaría a unos quinientos metros de su casa. Joao me dijo que no tenía por qué, que por ahora no le interesaba y que no creía que alguna vez le llegara a interesar.

Yo volví a insistir y le hice ver que, habiendo vivido toda la vida en el lugar, era raro que nunca nada lo hubiera llevado

hasta allí nomás, detrás del morro. Joao no levantó la vista de la labor y me respondió que no, que no era raro y que nunca nada lo llevó detrás del morro, y siguió afinando la punta de la rama. Pablo me hizo una seña levantando las cejas y me pareció que insistir sería molesto, entonces le pregunté a Joao si podría hacerme una mesa grande, como para ocho sillas. Me respondió que sí.

Le pregunté cuánto costaría y me dijo una cantidad de cruzeiros que no recuerdo, pero era muy barata. Entonces quise saber cuándo estaría lista y me pidió que viniera dentro de un mes. Nunca supe muy bien si prefería que no volviera antes o que ése era el tiempo que necesitaba.

Mientras regresábamos a Silveira intenté comentar la visita a Joao pero Pablo no estaba muy dispuesto. Pensé que tal vez se sintiera mal.

A los dos o tres días me volví a Rosario. Le dejé el dinero a Patricia y quedé en que dentro de un mes la iba a llamar. Le pedí a Pablo que me manejara el asunto de la mesa y nos despedimos con esa efusión no muy sincera de las partidas. A pesar de las tardes que nos pasamos en el living de la posada nunca es bueno apearse. Cuidate, le dije a Pablo. Vos también, me respondió y bajé la cuesta empinadísima preguntándome si habría una próxima vez.

Me pasé tres años en Rosario. Es un modo de decirlo porque en realidad, como siempre, me fui todas las veces que pude, algunas con una justificación cierta, otras con una de “bijouterie”. Aunque la “bijouterie” es una cosa seria también.

En una clase de salsa la conocí a Lorenza. Era muy extraño que una mujer como Lorenza estuviera allí metida entre tanta aspiración del trópico. Lorenza era una flaca alta (me han comentado que sigue siendo tan flaca y tan alta como antes) que se vestía como para un desfile de Versace aunque tuviera que ir a la popular de la cancha de Central. Pero le iba muy bien. Supongo que sería la sonrisa abierta y la mirada perdida como si no supiese qué pasaba. A mí me llamó la atención. A decir verdad, Lorenza llamaba la atención enseguida. Estaba como fuera de ambiente, pero eso le daba más brillo.

No era kitsch, Lorenza era así. Y bailaba, pero de un modo extraño que a veces desafiaba a la gracia. Era una incógnita si amaba o no la música (ahora sé que no entiende nada, pero la ama) porque se la veía bastante pretenciosa con las compras de discos que nunca terminaba de escuchar. Yo no supe si me había gustado cuando la vi, lo que quiere decir que me había gustado de veras. Probablemente a ella le pasó lo mismo y ni temprano ni tarde empezamos a salir. Nos acostamos la tercera vez, como correspondía por aquellos tiempos, y me pareció un poco ridículo que quisiera dormir con una “camisetita” de algodón. Nos veíamos una vez por semana y al tiempo ya dormía completamente desnuda. Me pregunto cómo dormiré ahora.

De ella casi no tengo fotos y no sé por qué nunca tuve ganas de mirar fotos en donde estuviera ella. Por allí debe haber alguna.

Hicimos varios viajes juntos y en general nos llevábamos muy bien. A ella le molestaba la cantidad de cigarrillos que yo consumía y a mí, que a veces tenía mal aliento, pero por suerte solamente en los viajes. Después se le pasó.

Con el de Brasil hubo muchas marchas y contramarchas. Porque nos peleábamos y nos amigábamos continuamente. Siempre con cariño aunque ella era más irascible que yo. Hacía mucho que no sabía nada de Pablo. Joao había hecho la mesa y la tuvo en su taller como seis meses. Después la gestión de Pablo permitió que la mesa fuera a parar a la casa semiabandonada de un amigo de él cuyo apodo no era muy convincente, le decían “el Laucha”. No puedo asegurar que en aquel tiempo yo haya olvidado la mesa, pero nunca me preocupé por rescatarla o hacer otra cosa. De algún modo sabía que este caso no requería ninguna atención especial.

Yo no le avisé a nadie, primero, porque no es mi costumbre, y segundo, porque hasta el día de la partida no sabíamos bien a dónde ir. La mesa me importaba relativamente y yo pensaba que ése era el viaje de Lorenza. Hacía unos días que había empezado a referirse a Chile y la cordillera y esa mañana no sabíamos hacia dónde salir. A setenta kilómetros de Rosario todavía no estábamos seguros. Al final dijimos Brasil y no se habló más de la cosa.

En la frontera no había mucha gente pero el trámite era bastante complicado y molesto. Decidí mostrar mi mejor humor (para mí mismo) y me puse a escribir con una birrome sobre el hombro de ella. Le escribí “a mí me gusta la polla de Juan Martín” mejicanizando el término para suavizarlo y se lo dije. Ella se lo dejó escrito hasta que se borró solo.

Esa noche paramos en Carazinho, que debía ser (digo debía porque no sé cómo será ahora) el pueblo más largo y abierto del mundo. Desde el acceso al centro era como otro viaje. Un viaje bastante inútil porque el centro apenas se distinguía por la plaza, la iglesia, el banco y dos o tres comercios de productos del campo. Dos o tres edificios de doble planta sin ninguna otra pretensión que servir de depósito y boca de expendio al mismo tiempo. Pero como tantas cosas en Brasil me pareció simpático. Como el “rodizio” de pizza y el “tinto seco” con gusto a uva chinche de aquella cena.

Al día siguiente llegamos a Garopaba. Lorenza había estado registrando el mapa porque habíamos decidido estar en un lugar tranquilo y fuera del circuito. Eligió Ibiraquera que estaba escrito con la letra más chica. A mí me sonó a matraca o algo así. Pero era el viaje de Lorenza y no fuera a ser que yo eligiese algo peor.

El acceso estaba escondido y no era nada fácil distinguirlo desde la ruta, pero poniendo atención descubrimos el cartelito que lo indicaba. La entrada no fue prometedor; una sucesión de chacras de mandioca, prados, vacas bastante flacas con gesto manso y algunas casillas desperdigadas. Pero no nos desanimamos y al final llegamos al pueblito ubicado entre la laguna unida al mar por un brazo de poca profundidad y el propio mar abierto que se extiende hacia el sur, a lo largo de una playa grande y ventosa. Un hombre parecido a Joao nos alquiló un dormitorio con baño y cocina. Lo acompañaba un muchachito inquietísimo y con la cara manchada que no paraba de mirarnos alternativamente, Pedro Silva. El ardiente interés de Pedro me llamó la atención, porque lo diferenciaba de los paisanitos del lugar. Me enteré de que ahora se dedica con éxito a los negocios inmobiliarios y que es uno de los que contribuyó a que el lugar haya crecido bastante.

No había mucho que hacer en Ibiraquera más que leer, andar por la playa y satisfacer el incentivado deseo sexual, de modo que a los cuatro o cinco días decidí ir hasta Silveira para ver qué había pasado con Pablo y la posada.

La subida era tan abrupta como se lo había advertido a Lorenza, pero ella era animosa para andar y la subió canturreando alguna de sus canciones bobas que tenía la capacidad de tornar simpáticas. En realidad yo pensaba que su aparente inconciencia era hermosa. Y ella también. Allí estaba la posada, llena de plantas que habían invadido casi todas las superficies planas, incluido el portón. Dudamos un buen rato. Tres años apagan una amistad que no tuvo tiempo de afianzarse.

Finalmente azotamos el badajo de la campana y los primeros que se hicieron presentes fueron los perros que no terminaban de agradarme, a pesar de las exclamaciones de Lorenza. Enseguida apareció Patricia y le costó reconocermela. Después de cruzar unas palabras me advirtió que Pablo había estado muy mal. Que ahora estaban tratando de engordarlo. Pensé en el HIV pero Patricia me dijo que había hecho un tratamiento contra la hepatitis que le había bajado las defensas y había derivado en una meningitis muy fuerte. Había estado más de un mes muy grave. Le dije que no lo molestara pero ella insistió en que nos quedáramos porque él iba a querer verme. Pasamos al living donde habíamos conversando tantas tardes.

Cuando apareció Pablo del brazo de Patricia estaba realmente muy flaco, apenas andaba, pero al vernos ensayó una sonrisa. Patricia nos sirvió cerveza, a él apenas un cuarto de vaso. Pablo intentaba conversar conmigo como si no hubiera pasado el tiempo pero a veces decía algunas incoherencias que Patricia le corregía con buen humor.

Él era consciente de sus desvaríos y me dijo, acompañándonos con el típico gesto de la mano, que así lo había dejado la meningitis. También me dijo con una trabajosa alegría que había terminado el tratamiento contra la hepatitis y que no se había hecho los análisis para ver los resultados porque estaba abocado a restablecerse un poco. Pablo estaba muy mal, pero la iba peleando.

De la mesa simuló que se acordaba por lo que yo no insistí con el tema. Patricia me dijo que aún la debía tener el Laucha. Del que sí se acordó bien fue de Joao pero me dijo que hacía rato que no sabía nada de él. Le dije que yo lo iría a visitar y que después le contaba. Aunque a Lorenza parecía no molestarle estar allí y había dicho que el lugar era hermoso, creí prudente que nos fuéramos. Esa tarde terminamos la salida paseando y comiendo moqueca en Garopaba.

Lorenza estaba intrigada con Joao, hablamos de él durante el desayuno del día siguiente. Además yo quería saber qué era de su vida. Creo que uno o dos días después fuimos a Ferrugem.

Ferrugem había cambiado mucho. La habían descubierto los surfistas y empezaban a llegar chicos y chicas. Me dijeron que el movimiento a la noche era intenso y que se fumaba mucho. A Lorenza le gustó la idea de venir alguna vez a escuchar música y fumar algún porro. También le gustó la playa y caminar pasando la lagunita hasta lo de Joao. Habían construido dos casas nuevas no lejos de su cabaña, pero el rincón donde vivía Joao seguía siendo muy acogedor, con la playa delante y después el mar abierto con su oleaje rumoroso.

Joao me reconoció enseguida y saludó con una lejana cortesía a Lorenza que le sonreía de oreja a oreja. Ella fue la que se puso a conversar y a preguntarle por sus muebles y a ponderar su casa y lo que tenía a medio hacer. Joao le respondía con educada lentitud, o eso me parecía. Todo iba bien hasta que ella vio uno de sus perros que le pareció flaco y le preguntó por qué estaba así. Joao le dijo que estaba así porque era así. Y ella insistió en que estaba muy flaco y que él tenía que hacerlo engordar.

Joao la miró en silencio un instante y le volvió a decir que el perro era así. Lorenza dijo que no, que el perro estaba flaco. Joao permaneció callado y yo hice lo que pude para cambiar de tema pero la cosa no quedó muy bien que digamos. Después le pregunté sobre la mesa y le dije que había venido a buscarla. Joao tampoco dijo mucho más.

Lorenza y yo salimos a caminar por la playa. Yo estaba decidido. Después de todo qué podía pasar. Era cuestión de sentido común. No había escuchado a nadie hablar de nada extraño en la playa. Le pedí a Lorenza que fuéramos hasta el

límite sur porque quería ver qué había detrás de la península. Ella accedió con toda seriedad.

Ahora me doy cuenta de que eso le encantaba. Había una cierta tensión, como si fuéramos a descubrir algo especial. Yo pensaba que Joao jamás había hecho eso y me parecía increíble. Le dije a Lorenza que se preparara, que íbamos a abrir la caja de Pandora. Me inquirió con la mirada, pero no había ninguna ley escrita que no lo recomendase, salvo la de Joao, que sólo era válida para él.

Fuimos despacio hasta el brazo de rocas. Yo iba con una disposición religiosa que Lorenza compartía. Habremos tardado unos diez minutos o algo más y cuando nos encaramamos sobre la roca más grande del brazo que unía al morro con la costa pudimos ver perfectamente qué había del otro lado: más rocas y fuertes rompientes, nada de playa hasta otra saliente de la costa que estaría a unos mil metros más al sur.

Volvimos hasta lo de Joao para saludarlo y todo fue breve. No teníamos mucho más que decirnos. Antes de irnos Joao le regaló una macetita con un flamboyán nuevo a Lorenza y ella le agradeció con sus efusivas exclamaciones.

A Ferrugem no volvimos y el programa de salir a beber y fumar marihuana quedó en eso. Nos dedicamos a pasar el tiempo un poco leyendo, un poco en la playa aunque no nos gustaba el sol tan intenso, y un poco haciendo el amor. Tampoco volvimos a lo de Pablo, pero antes de regresar lo llamé por teléfono para saludarlo. Me atendió Patricia y me dijo que Pablo estaba descansando y que era mejor no molestarlo, que me quedara tranquilo que iba evolucionando bastante bien.

Vino un tiempo tranquilo, quizá el más tranquilo que hayamos tenido con Lorenza. Yo me dedicaba a mis clases y ella a su trabajo en la universidad. Casi no hubo peleas. Salíamos a cenar todos los días. Yo trataba de fumar lo menos posible y conversábamos de todo como buenos amigos. Ella se reía de las anécdotas que yo creía graciosas y no hacía comentarios.

Percibí algo una vez que me dijo que cuando ella terminaba una relación, la terminaba de verdad, que no tenía vuelta atrás y que se olvidaba completamente, encontrara o no otro tipo. A los dos meses, con mucha delicadeza me dijo que me quería

mucho, que no salía más conmigo y que íbamos a ser buenos amigos. Me costó aguantarlo y la primera hora fue muy angustiante. Después me puse a trabajar para buscar otra cosa y dejarla atrás. Pero no pude.

No sé con exactitud cuanto tiempo pasó, alrededor de un año, tal vez. Recibí una llamada de Pablo que verdaderamente no esperaba y estuvo efusivo como de costumbre. Me dijo que se había recuperado bien y que tenía la cabeza donde tiene que estar. Lo felicité por su salud y le pregunté cómo andaban las cosas por allí. Me dijo que lo había vuelto a ver a Joao y que había conversado con él el día anterior y que también por eso me había llamado. Me contó que entre otras cosas Joao le había dicho que hacía unos días había ido hasta el extremo sur de su playa y que había pasado del otro lado. ¿Y?, le pregunté.

Pablo me respondió que Joao le dijo que allí la playa era igual y que también vivía un hombre igual a él que se dedicaba a sus cosas y que, como a él, no le hacía falta salir para saber qué había en otro lugar.

Yo me acordé de las rocas, del agua que salpicaba y de dónde terminaba ese pedazo de costa desierta. Dudé, pero mucho no le dije a Pablo, no tuve ganas. Ahora no tengo dudas.

Joao es muy real, como esta mesa sin clavos que traje como pude de Brasil y que quiero tanto como al flamboyán que se adaptó al clima de aquí. Real como esta foto donde estamos Pablo y yo con el mar detrás y esta otra en blanco y negro, la única de Lorenza que se da vuelta para mirar la cámara. De ella no sé mucho, hace tiempo que volvió a Barcelona, que siempre fue la ciudad de sus amores.

La ruta de Ortiz

Enrique Ortiz había llegado hacía menos de una hora. Consiguió habitación enseguida en la hostería en la que siempre se hospedaba. Le gustaba el ambiente modesto que le había quedado como residuo de otros tiempos, cuando la moda era ir de vacaciones por allí. Esa suerte de decadencia digna le parecía linda, como la mayoría de los viejos del lugar. Los viejos del lugar se veían tranquilos, con el aire de aceptación que dan los días largos y silenciosos.

Las camas vastas, las paredes rústicas y con adornos insignificantes le traerían recuerdos de su infancia pasada en las sierras de Córdoba, donde las casas eran parecidas.

Y cada vez que experimentaba la sensación de agrado al recordar la hostería, pensaba en el desayuno. Ese desayuno que incluía un tazón grande de café con leche y una cestita con medialunas de grasa, vastas como las camas, acompañadas con dos platitos con mermelada de durazno y dulce de leche. Era increíble que todavía los hoteles fueran tan baratos allí. Sería el exceso de plazas que se gestaron cuando estaba de moda.

Dejó el equipaje y el portafolio en su habitación y condujo bordeando la costa hasta alejarse un par de kilómetros. Allí, muy cerca del parque, había un boliche encaramado sobre el farallón desde donde se veía la playa abajo y el mar abierto y plomizo.

Enrique Ortiz había llegado hacía menos de una hora a Necochea y estaba sentado en la mesa redonda junto a la pared y el ventanal. Ya había pedido el cortado y encendido el cigarrillo que se disponía a saborear. Pero Enrique Ortiz se seguía sintiendo mal.

Era la misma ansiedad que lo había acompañado desde que empezara el viaje.

Al principio no le había atribuido ninguna importancia. Era, pensó, la molestia que siempre tenía antes de comenzar cualquier gira. Nunca había podido comprender bien qué ocurría. Por qué se malhumoraba tanto los días previos. Sí sabía que se le pasaba a poco de aplicarse a su trabajo. A veces antes, como cuando tomaba la ruta cuarenta y uno que cruzaba el este de la provincia de Buenos Aires después de pasar por Rosario. Desde que la habían reparado, la ruta se había vuelto muy ágil para el tránsito porque no entraba en los pueblos y porque no era de las más frecuentadas. Además las planicies y los bajos grandes de la provincia de Buenos Aires lo descansaban y le daban placer. Pero no esta vez. Iba apurado.

Asombrosamente tampoco encontró bienestar allí, frente al mar, en uno de los lugares que más disfrutaba. Seguía sintiendo casi lo mismo. No podía saborear el cortado ni las pitadas que repetía maquinalmente, una detrás de la otra.

Qué carajo pasa, masculló, y llamó al dueño.

Poca gente hoy.

Y, estamos fuera de temporada.

Usted no cierra.

No, alguno al mediodía o a la tarde siempre cae.

Pero ahora estoy yo solo. Está raro el ambiente.

¿Le parece?

Será el viento. El viento norte.

Aquí casi siempre hay viento. Hoy sopla de la costa, del este.

Qué sé yo. Yo siento algo raro. ¿Usted no?

No sé, puede ser.

Bueno, qué sé yo, dígame cuánto le debo.

Enrique Ortiz pagó el cortado y encendió otro cigarrillo. Éste lo voy a fumar tranquilo, se dijo. Pero le fue difícil. El anterior le había dejado su regusto y el efecto del segundo no

se dejaba sentir. Terminó apurándolo en dos pitadas largas y se levantó de la mesa. Decidió volver al hotel. No le quedaba otra que tirarse a leer o dormir hasta que se hicieran las siete para visitar a Del Piero.

Salió a la arena y se olió las axilas. Tenía el olor rancio de cuando se ponía nervioso y la transpiración fría a pesar del calor. Para qué carajo me apuro, se preguntó al abrir la puerta del auto.

Esa tarde no durmió nada. Apenas hojeó una guía de viaje que le habían regalado. No se concentraba en el texto pero lo atraían los mapas de las rutas que conducían hasta Perú, pasando por Bolivia. Lo atraían pero sin placer, como atrae lo repulsivo. Él no se dio cuenta, pero lo que le desagradaba era que los mapas se sucedieran retomando las rutas hacia el norte. Cuándo van a parar, se dijo indignado. Hasta dónde quieren ir. Cuándo van a dejar de empujar.

A las siete fue al negocio de Del Piero, que lo atendió con esa mezcla de educación y sorna que Ortiz atribuía a cierto atavismo familiar ya que las hijas, gemelas y sonrientes, hablaban igual que el padre. Son todos idiotas, pensó como siempre.

Cómo andás, Enrique, lo saludó Del Piero remarcando la ese y el acento en la a. Cómo anda Córdoba.

Bien, y aquí, cómo está todo.

Y más o menos, la temporada floja. Hubo mal tiempo en enero.

Siempre igual, pensó Ortiz, siempre va a decir lo mismo.

No había mucho que reponer y tampoco demasiados títulos nuevos que le interesasen. Ortiz se limitó a tomar el pedido sin detenerse en los comentarios gastados de Del Piero.

¿Vamos a cenar esta noche?

No, che, te agradezco, mañana salgo bien temprano.

Eh, no te quedás nada esta vez.

No, no, tengo que seguir.

Esa noche Ortiz durmió de a tramos cortos. Soñó siempre lo mismo. Veía una alfombra delgada que se iba desenrollando y que no se terminaba nunca. La veía siempre de costado y le resultaba hostil.

A las mañana siguiente le dio un trago al café con leche y cerró los ojos. Lo saboreó con aplicación, como si quisiera

olvidarse de algo. Untó una media luna con la mermelada de durazno y volvió a cerrar los ojos. También le agradó. Después pidió la cuenta, y enseguida sintió rabia.

Se va rápido esta vez, Don Ortiz, le dijo el dueño.

Sí, tengo que seguir, tengo que seguir, le contestó como pudo.

A poco de tomar la ruta a Bahía Blanca empezó a sentir algo en todo el costado derecho del cuerpo. Algo indefinible. Una presión como de agua, sólo del lado derecho. Esto debe ser la hemiplejia, se dijo como queriendo asumir lo peor. Porque se sentía enfermo y era de los que buscaban apurar el mal trago de un golpe. Aferró el volante para que el auto no se le fuera hacia la izquierda y trató de pensar en el mar que le quedaba de ese lado. El agua siempre le daba paz. Pero esta vez se imaginó zambulléndose en las profundidades, con auto y todo, empujado por alguna fuerza ignota.

Quería doblar hacia la izquierda y acelerar pero la ruta se lo impedía. En las dos o tres curvas en que pudo hacerlo, sintió cómo se esfumaba la presión en su lado derecho y cómo volvía a molestarlo al recuperar la dirección hacia el oeste.

Ortiz siguió aguantando durante horas hasta que llegó a las afueras de Bahía Blanca. Serían alrededor de las dos de la tarde y en lugar de buscar hotel enfiló hacia el puerto.

Necesitaba el mar. Ver el mar. Ver los barcos anclados en el muelle, inmunes a la prisa y descansando en silencio. No le importaba el hotel ahora. Necesitaba ver el mar. No daba más.

Ortiz venía acostumbrado a la velocidad de la ruta y a la ansiedad por llegar de una buena vez. Iba demasiado rápido.

Cuando se dio cuenta, estaba a pocos metros del muelle. Clavó los frenos y el auto se deslizó por el terreno ripioso y viró un poco a la derecha. Derrapó varios metros mientras Ortiz tensaba los músculos de la mandíbula y los del pecho al extremo.

El auto siguió hasta que la rueda derecha se detuvo sobre el granito del muelle, bastante lejos de una amarra y a un centímetro del borde.

Recibió la descarga de un río de adrenalina. Se le cortó la respiración y estuvo a punto de desmayarse.

Respiró como pudo y como pudo metió la marcha atrás ante la mirada atónita de dos marineros asomados a la proa de uno de los dos cargueros viejos que estaban amarrados.

Sintió un dolor agudo detrás de los ojos y en el cuerpo dolores difusos y profundos como cuando lo apaleaban en las prácticas de yudo. No tenía energía para avergonzarse frente a los dos marineros que seguían esperando sin saber qué pasaba.

Ortiz arrancó regulando. Estaba muy mareado. Metió la segunda marcha y se fue sin prestar atención al pistoneo del motor.

Para festejarse un poco, esa noche fue a cenar a un restaurante que no era barato pero que le agradaba. Se sentó frente al televisor y miró sin interés el partido que jugaban Boca y Banfield. No le gustaba el fútbol, pero se había acostumbrado a su compañía en los boliches solitarios de las giras. Pidió una botella de López tinto y vitel toné de entrada. Allí lo hacían muy bien. Después una suprema al roquefort. Era mucha comida, pero estaba ansioso. Bebió la botella demasiado rápido y apenas hizo sobremesa. Tenía necesidad de irse. Volvió caminando, entregándose a las vacilaciones que le provocaba el vino.

Se derrumbó en la cama y enseguida buscó el teléfono. Era un reflejo. Tenía la costumbre de llamarla a los dos o tres días de iniciar una gira.

¿Hasta dónde vas, Enrique?

No sé. No sé bien. Tengo que ver. Depende.

¿Y cuando volvés?

Qué sé yo, depende, viste.

¿Qué te pasa, Enrique? Estás raro.

No, nada, nada, quedate tranquila, todo bien, mañana te llamo. Mañana tengo que seguir.

Al día siguiente tomó la ruta tres hacia Carmen de Patagones. La larga ruta que se internaba en la profundidad de la Argentina y que él conocía hasta cierto punto, en Chubut.

Enseguida lo sintió. Una presencia, atrás.

Empezó a mirar por el espejo retrovisor. Pero siempre veía la cinta asfaltada desierta. Nadie.

Tenía que mirar adelante pero no le gustaba abandonar el control que hacía por el espejo.

Había que seguir. Era urgente. Urgente seguir. Tenía los músculos de la espalda muy tensos. Rotó el cuello para relajarse.

Se puso a pensar en la frenada de Bahía Blanca y después en Bahía Blanca. Qué ciudad rara. Una mezcla de pueblo con ciudad elegante. Con esos edificios franceses que se ven en la provincia de Buenos Aires. Bahía Blanca.

De golpe se dio cuenta de que no había visitado a ningún cliente. Se quedó tieso. El escalofrío lo obligó a tragar saliva. Qué carajo, dijo en voz alta y aceleró a fondo.

Siguió así hasta llegar a Carmen de Patagones y dobló a la derecha, hacia San Antonio Oeste. A los pocos kilómetros, empezó a experimentar lo mismo que antes. La misma sensación de cuando salió de Necochea. La presión en el costado del cuerpo que daba al norte.

Aceleró hasta el límite. Me va a dar un derrame, pensó primero y después, en caer al mar. En buscar el mar y lanzarse por el aire con auto y todo.

Dejate de boludeces, atinó a decirse.

Resistió hasta San Antonio y encontró cierto alivio al virar a la izquierda, hacia el sur.

Es eso, se dijo. Al sur, tengo que seguir hacia el sur. Qué hay en el sur. Las Grutas. Podría parar en Las Grutas.

Las Grutas era un lindo lugar para descansar un poco.

Casi enseguida volvió a darse cuenta de que no había visitado a ningún cliente desde Necochea y se imaginó a las dos mellizas rubias sonriéndole y mirándolo. Que se vaya todo a la mierda, dijo en voz alta.

Cuando llegó al acceso a Las Grutas se dio cuenta de que no podía parar allí, a pesar del mar plumizo y bajo. De ninguna manera. Aceleró y siguió de largo.

Pero se quedó un buen rato mirando por el espejo la avenida de acceso al centro que se alejaba.

Una camioneta gris que no había advertido lo pasó. Al notarla dio un volantazo hacia la derecha. Después la miró alejarse un tramo pero enseguida sintió necesidad de alcanzarla y

aceleró a fondo en cuarta velocidad. Recién cuando la pasó colocó la quinta para alejarse hasta perderla de vista.

Ortiz comenzó a manejar con una concentración de hierro mientras alternaba miradas nerviosas entre los espejos laterales, el central y la ruta adelante.

Adelante estaba el desierto y para eso estaba el desierto. Para atravesarlo. Para huir de atrás

Atrás estaba la cinta plateada de la ruta, siempre pegada a la cola del auto. La cinta de asfalto no la dejaba tranquila a la cola del auto.

Cuando llegaba a Rawson, observó el tablero. Fue un acto inconsciente, fruto de tantos años de manejo. Me quedan dos gotas de gasoil, tengo que parar, no queda otra.

Se detuvo en la Shell y esperó que le llenaran el tanque sin decir nada. El empleado, que lo reconocía de alguna otra vez, observaba atentamente cómo Ortiz oteaba el norte y olía el viento.

Cómo va la cosa.

Eh. Ah, sí, bien.

¿Hasta cuándo se queda?

Voy al sur, más al sur.

¿Ahora mismo?

Sí, voy al sur.

El empleado se dio cuenta de que Ortiz no quería hablar. Estos son todos iguales, pensó.

Son setenta. ¿Quiere factura?

No, pago con tarjeta de débito.

Mientras esperaban la autorización de la tarjeta de débito, Ortiz miró el acceso a Rawson y se acordó de Etcheverry. Etcheverry lo había llamado porque quería hacerle un pedido bastante grande. Debería hacer un esfuerzo y quedarse en Rawson para atenderlo, pero al mirar hacia el norte, se dio cuenta de que eso era una locura.

Firmó sin decir palabra y salió enseguida.

A los dos o tres kilómetros el dolor en el vientre lo obligó a detenerse. No soportaba más las ganas de orinar. Cuando se bajó el cierre, la presión en los uréteres no lo dejaba empezar con el desagote de la vejiga. Y Ortiz tensó el rostro hasta que

por fin un escuálido chorro comenzó a fluir hacia el polvo calcáreo del desierto. Balanceaba su cuerpo mientras el chorro incrementaba su caudal. La exclamación de alivio no fue larga. Enseguida se concentró en controlar la ruta, apoyado con un brazo en el guardabarros trasero izquierdo.

Nunca había pasado de Rawson y desconocía el camino de allí en adelante.

Voy a tratar de llegar a Comodoro Rivadavia. Si puedo, paro en Comodoro, necesito descansar en algún momento.

En realidad su fatiga era mucho mayor de lo que él creía y cuando el sol empezó a ponerse, encendiendo la meseta de un anaranjado intenso, tuvo que empezar a luchar contra el sueño. Quizá era porque se sentía un poco mejor.

Con la luz más tibia no necesitó controlar tanto sus espaldas. Además el mar estaba al este y de alguna manera era una compañía. Como si viajase con él, a un costado.

Nunca había llegado tan al sur y eso le pareció bueno. Siendo nuevo en un lugar, nadie ni nada lo conocerían. Estaba más tranquilo.

Los párpados pesaban toneladas. Hacía muecas para mantenerse despierto. Golpeaba el tablero con las manos. Gritaba y su propio grito lo laceraba, pero sin quitarle el peso del sueño.

Gracias a los oficios de su férrea voluntad y de la buena fortuna, llegó hasta una curva leve, cerca de Comodoro Rivadavia. Allí su entrenado instinto lo hizo aminorar la marcha.

Ya trasponía los umbrales de la inconciencia cuando dejó que el auto se deslizara por el pedregullo de una explanada natural que había sobre la cresta de la curva, hasta detenerse mansamente en el descampado que reverberaba bajo la luz de la luna solitaria. Y el silencio lo envolvió todo.

Enrique Ortiz apenas pudo reclinar el asiento para entregarse enseguida a la invasión de un sueño espeso como el de los narcóticos. Empezó a roncar sin freno.

Soñó lo mismo toda la noche. El sueño de la alfombra desenrollándose indefinidamente. Pero ahora esa alfombra era el mismo asfalto. En lugar del cilindro del rollo en el extremo, había una ola. Una ola que no paraba de romper, y que iba desplegando por detrás la cinta del pavimento.

Delante de la ola iba un auto rojizo como la tierra misionera, sucio de polvo opaco y también rojizo. Era un auto viejo y cansado, parecido a un Fiat 1500. En el parabrisas trasero llevaba pegada una calcomanía que en letras de imprenta negras rezaba: ENRIQUE ORTIZ.

No era un sueño angustiante. Era un sueño maratónico. Quizá porque él no se identificaba con el auto viejo. Él era el pavimento, la cinta que se desplegaba, la ola que rompía. Él era esa ola que iba detrás, proyectando al auto hacia el sur.

Durmió alrededor de nueve horas y se despertó con el sol encendido que aparecía a su izquierda, tiñendo todo de rojo. Qué hermoso es, pensó Ortiz. Se acomodó en el asiento, chasqueó la lengua y emprendió la marcha.

Pasó alrededor de una media hora hasta que se detuvo cerca de Comodoro Rivadavia para llenar el tanque y retomar la ruta tres.

Al poco rato divisó un puesto de control policial que consistía en la casilla rodante y un policía en medio de la ruta. Otra molestia, otro escollo. Rogó tener la suerte necesaria para que no lo detuviesen. Pero en esa ruta no hay muchos vehículos que escoger. El policía le hizo señas. Ortiz empezó a frenar mientras un gusto metálico se impregnaba en su saliva.

Buen día.

Buen día.

¿De dónde viene, señor?

De Córdoba.

¿Cuál es su destino?

Ortiz permaneció callado mirando hacia delante.

El policía lo miró y repitió con autoridad.

Cuál es su destino, señor.

Una alfombra que se desenrolla, una ola que empuja sin parar.

Cómo dice, señor, preguntó el policía, con gesto de preocupación.

Ortiz frunció el ceño y entrecerró los ojos.

Voy a Río Gallegos.

¿A Río Gallegos?

Sí.

Continúe, le dijo el policía sin desearle buen viaje.

Ortiz arrancó y buscó el espacio. Siguió conduciendo ansioso por lo que pasaba detrás y ansioso por ganar terreno.

Faltarían unos ciento cincuenta kilómetros para Puerto San Julián. Había pasado el cruce con la ruta doscientos ochenta y uno que va a Puerto Deseado. Allí fue cuando sintió el sonido aislado y neto de su teléfono celular queriéndole advertir que se estaba acabando la carga.

Fue un golpe. Una señal para hacerlo acordarse de él.

Él era Enrique Ortiz. Él vendía para la editorial, él vivía en Córdoba. Vio la imagen de la cara de su mujer y después la de sus hijos y después la pared amarilla del escritorio.

Entonces gritó. Gritó con todas sus fuerzas “no” arras-trando la o desgarrada.

A dónde estoy yendo, a dónde me estoy llevando.

Clavó los frenos y los neumáticos chillaron. Dio una vuelta de ciento ochenta grados y se detuvo. Miró con rudeza el pavimento vacío unos segundos. Arrancó con la actitud de un kamikaze en sentido contrario al que venía.

No duró nada. Fue instantáneo. El bienestar fue instantáneo. Algo así como la calma. Una seguridad que había olvidado por completo.

Había vuelto sobre sus pasos y sintió el alivio.

Su mente se puso en blanco y manejaba con toda convicción por la ruta larga y desierta. Enrique Ortiz no pensaba. Solamente tenía certeza.

Condujo así, sin mirar atrás durante aproximadamente una hora hasta que apareció el cartel. Él no conocía la ruta pero, de algún modo, le había sido revelado ese cartel.

Puerto San Julián 20.

¿Cómo?, se preguntó con pavor.

Y sí. Seguro, se respondió apretando los dientes. Siempre voy al sur.

Después bajó la ventanilla, tomó el teléfono celular con todo el cuerpo de la palma derecha, lo contempló un instante y lo arrojó hacia abajo, estrellándolo contra el asfalto. Le gustó ver por el espejo retrovisor cómo rebotaba desbaratándose en dos o tres pedazos.

...

Enrique Ortiz caminaba por la costanera haciendo tiempo. Era una costanera sin playa, con un muelle largo. Una costanera rocosa con esa luz apagada del sur nublado, la luz de acero y frío. La luz con silencio. En el muelle amarraban varias embarcaciones para turistas y la avenida de doble mano tenía el tránsito de una ciudad activa. Encendió un cigarrillo y se puso a mirar el mar. Vio que era de un gris muy denso, casi negro y sintió que emanaba frío. Se dio vuelta y observó la ciudad. Ushuaia era una ciudad con todas las letras, más grande de lo que él hubiera esperado. Una ciudad extraña, llena de turistas extranjeros. Una ciudad como de otro país. Toda la Tierra del Fuego era como de otro país.

Hacía una hora que había dejado el auto estacionado en la ruta con la trompa hacia el canal. Separarse del auto le había parecido bien. Algo le decía que no era un abandono, que era necesario. Sintió que había cumplido su tarea y después de contemplarlo un instante le dio una palmada al capot y se inclinó para besarle la trompa.

Se alejó sin volverse.

Ahora tenía frío y buscó un café donde esperar. Faltaba dos horas para tomar el Terra Australis que iba a Puerto Williams, en Chile. Fue un café largo detrás del ventanal mirando el mar inquieto y pesado. No se dio cuenta de que no tomaba un café así desde Necochea.

...

Navegaban por el canal del Beagle. Vio los cormoranes y los lobos marinos. Vio otras aves y vio cómo se alejaba Ushuaia. Se acordó de la alfombra desenrollándose. Pensó que la ola que rompía siempre, terminaba allí. Entonces metió la mano en el bolsillo y extrajo la llave del auto. Le dio un último vistazo para ver si sentía algo. Separó los dedos y la dejó caer por la borda.

Después de eso Enrique Ortiz no sintió que el tiempo se retiraba. Después de eso pasaron cuatro meses.

...

Hacía cuatro meses que el auto estaba parado en la ruta, inclinado sobre el mar. Cuatro meses sin que nadie lo moviera. Probablemente al principio fuera simplemente observado, pero después habrá causado molestia ver el deterioro y la soledad de ese auto con la trompa apuntando al mar. Alguien que vivía enfrente denunció el hecho. El auto no podía seguir allí. La policía lo declaró abandonado y a la mañana siguiente la grúa de la Dirección de Tránsito saldría para retirarlo del lugar y depositarlo en el corralón.

...

Puerto Williams era un lugar nuevo. Las casas y las calles eran nuevas, con la frialdad de lo que parece provisorio. Se veía que había sido construido en una etapa y que crecía muy lentamente sobre esa base. De eso no se había dado cuenta Enrique Ortiz apenas llegado, cuando se alojó en la única hostería. Allí fue gastando sus últimos pesos hasta que descubrió la cabaña abandonada que había sobre la costa, hacia el este.

Los habitantes de Puerto Williams se fueron acostumbrando a la presencia del argentino.

El argentino es raro, viene al pueblo una vez por semana, hace cualquier trabajo que haya y se las arregla en la caseta que hay allá, detrás del monte, cerca del caserío de los indios, Sí, sí, solamente se puede llegar a pie. Habla poco, dijo que se había retirado allí por necesidad, dijo que el norte, sí, dijo eso, que el norte lo había empujado hasta allí. Claro, claro, le contestaron mi señora y Aída, qué le iban a contestar. Parece buena persona y trabaja bien con la madera a pesar de ser argentino. Se vuelve siempre caminando, a media tarde, comentó en el bar un tal Ricardo Rodríguez.

...

La policía había controlado más al principio, pero no descubrió nada extraño, salvo, quizá, las largas horas en que

Ortiz permanecía emplazado sobre el risco observando el espacio, hacia el sur. El pedido de antecedentes había dado negativo.

Todo había estado en orden hasta la madrugada en que llegó el mensaje donde se buscaba el paradero de un argentino desaparecido.

...

Probablemente fue la falta de uso. Cuatro meses detenido en una pendiente tan pronunciada es mucho tiempo para el freno de manos.

Era noche plena. Sólo velaban las luces amarillas de la ciudad. Hacía el frío de siempre.

El auto comenzó a deslizarse.

Eran unos seiscientos metros. Seiscientos nocturnos metros.

El auto comenzó a recorrerlos en línea recta, primero suavemente, después lanzándose sobre todo su peso, hasta llegar a la curva de noventa grados.

Allí, al final de la recta, la noche vio cómo levantaba la trompa y desarrollaba una última parábola muda en el vacío, para abandonarse en el mar profundo, al pie del monte. Alguien con sueño muy liviano quizá escuchó el chasquido en el agua.

...

Cuando el auto comenzaba a deslizarse, Enrique Ortiz abrió los ojos y enseguida se levantaba del catre.

...

A la mañana, la grúa no encontró nada, solo una huella difusa que se alejaba por el asfalto.

Se lo llevó el dueño, dijo el encargado de la grúa. De algún modo se avivó de que hoy lo veníamos a buscar. Debe tener un amigo en la Dirección. Volvámonos.

...

Esa misma mañana dos carabineros y dos vecinos encontraron la caseta cerrada por fuera y con la llave puesta en la cerradura. Adentro todo estaba muy limpio y en orden. En la alacena quedaba la mercadería que se deja en las casas que están un tiempo sin habitar.

Cuando se retiraban, cerraron la puerta con llave, sacaron la llave y se quedaron observando las imágenes que habían pintado en la cara exterior: la silueta de una gaviota en vuelo que parecía dirigirse hacia un disco situado arriba, tal vez el sol o la luna. La pintura se veía fresca.

Una dirección inesperada

Se despertó en la mañana que debía ser gris por la raquíta luz que dejaban pasar las hendiduras de la celosía. Seguramente una mañana como la de ayer. Y como la mayoría de las mañanas de esa temporada que le parecía la más larga en París: el otoño. Él sentía que el otoño tardaba en retirarse y, curiosamente, se demoraba en llegar. Hubiera insistido (de hecho lo hacía cada vez que podía) en que amaba esa estación y su silencio ceniciento, y su modo de enfrentarlo con su humanidad que para él residía en el propio cuerpo, al que las largas jornadas solitarias le permitían observar minuciosamente. Tal vez amara la angustia.

Menilmontant exhibía su pobreza de finales de la gran guerra en el hollín de los muros, en los fierros oxidados y en el cementerio de automóviles. No ignoraba que la pobreza era un frecuentado material de los fotógrafos que, junto con otros hombres del arte, edificaban este segundo carácter de la ciudad. Un nuevo carácter que la acompañaría durante todo el siglo y seguramente más aún. La pobreza, como la angustia, ofrece sus flores, se obligó a pensar, pero no había ninguna dicha en esa posible iluminación.

Le costaba abandonar la cama porque no sabía bien adónde ir, aunque de alguna manera seguiría sus propios pasos que no necesitaban saberlo.

Se levantó por fin y abrió una de las dos ventanas de la guardilla que daba a otra casi igual, situada enfrente. Las ventanas estaban abiertas pero no se veían ni el hombre ni la mujer que vivían allí. Nunca, a pesar de que solía observarlos de tarde, había logrado encariñarse con esa pareja que cenaba poco después que él.

Con el estómago vacío bajó los cinco pisos raídos por la estrecha y desgastada escalera de pino y salió a la calle.

No noto cuándo empezó a gestarse la idea, pero apenas recorrida la veintena de pasos que lo separaban de la esquina, la pregunta se le hizo cierta y clara.

De qué está hecha el alma, comenzó a interrogarse con la disciplina que aplicaba para no desviar su pensamiento entre lo que esa calle y esa mañana podrían sugerirle.

El alma, si existe, debe estar configurada por algo. Partió de la premisa de su existencia porque tenía un nombre. Ese nombre quería definir algo. Y ese algo entonces existía. Corroboró su idea de que las cosas son porque llevan nombre, porque alguien las ve. Las cosas son porque hay otro que las ve, razonó. Y esa conciencia parecía ser exclusividad del hombre.

Le gustó pensar en el hombre como creador de su universo y volvió a remitirse al hermoso poema épico de Juan, el evangelista, que empieza con una diáfana belleza: “Al principio era la palabra”. Pero ése no era su teorema de la mañana y el ejercicio de repetirse incesantemente la pregunta para no alejarse en el discurso de sus razones, lo llevó a concentrarse en la respuesta. Su respuesta sería una respuesta mutante, y la única posible para él. Una respuesta necesariamente defectuosa para cualquier otro, salvo si ese otro estuviera lejos de comprenderla.

Si el alma es (y es porque tiene nombre) entonces está hecha de algo. Ese algo debería tener unidades. El átomo del alma. O más aún, las partículas subatómicas del alma, ya que los átomos comenzaban a tener identidad y por lo tanto diferencias en función de la cantidad y la disposición de esas mismas partículas.

Subió por Oberkampf y pensó en el nombre de la calle. Alguna operación mental le dijo que esa calle debería llamarse así, pero no todavía. Llegó a la plaza Menilmontant. Allí dobló a la derecha en dirección a Père Lachaise.

Sabía que las avenidas del cementerio eran un buen lugar para sus pensamientos y se divirtió imaginando que allí, quizá, encontraría una respuesta más rápida porque las almas liberadas de sus ataduras podrían percibirse mejor. Tal vez hallaría una profusa emanación de almas que lo ayudara en su búsqueda.

Hacía el frío húmedo del entrado otoño pero todavía no llegaba a garuar, aunque la humedad ambiente en su límite alcanzaba para mojarle el pelo lacio y negro. Le parecieron extraños su pelo lacio, negro y largo aplastado sobre la redondez de su cráneo y sus manos blancas; albas, se dijo, metidas en los bolsillos de su impermeable que le llegaba hasta las pantorrillas.

Creyó entender que en el límite de la materia estaba el alma y, por obligatoria simetría, en el límite del alma empezaba la materia. Se permitió jugar y buscó un nombre para lo que componía el alma. Un nombre que refiriera la homología a las partículas químicas que componían la materia, es decir el cuerpo. No pudo evitar detenerse en su propio cuerpo que el ejercicio del silencio le había hecho observar con una mezcla de distancia, compasión y cuidados. Un cuerpo que quería como a una mascota a la que se le tiene cariño, tanto por su lealtad como por su desamparo. Un cuerpo para tenerle paciencia, se dijo. Su disciplina no tardó, sin embargo, en alejarlo de ese ejercicio casi instintivo. Era preciso volver al juego. No era algo lógico, pero intuyó que en los ingenios del juego encontraría cómo avanzar. Deseaba que la belleza estuviera cerca de la verdad, como habían prefigurado los antiguos.

El empedrado del cementerio, al que había llegado sin darse cuenta, le impedía un caminar fluido y la pátina de humedad le producía una vacilación en la planta de los pies que sentía casi como si estuviera descalzo. Tal vez estaban mojados, aunque él los sentía descalzos.

Si los átomos componen la materia, cómo dar nombre a sus homólogos del alma. Y le vino la palabra *intenciones*. Sonrió pensando en que las intenciones podrían ser los átomos del alma.

El bienestar de ese hallazgo le duró apenas unos instantes porque se acordó de lo que, de algún modo incierto, sabía: se

investigaba una relación análoga entre la energía y la materia. No se puede inventar nada, se dijo a modo de consuelo, pero es sabido que nadie se conforma con eso.

Buscó y entrevió que, así como había un punto sutil donde la materia y la energía se suspenden, quizá hubiera otro tripartito donde ocurre lo mismo entre ellas y el alma.

Aceleró el paso bajo la sombría enramada. Sentía que estaba cerca de algo, cerca del asombro del hallazgo, y se puso a disfrutar del silencio y de los blancos mausoleos manchados del paciente moho. Suspendió momentáneamente sus indagaciones para disfrutar de la repentina placidez. Se metió por un sendero lateral con mucha pendiente y se acordó de Balzac y su arder extenuante, pero no quiso buscar su tumba. Había comenzado a garuar y se dio cuenta de que necesitaba salir a la calle para seguir con sus pensamientos porque el cementerio acrecentaba su protagonismo. Dar vueltas en el cementerio era no pensar, y ésa no era la consigna.

Salió por la puerta central a la avenida Menilmontant y comenzó a desandar el camino, pero sin embargo subía.

Volvió a las intenciones, las unidades del alma. Se preguntó qué sería lo que las mantiene unidas durante el tiempo de la vida de un ser humano. Qué era lo que las cohesionaba durante ese decurso y qué pasaría después de la muerte. Puede ser lo mismo que ejerce esa función con el cuerpo y su movimiento, con la materia y la energía que son un ser humano. Era algo superior a la razón, algo irracional o (tal vez es lo mismo) infinitamente racional. Buscó y le fue mostrada la palabra *voluntad*. También sabía, de un modo incierto, que eso no era un hallazgo y que había quien la utilizara para algo semejante, pero le importó menos. Discurrir sobre estas inquietudes era su necesidad y decidió continuar.

Ahora, como era de esperar, bajaba por la avenida. Llegó hasta Rond Point. En la esquina abierta había un edificio alto y de pocos años. A pesar de ser nuevo no se sustraía al ambiente apagado y mugriento. Sin embargo el lugar le gustaba. Era su barrio y ese edificio también sería tema de los fotógrafos.

La voluntad era el agente de cohesión de las partículas, de las intenciones del alma, y les daba unidad temporaria. Se

demandó qué pasaría con esas intenciones sin voluntad, desligándose unas de otras después del período de la vida, cómo se recombinarían esas intenciones en los seres venideros. Pensó en reencarnaciones y se sintió ridículo cuando le pareció que, más que reencarnaciones, había que considerar regeneraciones del alma. No conocía término y llegó a la palabra *reenalhmaciones* pero no tuvo deseos de sonreír.

Levantó la vista y contempló los automóviles en la niebla y la supremacía del gris. El gris ajeno del olvido en los retratos.

Hizo un censo de los fotografías que ya conocía, un repaso de la memoria. Eran tres: Robert Doisneau, René Zuber y el joven Henri Cartier Bresson, pero los tres nombres formaron una unidad. Y volvió a tener conciencia de sí mismo, de su pelo húmedo y largo, de sus zapatos viejos y de sus manos excesivamente blancas. Tal vez siguió caminando.

De nuevo volvió a sus análisis. Si las intenciones, perdido el trabajo cohesivo de la voluntad, se fueran soltando con la muerte, era dable pensar que se recombinarían siguiendo las indiscifrables leyes del azar, por lo que fracciones de lo que fuera un alma irían a formar parte de otra. Concluyó que un alma actual llevaba la impronta, por fracciones, de múltiples almas anteriores. Todo esto si las intenciones fueran estrictamente a ocupar un cuerpo nuevo o, considerando el sutilísimo límite entre alma, cuerpo y energía, lo constituyeran espontáneamente. Se preguntó si una alma completa podía migrar a una situación nueva, lo que le pareció improbable dada la pérdida de la voluntad, pero lo improbable no era imposible. Quizá eso explicara la certeza de algunos de haber sido tal o cual persona en otra vida.

Se lamentó de que siguiera entreviendo infinitas posibilidades. Quiso consolarse diciéndose que era propio de la naturaleza infinita del hombre, de las cosas, de sí mismo. Tal vez las intenciones podrían migrar, ir a constituir otro ser material. Tal vez pasaran a otras dimensiones, otros estados.

No podía explicar por qué, pero los bordes del impermeable comenzaron a pesarle en las piernas y la marcha se le hizo hostil. Decidió seguir por Belleville hasta la plaza y después bajar a su guardilla en Crespin du Gast. La idea de bajar le produjo cierto alivio.

Jean Phillipe Horvat despertó sorprendido del realismo de su sueño en la guardilla refaccionada recientemente. No recordaba todo, pero la sensación de desasosiego y de fatiga lo alertaron.

Trató de cumplir el ritual que le daba paz y lo disponía para el trabajo. Encendió la computadora portátil y se dirigió a la cocina para prepararse su café negro y su muesli con yogur de cada mañana. Se dijo por enésima vez que el departamento era ideal para su trabajo y que había sido afortunado en dar con una mujer tan aplicada a las pequeñas comodidades. Volvió a pensar que eso era propio de una mujer aún joven y se acercó al escritorio para abrir la ventana como cada mañana, antes de abocarse a traducir la nota editorial del *New Time* para su edición en francés. Enfrente estaba la guardilla de la pareja que observaba a la hora de sentarse a cenar. Pensó que era la del sueño. Y, como en el sueño, no le agradaba, pero no quiso ahondar. Se sentía incómodo y por eso decidió acompañarse con la música que solía escuchar a la tarde, cuando regresaba de sus paseos. Sabía que su desasosiego estaba relacionado con sus recientes traducciones de las cosmogonías de India e Indonesia. Tuvo la intención de volver al sueño, pero a pesar de sentir su influencia en el cuerpo no lo recordaba con claridad. Se daba cuenta de que había un encono entre el sueño y su posición de ver la vida como lo que hay. Algo opuesto a su actitud de concentrarse en el aquí y ahora que había decidido en su terapia.

Entrevió al hombre de su sueño y se dijo que en nada se parecían, salvo en la presencia del arte de la fotografía. Eso era un ingrediente propio de él. Después se disgustó un poco al preguntarse qué no era propio en un sueño propio. Se detuvo, quizás para diferenciarse, en su fisonomía corpulenta de alsaciano, en su piel rosada y sus manos pecosas y fuertes.

Jean Phillipe Horvat no tenía deseos de trabajar esa mañana y se conformó porque era domingo.

Bajó los cinco pisos de la escalera y salió a la calle que guardaba algo de elegante. Algo diferente a los alrededores donde se notaba la presencia de la inmigración del Magreb.

En la cafetería de la plaza se detuvo a tomar otro café y a fumar un cigarrillo. Le caía bien al camarero que le ofreció un

pastis. Se excusó diciendo que era temprano pero que contara con eso para más tarde. A Horvat le agradaba el pastis a pesar de ser del norte.

Había feria como casi todos los domingos de primavera. Después de hojear el diario sin poner especial atención, decidió recorrerla.

Pasó, un poco al acaso, por los distintos puestos con vajilla, lámparas, narguiles y toda clase de utensilios usados y con alguna pretensión de antigüedad. Se detuvo dos o tres veces sin mayor convicción y empezaba a preguntarse qué podría hacer que fuera más de su agrado.

Entonces vio los cuadros. Era casi en la esquina y serían alrededor de una decena que conformaba una pequeña exposición de fotografías. Habían servido de adorno porque estaban enmarcadas. Los marcos mostraban daños.

Recorrió uno grande con una escena de niños debajo de una escalera, encima de la que se extendía un empedrado donde había vehículos estacionados. Ninguno circulaba.

Les enfants de la rue Vilin, leyó y después su vista buscó el retrato más pequeño.

Tardó unos instantes en darse cuenta.

Sintió una intensa y callada emoción. No quedaba más que preguntar el precio.

El árabe contestó que valía diez euros.

Horvat le ofreció el billete y se dirigió hacia el cuadro. El árabe lo tomó entre sus manos y con un par de golpes certeros acomodó el marco que estaba desclavado.

Quizá por simpatía o quizá porque Horvat no regateó, le ofreció el cuadro de los niños por cinco euros más. A Horvat le pareció bien y se llevó los dos cuadros.

Mientras caminaba colocó el cuadro pequeño delante del otro y se detuvo a mirarlo íntimamente. La foto era en blanco y negro, como la otra. Debajo decía 1952. En la escena brumosa volvió a reconocerlo. El hombre delgado, y de pelo húmedo, envuelto en su impermeable salía de la puerta central del cementerio Père Lachaise a la avenida frente a la calle de La Roquette. Se llevaba una mano blanquísima a la frente.

¡Sucubu!

La Historia comienza en Lisboa. Llegamos para la misma temporada a cubrir distintos temas acerca de la ciudad, yo para el diario y Martín para la revista.

Me gusta llegar a Lisboa por aire, como esa vez. El avión suele cruzar el Tajo antes de echarse al aeropuerto, en medio de la ciudad. Casi siempre hay sol y relucen los techos rojos y los manchones verdes.

Y ahí está Lisboa.

Lisboa, que siempre debe querer una descripción de sí misma, que debe desear que la noten.

Porque Lisboa siempre estuvo allí, y sin embargo no la nombran tanto. Como esas chicas en un baile que apenas alguno llega a entrever. Y que después de ser entrevista, cuesta sacar a bailar porque nadie lo ha hecho hasta el momento.

Por algo será, nos decimos, hasta que finalmente, después de superar la típica aprensión, nos acercamos.

¿Bailás?

Y claro, Lisboa sale. Tiene la serena convicción de quien se sabe linda, una vez que alguien se haya tomado el trabajo de contemplarla.

A mí me pasó algo parecido, en algún otro lugar, seguro. O lo leí, no recuerdo bien. Está registrado en mi memoria ese

incremento del interés y el gozo que se siente cuando se descubre una belleza inesperada. Supongo que a todos nos pasa.

Así es Lisboa. Desde el mirador de Santa Lucía siempre se ve bonita y limpia, como esas chicas de los rincones en el baile. Y pienso en el buen bacalao con pimientos y con fados que alguna noche me permitió disfrutar.

Así es Lisboa.

Pero nunca sabremos cómo era ella. O qué.

Se diría simplemente que era una mulata oscura, casi negra. Con los gestos graciosos y menudos de la península. Tenía los ojos grandes, la nariz muy pequeña y unos labios finos que la remitían a la belleza que estaba de moda en los setenta. Y quizás tuviera más de cincuenta, nunca se va a saber. Porque se notaba que no era una jovencita. Aunque tenía la alegría y la frescura de esos morenos que mantienen su juventud casi hasta el final.

Atendía la barra. Era la cantina del Instituto Nacional de Danzas donde tenía que hacer la nota Martín. Yo me puse a observar cómo se bailaba kysomba. Y al mirarla a ella me dije: seguro que lo baila muy bien. Cualquiera hubiera imaginado que ella lo bailaba. Era casi negra y el pelo le caía lacio sobre los hombros. Le sobraba impronta.

Pero no.

Florina, así se llamaba, no sabía bailar, eso dijo. Y dijo que sólo estaba allí para atender la barra.

No sé por qué tendí a descartarla. Estaba trabajando, no era tan joven, y yo había venido con Martín. No me llamó la atención que comenzara a hablar con ella. Solía hacerlo siempre y pensé que era muy capaz de intentar algo. Además esa tarde tenía la actitud: los ojos entornados y la sonrisa indeleble. Podría decirse que era fruto del ocio, de la ciudad nueva, pero yo sabía que eran las tres o cuatro largas pitadas que le había dado al porro. Había que tener paciencia.

Pasaban los minutos y Martín no se alejaba de la barra.

A decir verdad, yo tampoco, y aunque no intervenía en la conversación, me gustaba escucharla. Era evidente que a Martín le interesaba, porque no exhibía signos de querer retirarse. Me parece que a mí también. No me daba cuenta por qué.

Ella no permitía que la charla se apagara y nos hacía preguntas acerca de lo que se bailaba en Argentina.

De todo, pero lo más famoso es el tango, le dije.

Florina tenía los senos muy pegados y su delgadez los realzaba.

Igual que a su delgadez el vestido negro, corto y simple. Tenía piernas y brazos musculosos.

Estás un poco flaca, me atreví a decirle.

“Fraca” nao, dijo ella. Magra sí, mais fraca nao, eu sou forte, doblemente forte y me miró con hermética picardía.

Me gustó cómo lo dijo, con una sonrisa franca que le marcaba las patas de gallo finitas alrededor de los ojos atentos.

Quedamos para encontrarnos frente al cine San Jorge. Digo quedamos porque un poco quedamos los tres, aunque para mí estaba claro que Martín tenía la primacía.

Esa tarde yo salí antes de la cita a dar una vuelta, y como suele ocurrir cuando se está en otro lugar, me sentí cansado casi enseguida, así que me quedé en un café de Restauradores a dejar pasar la hora larga que faltaba para encontrarnos frente al blanco edificio del cine.

Me entretuvo una pareja gay, ya entrados en años, sentados delante de mí. Los dos estaban rapados, uno completamente y el otro llevaba una franja de pelo muy corto en el medio que le cruzaba el cráneo a la manera de los mohicanos.

En verdad me resultaba angustiante observar cómo el más calvo bebía sin parar martinis o algo así, siendo apenas media tarde.

Estaba en eso cuando curiosamente veo pasar una mujer vestida con vaqueros y una remera roja. Me pareció que era Florina, más cuando vi los anteojos, los mismos que llevaba la tarde anterior. Era muy temprano, y era ella, sin dudas.

¡Florina! le grite, y no reaccionó. Volví a llamarla dos veces más, pero no se dio por aludida en absoluto y siguió en dirección a Avenida da Liberdade. Me dio un poco de vergüenza haberle gritado desde el bar, más cuando noté que los gay se reían después de darse vuelta para mirarme y volverse de nuevo para seguirla a ella. Me pareció raro que uno se volviera de nuevo para observarme y bajé los ojos.

Llegué a la puerta del cine unos diez minutos antes de la hora y allí estaba ella. Martín no había llegado, de modo que lo esperamos.

Hace mucho que estoy aquí, no tenía nada que hacer.

No me animé a decirle que la había visto. Pensé que tal vez no había querido detenerse en mi mesa.

Martín apareció con total puntualidad, fresco como una lechuga.

Alégrense, acabo de llegar, y todo vestido de blanco, ¿no merezco un aplauso?

Yo conocía esas estupideces y lo acompañé con una sonrisa. Florina hizo lo mismo aunque no creo que haya entendido nada.

Parecía un operario de frigorífico, pero se ve que a él le gustaba.

Caminamos calle abajo. Vaya a saber por qué Martín la invitó a tomar un café en el mismo bar en que había estado yo hacía unos instantes. Los gay ya se habían ido. Había algo que no me gustaba de ese bar, pero me senté sin comentarios.

Eso sí, eligieron otra mesa.

Martín se tomó su café fruiciosamente, como le gustaba hacer en los bares del centro, mientras se dirigía a Florina.

Parecía todavía más joven que la tarde anterior y mientras ensayábamos palabras en portugués (ella jamás se mostró interesada por aprender las nuestras en español) nos contó cosas de su vida.

Tengo dos hijos. Uno de treinta y otro de veinte.

Menos de cuarenta y cinco no tiene, pensé, porque no podía calcularle la edad. Podría tener sesenta, pero mirándole la panza me parecía imposible.

Era del Alentejo y había venido de niña a Lisboa, a vivir en la casa de una tía.

El Alentejo es una región pobre, le dijo Martín.

No es pobre, el Alentejo no es pobre, no. Ocurre que Lisboa es una ciudad rica.

Martín la observaba con fijeza. Ella también, y si bien prestaba atención cuando yo le dirigía la palabra, enseguida volvía la cara y se detenía más en él.

El café y el hecho de que todavía no fuera de noche, en la que solía “arrancarse la cabeza”, no hacían que la avidez de Martín fuera más contenida.

Preguntaba sin parar con una atención que a veces me parecía agresiva, hasta para con él mismo. Pero “al final del día” era todo corazón.

Las respuestas de Florina me despistaban. No me permitían forjarme en la mente a la mujer que tenía delante de mí.

Como hacía frío decidimos salir a caminar y subimos hacia el Chiado por las escaleras que están cerca de la estación Rossio. Fuimos hasta el mirador de San Pedro de Alcántara y allí comenzamos a hacerle preguntas a cerca de los diferentes palacios e iglesias de Lisboa. ¿Esa es la catedral?

Yo no sé. No creo.

¿Y eso no es el Panteón?

¿El Panteón? Yo no sé.

Martín tomaba su desconocimiento con simpatía. Es irremediablemente optimista y, todavía hoy, todo sigue siendo motivo de asombro para él.

Por fin nos acercamos hasta el panel donde, en mayólica, está el plano con las indicaciones que buscábamos. Ella parecía interesarse tanto como nosotros por esa ciudad que debería pertenecerle.

No recuerdo cuánto hace que no vengo por aquí, no estoy segura de haber venido alguna vez.

Yo lo miré a Martín como para hacerle algún gesto pero no quiso darse por aludido.

La invitamos a comer en uno de los pequeños restaurantes que están en la escalinata que baja a Restauradores, y compartimos un arroz con mariscos.

Florina no comió prácticamente nada, y sí bebió dos o tres copas de vino tinto.

Como muy poco, nos dijo.

Como mucha fruta. Un kilo de fruta por día, y nos miró para que nos hiciésemos cargo de la magnitud.

El médico me ha dicho que tengo que comer más carne porque me falta algo. ¿Cómo se llama eso?

¿Vitaminas?

No, no es vitaminas
Proteínas, le dijo Martín.

Eso es, proteínas.

Su vida se había ido detrás de sus hijos. Diez años después que nació el primero vino el segundo y nuevamente tuvo que ocuparse de la crianza.

Crianza le dicen los portugueses y los brasileros a los niños. Son una acción de los padres, recuerdo que le dije. ¿Tanto se depende de los padres? ¿Por qué le dicen crianzas a los niños?, le pregunté a ella.

Crianza, crianza o niño, la misma cosa, me dijo con elocuencia.

Yo no sé hablar mucho. No sé hablar como ustedes. Estudié muy poco, solo hasta sexto grado. No pude estudiar más. Ahora es un poco tarde pero lo estoy haciendo. No sé hablar como ustedes pero ahora sé muchas cosas.

Vi en Martín un rictus que le conocía. Era de indignación.

Es el capitalismo de mierda, seguro que pensaba.

Iba a ser radicalmente dulce con Florina Porque era compasivo. De lo más compasivo. Eso no le iba a impedir acostarse con ella. Siempre combinó muy bien la compasión con el sexo.

El sexo es compasivo con el otro y conmigo mismo, verdadera compasión, me dijo alguna vez, con resignada picardía.

Martín ya estaba lanzado. Se había metido media botella y era capaz de cualquier cosa para conseguirla.

¿Vos sos compasiva?, le preguntó a Florina.

Sí, soy compasiva, más con los humanos que con los animales. Ustedes dos van a ver que yo soy compasiva.

Una mujer que estaba sentada en un ángulo del comedor se puso a cantar un fado acompañada por una guitarra.

Vi la expresión de placer en los ojos de Martín y sentí resquemor. Podía entrar en el proceso de “arrancarse la cabeza”. Para desviarlo le pregunté a Florina qué estudiaba.

Flamenco y outras cosinhas.

¿Otras cosinhas?

Sí, outras cosinhas.

¿Bailás flamenco?

Sí, un poquito, pero bailo muy bien kysomba.

Dijiste que no sabías.

Nos miró con una complicidad que yo no terminaba de comprender.

Yo aprendo cosas de antes y de ahora también.

Esa noche tomó el metro en Baixa Chiado y se fue a su casa. Quedaron con Martín en encontrarse poco después del mediodía, cuando ella tenía un recreo. Yo les dije que tal vez fuera.

La vimos meterse solita escaleras abajo.

Dale tranquilo, yo mañana me quedo en la pensión a dormir la siesta, le dije antes de separarnos.

Al día siguiente, me dediqué a recorrer Gracia y la Alfama hasta la estación de Santa Apolonia. Caminé muchísimo disfrutando de una Lisboa que ya se había presentado. Intimaba con esa chica del baile que iba forjando su imagen con la seguridad de ser saboreada, y yo tenía la seguridad de que me gustaba. Casi cada vez que me detuve en un mirador o en una plazoleta me vino con energía esa figura. Le puse ropa y rostro a esa mujer imaginaria. Era blanca y de pelo castaño oscuro, no muy largo. Más vale menuda, llevaba boina azul, vaya a saber por qué.

Cuando llegué a Santa Apolonia y me detuve a tomar un café en un bar de mala muerte, como suele decirse, me acordé de Florina. Me preguntaba cómo le habría ido a Martín. Estaba preocupado aunque no veía por qué. Llegué a pensar que tal vez me hubiera gustado estar en su lugar, pero después concluí que yo estaba bien allí, con la Lisboa de boina azul.

Sonó el celular. Era Martín.

¿Por donde andás?

Estoy en Santa Apolonia pero ya vuelvo al centro. ¿Querés que nos encontremos a tomar un café?

No, estoy cansado, esta noche nos vemos con Florina para cenar en la morería, venite.

¿Qué tal, cómo te fue?

Bien, bien, después te cuento.

Florina estaba contenta de verme. Me dirigía la mirada más que antes. Subimos las escalinatas que llevan a la morería y paramos en el restaurante de una negra de Cabo Verde. Sonaba

la música de las islas. No era Cesárea Évora. Era un hombre pero la cadencia se sentía igual de cálida y dramática, como siempre. La negra era la autoridad total. En la cocina le ayudaba el que debía ser su marido.

Era un portugués delgadito con la mirada huidiza, que parecía consultarle todo. Ella le hablaba con frases cortas e imperativas. Él las recibía en paz y hacía alguna cosa.

Martín la llamó por hielo, pero la negra no respondió. El marido le avisó que la llamábamos desde nuestra mesa.

¡Que esperen!, soltó la negra, sin darse cuenta de que estábamos observándola.

El marido nos sonrió.

Casi enseguida la negra se acercó cantando la canción que sonaba y siguiéndola con la fácil cadencia de su cadera. Cuando dejó el hielo la miró a Florina: se le iluminó el gesto. Florina se levantó y la acompañó a la barra de la cocina donde trabajaba el marido Yo le pregunté a Martín si ella había elegido el lugar.

Si vos dijiste de parar aquí, me contestó.

Se ve que se conocen.

Seguro, mirá cómo hablan.

Yo presté atención a la ávida conversación que mantenían, pero no alcanzaba a escuchar bien. Pensé que quizás hablaban en “creole” pero no creo que haya sido eso. Sí me pareció que repitieron una palabra un par de veces con un acento distinto. Algo así como “Sucubu”

Después Florina volvió a la mesa con unas croquetas de harina de maíz rellenas con pescado, bastante desagradables. La negra bailaba detrás del mostrador

Tardó un buen rato en traernos la comida.

Consistía en un pedazo de pescado hervido en una salsa verde con muy poco gusto, salvo por la salsa roja picante que trajo después para agregar.

No sé si a Florina le gustaba. Comió tan poco como la noche anterior.

No hice más que estar en mi casa y criar mis niños. Ahora no, ahora no me voy a perder nada, nos dijo sonriendo.

Estaba todavía más linda.

Nos miró con seriedad al darnos uno de los cigarrillos que fabricaba con un aparatito que los sacaba bastante gordos. Les ponía filtro.

Bebía vino y fumaba, mientras Martín conducía el diálogo.
¿Fumás mucho?

No, como un paquete por día, pero solamente de noche.
Yo armo mis cigarrillos porque los paquetes son muy caros.

¿Cuánto valen armándolos uno?

Más o menos un tercio.

¿Siempre usás el mismo tabaco?

No, hay distintas marcas. Y distinto precio.

¿Dónde vivís?

Cerca de Avenida Coutinho Gago, al lado de la urbanización.
Pero en la urbanización, no.

¿Y tu marido qué hace?

Es constructor. Tiene mucho trabajo.

¿Arquitecto?

Algo menos.

Ya no hablaba con el marido para no pelear. Me parecía raro que pudiese pelear. Era más bien suave.

¿Vos gritás cuando peleás?

A veces levanto la voz, por eso no hablamos. Sólo lo hago con mi hijo mayor. Con el más pequeño me cuesta conversar. Me parece que no quiere hablar conmigo.

¿Y tu marido?

Ya no quiero a mi marido.

¿No te pregunta dónde andás?

No se lo digo porque él no me dice dónde anda.

Cuando salimos del restaurante la negra nos siguió con la mirada. Nos sonreía.

Florina armó un cigarrillo con el oficio del que lo hace tantas veces y lo encendió. Me pidió que le diera una pitada. Después se lo pasó a Martín. Me gusta compartir todo dijo y armó dos cigarrillos más. Al de Martín lo encendió ella.

Pensé que era un buen momento para retirarme y se los dije. Florina me sonrió. Dame un beijinho me dijo y acercó su cara.

Le di un beso en la mejilla pero enseguida me di cuenta de que lo quería en la boca.

La pensión no quedaba lejos. Pensé en tomarme un taxi pero no valía la pena.

Durante la cena Martín habló mucho, aunque no lo noté alegre como de costumbre. Tenía los ojos enrojecidos, eso le pasaba a menudo. Habría fumado antes de llegar y el vino tal vez le había minado las fuerzas. El diálogo lo había llevado adelante él y sin embargo no se extendía en los comentarios, como de costumbre. Más bien los cortaba y pasaba a otra cosa. Me pareció que alguna inquietud quedó flotando en el aire.

A lo mejor está cansado, pensé. Esperemos que tenga energía para lo que le espera.

Caminé por avenida de la Libertade hasta la parada del metro y doblé hacia la pensión. Me gusta mirar tele antes de dormir y por suerte había un aparato que captaba dos o tres canales de aire. Habrá pasado una media hora. Yo escuchaba una sonata de Beethoven que ejecutaba un violinista y una pianista muy jóvenes y hermosos, cuando golpearon la puerta.

Me asusté un poco. Escuché la voz de Florina.

¿Qué pasa?

Nada, nada. Quise venir a visitarte.

No hacía falta más. La abracé para besarla. Fue un beso que nunca se llegó a definir. Un beso largo, pero fresco y magro como ella.

Nos tumbamos en la cama y siguió un ritual delicado y silencioso. Una manera de hacer el amor sin contratiempos pero sin demasiada alegría. Ahora que lo pienso, ese modo de hacerlo tenía algo de inexorable, algo que iba a pasar sí o sí. No digo que no me haya gustado. Tampoco lo contrario a pesar de la sensación extraña de percibirle un bozo áspero sobre el labio superior, como si se lo hubiera afeitado.

Florina se quedó a dormir conmigo y, si bien noté su presencia toda la noche, parecía como si quisiera incomodarme lo menos posible. La abracé un par de veces pero la sentí ausente.

Es curioso, cuando me quedé dormido (y eso fue bastante tarde) soñé con Lisboa. No con la ciudad de tejados rojos y luz extendida, sino con la chica no muy alta de pelo castaño, ni

corto ni largo, de piel blanca, de ojos marrones y de boina azul. Soñé que me amaba, y yo a ella. También hicimos el amor pero, en contraposición con lo de Florina, muy tierna y sensualmente. Le dije muchas palabras amorosas y la contemplé debajo de mí, mientras ella se dejaba hacer con entrega y delicia.

Cuando me desperté alrededor de las ocho, aún estaba con ella, disfrutando de su suavidad. Me sentí muy confundido al ver cómo se levantaba Florina y se cambiaba sin apuro. Cuando salió del baño, ya completamente vestida, se acercó, me besó en la mejilla.

Has hecho el amor, ¿verdad?

Sí, claro, le dije todavía confundido, pero más dueño de mí, mientras trataba de ocultarle mi pensamiento.

Se retiró pausadamente. Antes de cerrar la puerta se volvió para lanzarme un beso.

Algo empezó a molestarme. Enseguida tuve conciencia de que era Martín. Pensé que Florina había venido conmigo y que él hubiera querido estar en mi lugar. Algo se habrá figurado y por eso estaba con ese extraño humor en la cena.

Lo llamé al hotel.

Hola, Martín, ¿cómo estás?’

Y a vos qué te parece.

Bueno, che, tenemos que hablar.

Por supuesto.

¿Desayunamos juntos?

Dale, te veo en la confitería.

¡Mi querido Guillermitooo!, me soltó como de costumbre y me dio un abrazo.

¿Cómo va? ¿Todo bien?

Inmejorable, aunque semicarbonizado.

¿Por qué, che?

Cómo por qué, mi querido Guillermito, anoche estuve con la dama, como corresponde.

¿Cómo con la dama? ¿Con qué dama?

¿Como con qué dama? Con Florina. ¿Con quién va a ser?

Alguna vez lo había visto desvariar un poco, pero me sorprendió el modo en que me lo dijo. Además se lo veía muy

fresco. Me quedé mudo, no sé si porque no sabía qué decirle o porque esperaba que rectificara algo.

¿Qué te pasa, che?, finalmente me dijo

Martín, anoche Florina vino a la pensión y se quedó a dormir conmigo, ¿entendés?

Me miró con mucho asombro. Sí, claro, atinó a decirme como si fuera una broma.

Estuvo toda la noche conmigo, Martín.

Qué me decís, Guillermo, si Florina durmió conmigo anoche.

Mirá, Martín, no discutamos, dejémoslo así. Me pareció honesto decírtelo porque vos le metías todas las fichas.

La vergüenza ajena y la cara de desconcierto de Martín me hicieron sentir angustiado. Peor estaría él. Yo lo había visto mal muchas veces, pero él siempre tuvo la dignidad de la vergüenza. Y ahora su silencio era un reflejo de su enorme vergüenza.

Perdoname, pero me lo decís en serio, ¿no es cierto?

Sí, viejo, todo bien.

No, qué todo bien. Perdoname, Guillermo. Ando mal, che. Yo creo que anoche estuve con Florina. Debo alucinar, loco. Tengo que aflojar con la merca y el faso. Perdoname.

No pasa nada, Martín, todo bien.

Hubo un largo silencio que corté con cualquier tema como para salir del pantano. Martín le puso voluntad a la conversación pero la incomodidad flotaba en el aire. Yo me sentía muy mal por él y, porque lo conozco, sé que sufría por haberme puesto en ese trance. Pero la situación no daba para separarnos en ese momento.

Charlamos un poco más. Tal vez todo habría quedado así.

En determinado momento levantó el tono de voz.

Sí, Guillermito, fue un sueño, una alucinación, perdoname de nuevo. Sabés que fue un sueño. Mirá si no habrá sido un sueño que mientras hacía el amor con Florina no terminaba de agradarme. ¿Sabés por qué?

No, ¿por qué?

Porque tenía bigote, tenía como un bigote afeitado. Eso sí que es loco, ¿no?

El salmón

Era también un momento de comenzar. Cada cambio lo era, aunque éste, particularmente, sería definitivo. Julián Gutiérrez bajó las escaleras de su departamento inmerso en lo que debería ser terrible y sorprendiéndose de que ahora le resultara tan lejano e indiferente. Si esto le estuviese ocurriendo a otro, estaría más angustiado, pensó. Pero me pasa a mí. Yo soy el que se va a morir pronto. Y tendría que estar loco de indignación.

Pero, al bajar las escaleras, el peso lerdo de la mañana bochornosa del invierno salido de su cauce le aceleró el caudal de sangre en las sienes y alrededor de las costillas, hasta producirle una náusea que sólo podía atenuar caminando más rápido o desafinando modosamente alguna cancioncita pretenciosa.

Iba ensayando una bosanova al bajar las escaleras del edificio de cuatro pisos donde vivía y al salir se encontró con una vereda deslumbrante donde el olor a humedad gorda le redobló la sensación de descomponerse. Esto es sexo, se dijo. Puro sexo, y aspiró una bocanada del aire preñado. Esto es cuando el día anda alzado y se pone a tantear a todo el mundo. Levantó la vista y buscó mujer. Pero no la había.

Se acordó a medias de la noche. Se había tomado una botellita de tres cuartos frente al heroico desconsuelo de su mujer. Él la había observado como si fuera otro el que tenía

sentencia. Como si hubieran sido tres y él asistiera al alivio que ella ensayaba darle al enfermo. A fin de cuentas, era ella la que creía disimular el sufrimiento. Un esfuerzo doloroso que la enaltecía, pero sólo delante de ella misma. Su mérito era soportar lo atroz de esconder el dolor propio para dar consuelo. Y ella sentía piedad de esa mujer que todo lo afrontaba.

Él la siguió mirando hasta que se fueron a la cama y ella cumplió con su deber. El deber de amar a su marido y de ser amada por él. Julián Gutiérrez siguió observando con vocación de joyero cada escena de la noche. Creyó notar que esa mujer todavía era deseable y se aplicó al ritual que, después de algún tiempo de ensayos, habían acordado como el más cómodo. Quizá como el único posible. Pero ahora él seguía viéndose y viéndola desde una posición de acecho, como otras veces, pero el motivo era muy diferente.

Se acordó del budín de pan. El budín de pan estaba indefectiblemente ligado a su mujer. Nadie lo hacía como ella. Con ese gusto a ella. Ni semejante cantidad de veces. El aroma del budín de pan, la consistencia, la aceptación de su frecuencia en los postres no habían mellado el espíritu contemporizador de Julián Gutiérrez, pero sí se habían ligado al espíritu de su mujer. Se daba cuenta de que esa estupidez, el budín de pan, era buena parte de su esposa, dentro de su conciencia.

Caminó la cuadra que lo separaba de la cochera donde tenía su auto y, recuperado del tenaz embate del bochorno, salió rumbo al taller de la empresa de rectificaciones para la que había viajado tantos años. Veintinueve años para la misma empresa, con el mismo patrón. Podría verse como algo excepcional, pero muchos de los que allí trabajaban eran tan antiguos como él. Porque Toni López era un buen patrón. Sumido como había estado en su mundo de pistones y bielas, era milagroso que se hubiera mantenido saludable con un carácter como el que tenía. Vivía con los nervios crispados apurándose con todas las cosas, para terminar lo antes posible. Durante largos años caminó sin parar, hacia delante y hacia atrás, con su secretaria siguiéndole los pasos y ordenando la jornada.

Ahora se desplazaba menos por los galpones, y lo hacía caminando siempre de frente. Había adquirido ese hábito

después de la caída en una de las dos fosas cuando reculaba indignado, vaya a saber por qué ineficacia. Fue un golpazo duro, un aviso y una mañana perdida en los meandros de la semiconsciencia. Esa vez, Toni López aprendió la lección.

Pero siguió apurado. Siempre quería terminar temprano para hacer lo que más le gustaba, salir de putas. A lo largo de los años había establecido una relación de afecto con su grupo de amigas. No son lindas, le decía a Julián Gutiérrez, pero son hermosas. Me encanta ver cómo se les ilumina la sonrisa cuando las invito a bailar a un boliche. Y se quedan conmigo. Tenés que venir algún día, Gutiérrez, te va a encantar.

Gutiérrez sabía poco de putas pero no descartaba la posibilidad de ir, para aprender, cuando tuviera tiempo.

Hoy es un día para putas, pensó mientras manejaba con la ventanilla abierta. Levantó la nariz y cerró los ojos. Dijo “y qué”, y se quedó manejando en la oscuridad. Esto de andar con la muerte encima no es para mí. Es para otro. Se acordó del budín de pan.

Manejó en línea recta con los párpados apretados tentando la suerte. La suerte ya está echada se dijo, pero no se lo terminaba de creer. Nadie crepa en la víspera, también se dijo. Abrió los ojos cuando el semáforo daba verde y dio una acelerada. Buscó algún pensamiento para la ocasión y algo detrás de la conciencia le hizo decir: por qué a mí, Señor.

Aquella tarde había esperado en el largo pasillo que daba a las puertas de los consultorios, numerados del uno al nueve. Para aplacar los nervios había tomado una revista de camping, caza y pesca. Comenzó a hojearla sin convicción hasta que llegó a una página que lo atrajo enseguida. Se quedó absorto frente a la foto de un gran pez que colgaba exánime de las manos de un orgulloso gordo. En muchas de sus últimas noches había tenido un sueño recurrente. Soñaba que era un pescado que nadaba río arriba. Un pescado solitario sin la menor oportunidad de comunicarse con los otros que nadaban en su misma dirección. Experimentaba con cansada energía el designio de remontar la corriente. No sabía a dónde iba pero era imperioso seguir y seguir así, en la soledad del cardumen. Se sentía prisionero del

destino y prisionero en su cuerpo, oprimido por la ausencia de brazos y por la sensación de tener las dos piernas soldadas dentro de una carcasa de músculo. Era un sueño con agua y luz, pero era un sueño espantoso.

Seguro que el gordo es norteamericano, debe ser un salmón, pensó cuando volvió de su recuerdo. Un salmón sin brazos como yo.

Siguió hojeando al acaso hasta acabar y dejó la revista sobre la pequeña mesita que había contra la pared. Una pareja de viejos esperaba en las sillas que estaban del otro lado de la mesita. Los miró y ellos le devolvieron la mirada. Los rostros de los viejos se fosilizaron en su mente, a pesar de que cambió el punto de observación. Me quieren decir que son viejos y que no les gusta estar allí. Me quieren decir que no les queda otra, así, con los ojos abiertos, sin parpadear. Y yo no puedo hacer nada.

Por fin sintió resonar su nombre. González Fernández lo estaba llamando. Para Julián Gutiérrez, llamarse González Fernández, era como repetir lo mismo dos veces. Le parecía que no había ninguna diferencia entre esos dos apellidos. Le parecía que así, uno detrás del otro, sonaban mal.

El doctor González Fernández era un hombre alto, de unos cuarenta años. Se notaba que prestaba mucha atención a su apariencia, tanto por su manera de vestir, como por su cuerpo atlético. González Fernández le sonrió y le apoyó una mano en el hombro al hacerlo pasar al consultorio.

Julián Gutiérrez asistía a esa conversación con la docilidad del que acepta que es necesario hablar de cualquier otra cosa antes de entrar a un tema que reviste gravedad. Julián Gutiérrez se daba cuenta de lo difícil que le resultaba al médico y trataba de ayudarlo.

No es tan grave que me vaya a morir, pasa todos los días, tenía ganas de decirle, pero se contuvo porque le pareció una locura.

El pronóstico no es muy bueno, dijo González Fernández, pero con el tratamiento hay posibilidades. Además, ya se sabe, la medicina avanza todos los días.

Claro, claro. ¿Y qué tengo que hacer?

Empezar con la quimioterapia, cuanto antes mejor. Aquí hay un excelente servicio y yo vengo todos los días.

Bueno, como usted diga. ¿Alguna otra cosa?

Pienso que le puede ser importante algún tipo de apoyo emocional. Eso ayuda al tratamiento. Yo mismo tengo perfil psicoanalítico y podemos conversar.

A Julián Gutiérrez le pareció fatigoso pensar en psicoanálisis. Le pareció cansador para el médico, inclusive.

No habrá otra cosa, preguntó.

¿Usted es creyente?

Qué sé yo. Bueno, más o menos. Creo en algo superior.

La verdad es que no sé qué decirle, Julián.

Cuando Gutiérrez salió del centro médico con sus estudios bajo el brazo sentía vergüenza. Caminó por el bulevar de obesas palmeras pisando con una suavidad forzada, como si quisiese que nadie lo notara. Era vergonzoso estar tan enfermo, ser tan diferente a cualquiera de los transeúntes que caminaba en la media mañana de ese día soleado y agradable. Era vergonzoso transformarse en el tema de la seria conversación de la gente conocida. Y peor todavía, tener que ser asistido.

Caminó hasta su automóvil soportando un sordo zumbido dentro del cráneo que le repercutía en todo el cuerpo. No tenía la menor idea de cómo manejarse en el taller. Ni siquiera de si iba a comunicárselo al patrón o a sus compañeros de trabajo.

Apenas entró, se fue derecho hasta la oficina de la administración y golpeó la puerta.

Adelante, dijo Toni López, que caminaba marcialmente con el pecho inflado, alrededor del escritorio lleno de los rayones y papeles.

¿Cómo te va, Antonio?

Bien, che, qué te anda pasando.

Mirá, Toni, disculpame que te moleste pero estoy jodido, che.

Toni López detuvo la marcha y Gutiérrez, tranquilamente, le fue dando algún detalle de su enfermedad.

Sentate, le dijo López y él mismo se sentó.

Las preguntas que iba haciendo López le resultaron tan atinadas a Gutiérrez que, sin darse cuenta, fue paulatinamente dejando de observarse y comenzando a estar en el diálogo.

López parecía otro, reposado y criterioso, mientras conversaba con Gutiérrez.

No te preocupés por el trabajo, vení solamente cuando puedas y cumplí con el tratamiento. Tu mujer ya sabe, ¿no?

Sí, algo sabe. Todavía no hablamos de los últimos análisis. Me cuesta contarle.

¿Por qué?

No sé, me habla diferente, como si yo no estuviera allí. Como si no me viera, como si estuviera sola.

¿Y vos, cómo estás?

Yo, de primera. Bah, me siento flojo, pero bien.

Toni López se levantó de la silla y empezó a ir y venir en dirección paralela al borde del escritorio.

Gutiérrez se quedó mirándolo mientras López seguía con su marcha enérgica. Era curioso cómo daba la vuelta sobre sí mismo cambiando de sentido. Lo hacía con un movimiento de pivote sobre el metatarso que le permitía girar de un golpe ciento ochenta grados para seguir marchando, siempre de frente.

Gutiérrez no decía nada. Se preguntaba si López habría entendido algo.

Por fin se animó a decir: bueno.

López se detuvo en seco. ¿No pensaste en ir a lo del padre Francisco?

¿Qué?

A lo del padre Francisco.

¿Cuál, el cura ese que aparece por tele?

Sí, a mí me ayudó un montón.

López pasó a relatarle que hacía diez años, en la época de la debacle, cuando ya pensaba que se fundía, sí o sí, en medio de la desesperación, sin saber qué hacer, terminó yendo a lo del padre Francisco. Había un montón de viejas en la cola. Aunque alguna pendeja linda también. Pero el horno no estaba para bollos. Había que llevar una vela prendida y era tanta la gente que la vela terminaba chorreándote la mano.

A final llegó con la vela cortita hasta donde estaba el padre Francisco.

El padre Francisco lo miró, le impartió la bendición y lo dejó frío, cuando le dijo sin que él hubiera hablado: “Cuando hay mucho barro, habría que manejar con cuidado. Porque si no se rompe el motor”.

Después vino el fenómeno de “El Niño” y llovió cualquier cantidad. Los gringos empezaron a fundir las chatas y los autos y volvió el trabajo. Había poco margen de ganancia porque todos estaban desesperados por agarrar laburo, viste, pero la cosa cambió, entendés, le dijo López.

Gutiérrez se quedó observando cómo le devolvía la mirada. De pronto le pareció que quizá fuese una buena idea. ¿Por qué no?

Cuando se venía acercando el momento de su turno, Gutiérrez se acordó de López por la cera derretida que le chorreaba la mano y sintió ansiedad por lo que le diría el padre Francisco.

Era un barrio que Gutiérrez casi no conocía. Un lindo barrio, con rumor de ramas al viento, con olor a arboleda y a humedad. Parecido al olor a sexo de la otra mañana, pero más fresco.

Se dijo que tenía que estar bien atento para interpretar el sentido de lo que le diría el cura.

Lo primero que lo recibió fue la mirada del padre Francisco. Le pareció distante, con algo de lagarto que combinaba bien con su tez olivácea.

¿Qué te pasa, hijo?

Estoy enfermo, padre.

Le pareció que la voz del padre Francisco venía de atrás de él. La voz era nasal, como saliendo de una grabación.

Si, lo sé bien, hijo, lo sé bien, ten calma. Personalmente no puedo seguir tu caso, sabes, hijo, aunque por supuesto, voy a rezar por vos. Tenemos un grupo de auxiliares muy buenos que te van a ayudar. Andá con Sofía que está en el salón grande.

El padre Francisco le tomó el hombro con la mano izquierda y lo bendijo con la derecha.

Por qué carajo todos me tocan el hombro, se preguntó Gutiérrez.

Pensó que el padre Francisco debía ser centroamericano por el modo de hablar, pero no encontró nada especial en sus palabras. Esas palabras lo dejaron más tranquilo. Aquí no hay nada raro, pensó.

En ese momento percibió el olor a florero que había en la casa. Le resultaba familiar. De dónde. Se dio cuenta de que era parecido al del cementerio. Será para ir acostumbrándose, se dijo y se puso a observar el zumbido que sentía en la nuca. Tuvo ganas de irse pero ya estaba allí.

Fue al salón contigo y preguntó por Sofía. Era un vasto pabellón con varias mesas donde atendían hombres y mujeres. La mujer levantó los ojos e hizo un gesto con la cabeza como invitándolo a acercarse.

Algo le pasó cuando Sofía comenzó a hablar. Fue como si la voz de Sofía se le metiera adentro del pecho. Mientras le hablaba le volvió la sensación del olor del barrio y aspiró el aire con ganas.

Sintió una náusea, un vacío. Trató de controlar la respiración, pero el malestar no se le pasó del todo y le dejó una cosquilla a la altura de la tráquea.

Estaban sentados frente a frente. Él entrelazó los dedos de las manos y apoyó los codos sobre los muslos. Volvió a tener vergüenza. Era como someterse a un examen médico, a manos de una mujer. Otra vez a molestar con lo mismo. A Gutiérrez lo estaba cansando la condición de enfermo. Lo estaba cansando la marca de la muerte.

Sofía, detrás de su sonrisa, le dijo algunas cosas que él entendió poco porque lo seducía su voz. Después le pidió que le contara qué le pasaba y que le contara cómo estaba. Cómo, dijo él y ella le repitió la pregunta.

Gutiérrez sintió ganas de hablar, ganas de contarle algo, pero no sabía qué.

Hizo un esfuerzo mental y se puso a hablar de la enfermedad. Hablaba como si eso le pasara al pobre tipo que era. Pero se expresaba con alegría.

Miró la arboleda del barrio cuando se iba y volvió a sentir la cosquilla molesta a la altura de la tráquea.

Esa noche, después de tomarse su tres cuartos de tinto, le dijo a su mujer que seguía teniendo unas tetas hermosas y que la iba a chupar toda.

El lunes siguiente fue a la primera sesión con Sofía. Iba manejando y se sintió un poco ansioso. No le gustaba la facha con que lo habían dejado las agresiones de la primera quimioterapia y se había afeitado y peinado con esmero. Pero sabía bien que no podía ocultar las secuelas.

Ya empezaste, le dijo Sofía apenas lo vio ese lunes por la tarde.

Sí, le dijo Gutiérrez, estaba aburrido y quería entretenerme con algo. ¿Vos cómo andás?

Bien, ¿querés que te cuente?

Bueno, dijo Gutiérrez sorprendido.

Pará que acomodo las cosas y salimos a caminar.

La mujer de Gutiérrez pensó que quizá fueran las drogas lo que lo hacía comportarse de esa manera. Quizá el cóctel que tomaba lo excitaba, le aumentaba el deseo.

Esa fue una semana rara. No se acordaba de que él podía jugar tanto en la cama. Gutiérrez con una voz sibilante le pedía una cosa diferente a cada momento, como si nada le alcanzara. Y al final quedaba exhausto y entraba en una suerte de tensión soporífera que le duraba hasta la mañana siguiente.

No faltaba nunca a las sesiones y venía renovado.

A su mujer le daban celos los frutos del trabajo de la asistente espiritual sobre él. Ella era la que se esforzaba. Ella tenía que vivir con él, con su desgracia todo el tiempo. Ella se esmeraba en atenderlo. Pero tenía que ser magnánima y ocultar la tristeza que le producía el buen humor de él. Porque eso era lo que importaba, que él estuviera bien.

Cómo te fue con Sofía, le preguntó.

Bien, bien, mamita, le dijo Gutiérrez.

En el trabajo, los primeros tres o cuatro días hubo una actitud de seriedad frente a Gutiérrez, pero con el paso del tiempo la cosa tendió a normalizarse. La gente comenzó a

acostumbrarse a la ausencia de Gutiérrez cuando se sometía al tratamiento, y a su reincorporación posterior, cuando aparecía mostrando los estragos de la quimioterapia. Si bien había adelgazado unos kilos, se lo notaba bastante normal.

Como ya no salía de gira se quedaba siempre en el taller. Ayudaba con el teléfono y con el trabajo administrativo. Habían convenido que seguiría así hasta que mejorara, y al final de la tarde le cebaba, morosamente, unos mates a Toni.

Toni le contaba la marcha del negocio mientras patrullaba el escritorio mate en mano, sin dirigirle la mirada.

Hasta que en un determinado momento tomaba la decisión de acabar el trabajo y decía: bueno, listo.

Gutiérrez se sorprendía de la memoria inconsciente de Toni. Siempre paraba a la misma hora. Con una precisión de más-menos un minuto, corroboraba por enésima vez Gutiérrez.

Toni detenía la marcha, apoyaba ambos brazos sobre el escritorio, lo miraba a Gutiérrez que le devolvía la mirada y se sentaba con la cara iluminada para hablar de las chicas.

Mañana tenés que venir. Vamos a encontrarnos en el boliche. Ya dije que mañana vos venís, Julián.

Tengo sesión con Sofía.

Bueno, vení después. Total nos encontramos a las diez y media.

Esa era una tarde caliente. Se estaba yendo la tensión de la primavera y empezaba todo el revuelo del verano. Soplaba un viento recalentado debajo del follaje de las casuarinas y el olor entre fresco y dulzón no aplacaba la pesadez.

Gutiérrez y Sofía caminaban sobre la arena sucia de sedimentos en una de las cuatro plazas del barrio.

¿Cómo andás con Dios, Julián?

Y qué sé yo. Yo cuando vengo me siento bien. Si vos andás bien con Dios, entonces yo también.

¿Y rezás?

No sé. Yo no sé cómo decirte, muchas veces me veo desde afuera, o desde arriba. Como si fuera otro y hablo de mí. Me hablo del que veo y también es como si le dijera cosas a él, que soy yo.

Gutiérrez la miró a Sofía. No entendiste nada, le dijo.

Claro que entendí. Te entendí bien, pero yo te preguntaba si a veces hablás con Dios.

Y, con alguien hablo, cuando me veo desde afuera. Con alguien que está adentro mío y también afuera.

¿Y te hace bien?

No sé, pero es natural. Es como algo que te viene y allí está. No es algo que yo haga a propósito. Llega solo y es como hablar en silencio. Yo siento que a eso alguien lo escucha. A lo mejor yo mismo. Pero otro yo. ¿A vos no te pasó nunca?

Sí, pero existen oraciones que podés hacerle a Dios, o a la Virgen. Vos tomaste la comunión.

Claro, seguro.

¿Y no te acordás de las oraciones?

No, pero si querés pruebo.

Bueno, vemos.

Gutiérrez y Sofía caminaban muy despacio por un sendero bordeado de acacias. La tarde seguía cálida pero la brisa ayudaba. Gutiérrez sintió un súbito cansancio y le pidió a Sofía que se sentaran.

Escuchame, Sofía, hoy me tengo que ir antes porque me encuentro con López y algún amigo más.

Qué van a hacer, preguntó Sofía.

Gutiérrez intentó explicarle que iban a tomar unos tragos, pero la mirada callada de Sofía y la voluntad que se había hecho de decirle todo a su asesora lo hacían expresarse con vacilación.

Sí, viste, nos vamos a tomar unos tragos, y viste cómo es eso, nos vamos a tomar unos tragos.

Sofía lo miró en total silencio y, aunque no le pidió nada, Gutiérrez sintió que tenía que decirle todo.

Mirá, Sofía, en realidad nos vamos con las chicas. Se quedó dudando y después dijo. Sí, nos vamos con las chicas.

Quiénes son las chicas, preguntó Sofía.

Gutiérrez no sabía bien qué responderle, pero él respetaba una consigna con su asesora, y empezó a contarle.

A medida que se refería al asunto de López y sus momentos de esparcimiento, cuando dejaba el trajín de la empresa, empezó a sentir que hablaba de algo que no lo involucraba

directamente y eso le dio más seguridad. Aun cuando habló de su propia curiosidad, fruto de su inexperiencia en ese campo, tenía la sensación de describir a otro.

Sofía lo escuchó sin expresión alguna hasta que le preguntó si él, Julián Gutiérrez, y le repitió si él, Julián Gutiérrez, tenía ganas de ir de putas.

No sé, se escuchó decir el propio Gutiérrez.

Entonces yo voy con vos, dijo Sofía.

Era un cabaret que quedaba pasando Lagos, bastante antes de la terminal. La cortada no era tenebrosa en absoluto pero no había nadie en la cuadra.

Cuando Sofía y Gutiérrez entraron, enseguida lo vieron a López de espaldas, sentado con tres chicas a la mesa y una de pie siguiendo los compases de la salsa. Ése es Toni, dijo Gutiérrez.

El barman les dirigió una mirada bastante inquisitiva y ellos permanecieron en la puerta como pidiendo permiso. Después el barman hizo un gesto de asentimiento y entraron.

Cuando López se dio vuelta, se quedó serio observándolos, pero ellos ya habían emprendido la marcha hacia su mesa.

Hola, dijo Gutiérrez.

Hola, Julián, te viniste acompañado, ¿eh?

Sí, bueno.

Bueno, te presento a las chicas. Ella es Miriam, ella Shirley, ella Betina y ella Carina.

Ella es Sofía, dijo Gutiérrez.

Hola, le dijo Toni, con el tono de buena educación que le había inculcado una madre que lo había soñado ingeniero.

Julián Gutiérrez le conocía muy bien ese tono. Era muy respetuoso, como de reconocimiento a la importancia de la persona que le estaban presentando. Julián Gutiérrez había conocido a la madre de Toni, que siempre lo trataba como a un chico. Toni había aprendido inglés y piano. Había cursado con honores los tres primeros años de la carrera, cumpliendo con lo que esperaban de él. Pero paulatinamente se le fue terminando la voluntad de tocar "Para Elisa" y de estudiar matemáticas y se fue dejando llevar por sus apetitos: los motores y las putas.

Sofía le devolvió el saludo con una sonrisa.

Toni la miró atentamente. De golpe se le iluminó la expresión. Yo te conozco, le dijo sonriendo. ¿Vos laburás en el D'arcy, no?

¿Qué D'arcy?

El D'arcy. El cabarute de la otra cuadra.

No, ella es Sofía. Sofía, mi asesora espiritual.

Si, sí, yo tengo cuatro, ¿viste?

No, ella es Sofía, la que trabaja con el padre Francisco, ¿te acordás?

López levantó las cejas y abrió más los ojos.

Eh, dijo.

Sofía, mi asesora espiritual.

Ah, ah sí, disculpe, cierto, uy discúlpeme. Dijo López y se tomó un trago de ron.

No pasa nada. No te hagás problema, le dijo Sofía.

Ah, el padre Francisco. De allí la conozco. Sí, una de las asesoras espirituales.

Pero veo que vos tenés las tuyas, dijo Sofía.

Sí, je je.

Te asesoran de primera, ¿eh?

Sí, je je, qué sé yo. Bueno, disculpame, no me di cuenta. ¿Quieren tomar algo? ¿Toman ron?

Bueno, dijo Sofía. Cómo te llamabas vos, le preguntó a una de las chicas.

Después del cimbronazo, viendo que Sofía conversaba con las chicas e inmerso en la benignidad del ron, López se fue relajando. Cada tanto manifestaba su cariño por Gutiérrez con continuas palmadas, a las que él asimilaba con resignación.

Las mujeres charlaban alrededor de Sofía. Yo voy a ir en algún momento. Yo ya fui, es bárbaro. Yo no vuelvo a ir con él ni en pedo, para mí que me quiso voltear, que garpe si quiere.

Al final se trabó una conversación entre todos y pidieron la segunda botellita de ron. Era de medio litro, pero las mujeres no tomaban casi nada.

Gutiérrez, siguiendo el camino de López, se puso bastante mimoso. Hablaba poco, pero les sonreía a todas, incluso a Sofía.

Alrededor de las tres, López le dijo que se iba con dos de las chicas, Gutiérrez se sintió un poco perdido. Era muy tarde pero no tenía ganas de volver a su casa.

Ya te vas, le preguntó a López.

Sí, viejo, ya me voy y se incorporó despacio. Pasado mañana nos vemos. Chau. Chau, Sofía.

Cuando López se retiró con dos de las chicas, Gutiérrez se quedó callado, sin saber qué hacer.

Te gustaría ir con una de las chicas, le preguntó Sofía.

Gutiérrez no contestó.

¿No quieres venir conmigo a mi casa? Yo manejo.

El verano no terminaba de llegar y la temperatura era bastante agradable. Sólo a la hora de la siesta llegaba la modorra, después del almuerzo en el taller. La mayoría se echaba unos minutos cerca de la mesa grande o en el patio contra el muro y dormitaba. Algunos se quedaban conversando tranquilamente. Era el momento en que López no caminaba. Permanecía sentado en su escritorio, birome en mano y escribía sobre sus cuadernos con gran concentración. Cada tanto levantaba la mirada hacia donde estaba la gente, pero era evidente que no los veía. Se incorporaba cuando todos empezaban a retomar sus labores.

Gutiérrez tenía permiso para retirarse a su casa y volver más tarde si se sentía con ganas. Y se iba para el barrio todas las siestas, unas tres horas. Todos sabían que se iba para el barrio.

Está picante Gutiérrez. Voy a ver si yo también le hago una visita al padre Francisco. De última, si no consigo asesora, lo invito a él.

No seas animal, che, que estás hablando de un santo, tené un poco de respeto.

Bueno, lo trato de usted.

Gutiérrez siempre volvía al trabajo. Se lo veía más flaco y grisáceo, pero de muy buen humor, devolvía el buen trato con una sonrisa un poco descarnada.

No le había costado mucho superar el tremendo disgusto de su mujer por no haber vuelto a dormir aquella noche.

¿Dónde estuviste? Me querés matar de la preocupación. Que te quedaste dormido en el auto. ¿Qué te pasó? Llamé a la comisaría y al sanatorio.

No te preocupés, Lily, está todo bien.

Cómo que no me preocupe. ¿Dónde estuviste anoche?

Salimos con Toni.

¿Pero cómo es que recién llegás?

Se me hizo tarde. Me quedé dormido en el auto. Pero no te preocupes que estoy bien.

A la mujer de Gutiérrez le vino un acceso de ira. No entendía cómo estaba tan tranquilo. Quería pegarle. Hacerle eso a ella. A ella que se moría de tristeza por su enfermedad. Que se desvivía en llevar con dignidad semejante trance. Quién te creés que sos, le gritó rabiosa.

Gutiérrez no contestó nada. Se tomó el resto del vino y se fue a la cama. Tenía mucho en qué pensar.

El verano, como siempre, parecía querer acelerar las cosas. Las flores se iban terminando y el olor se volvía más dulce. Los insectos envejecían y se empezaba a percibir el aroma de la madera.

La mujer de Julián Gutiérrez había cambiado. Se desvivía más que nunca en atenderlo. Atribuyó la falta de deseo de Julián a un efecto rebote de los químicos. Todo lo que sube rápido, baja igual y le fue inevitable pensar en los atributos de su esposo.

Julián Gutiérrez había dejado de observarse durante ese tiempo. Y a centrar su vida en torno de las siestas largas del verano.

Pero su propio deterioro fue imponiéndose. A veces se sentía tan débil que le costaba levantarse.

Empezó a quedarse en cama mucho más tiempo. Faltaba al trabajo.

No hay problema, le decía López. Y colgaba el teléfono con el gesto entristecido.

Se levantaba cuando tenía fuerzas para ir al barrio. Todo era muy pesado. La puerta del auto, el volante. Hasta el pedal del freno. Pero le encantaba llegar y sentir el rumor de las ramas que crujían más rígidas y el olor de Sofía. El olor de la boca de

Sofía y el olor del pelo entrecano que se recogía dejándolo colgar sobre las orejas. Julián Gutiérrez pensaba en el olor de los pechos de ella y retornaban las fuerzas.

Su mujer aceptaba como podía. En su momento le pondría los límites. Esa noche hubo una tormenta de rayos y truenos. Se escuchaba el ruido a rama desgarrándose de los rayos y la explosión de los truenos. Era una tormenta que quería decir algo, pensaba afiebrado Julián Gutiérrez. Sabía que su mujer estaba despierta y que miraba el techo. Sonó un rayo como un disparo y Gutiérrez esperó que se desbarrancara el trueno. Cuando sintió el fragor de rocas cayendo puso su mano sobre el vientre de su mujer. Se quedó quieto quizás un minuto y después montó en ella y se lanzó a un galope hirviente y escuálido.

Al otro día no se levantó. Apenas abrió los ojos al mediodía para comer un poco de puré. Tampoco al día siguiente.

Después de la siesta del tercer día, alrededor de las seis de la tarde, Julián Gutiérrez abrió los ojos completamente, fijó la mirada y tras unos instantes se sentó en la cama.

Entonces sonó el timbre.

Gutiérrez trató de escuchar los fragmentos del diálogo escaleras abajo. No podía entender las palabras. Pero sí clasificar el tono.

Sintió la fuerza de su mujer al subir los peldaños y empujar la puerta del dormitorio. La encontró parecida al padre Francisco.

Es Sofía. No quiero verla ni que la veas más. Se terminó. O ella o yo, me entendés. O ella o yo. Decidite ya.

Hubo un momento de pesado silencio.

Julián Gutiérrez no dijo nada. Miraba hacia adelante.

Desde los diferentes puntos de su estragado cuerpo, se movilizaron sus últimas reservas físicas para hacerlo incorporar y calzar las pantuflas que tenía al costado de la cama. Y para hacerlo pasar delante de su mujer escaleras abajo, que inmóvil lo observó partir por sus propios medios.

Una semana después, cuando los fresnos empezaban a buscar su amarillo, y la humedad aumentaba, Julián Gutiérrez murió en el barrio donde le había sido dada la felicidad de enamorarse.

La segunda obsesión de O'Harris

Aquella noche de diciembre, encerrado entre las paredes forradas de telgopor y pintadas de verde claro, amarillo y azul Francia. Aquella noche fresca para la época, después de la cena con vino chileno, después de experimentar el gusto diferente que tenían el pimiento, la cebolla y el ajo, que no le habría llamado demasiado la atención si hubiera comido alguna vez en Chile, si hubiera ordenado algo al “Pil Pil” en un viejo edificio con el olor rancio que deja el mar en la madera o el concreto, un olor bien identificable en cada caso. Aquella noche en que antes de sentarse a la mesa se detuvo a observar la maceta con la palmerita que dibujaba los perfiles flacos de los tallos que tanto tiempo necesitaron para lograr sus curvas modestas y estilizadas, que pensó que la tristeza que representaban quizá se fuera transformando en un recuerdo, porque ellos mismos eran también, de algún modo, el recuerdo de la propietaria anterior que abandonó la palmerita en el yermo del balcón de cerámicos negros sin brillo y baranda blanca sin brillo, contra el abismo que la separaba de las aguas plateadas del río. Aquella noche en que hacía un esfuerzo para ser consciente de la combinación del pelo castaño, la piel morena y los ojos oscuros con esa fisonomía que hicieron las gotas de sangre india, común en tantos chilenos; aquella noche en que trataba

de no distraerse con los gestos alegres de Lucía, con su diálogo y con la necesidad de compartir el momento, para poder saber cuán bella era. Aquella noche en que alcanzó apenas a darse cuenta de que, cuando la belleza está a la mano y en la intimidad, suele perder su nitidez y cuesta reconocerla y sólo se puede sostener por el recuerdo que dejó esa misma belleza cuando se la experimentó con la claridad de la mera sensación.

Aquella noche en que buscaba en la combinación del pelo, la piel y los ojos algo que revelara esa belleza que no sentía mientras la buscaba, y que tendía a la dicha, a la dicha del juego que parecía conducirlo allí donde nada falta, donde todo está bien, donde todo quiere acomodarse en el lugar en que los dos que se enamoran, desean. Aquella noche en que el malestar que había dejado el tiempo de cuando él era otro, como una advertencia, no se retiraba del todo, en que mientras conversaba a base de gestos que cada vez se tornaban más fluidos, especialmente en ella que los hacía con la ligereza de las manos femeninas, con ese destello que las pone siempre en fuga, que despierta en el hombre la necesidad de obtenerlas, de aquietarlas para saber cómo son, qué cosa son. Aquella noche en que esa leve molestia que sentía O'Harris estaba presente en cada rincón del departamento, en el balcón anguloso y frío, en la computadora que no permitía ser olvidada, en las patas cromadas de la mesa plegable; quizá no en las paredes pintadas con los colores que lo habían avergonzado un poco durante el encuentro de la primera vez con Lucía, pero que por ser bastante nuevos no lo remitían al tiempo en que las pastillas del botiquín ocupaban continuamente un recodo de su pensamiento. Aquella noche en que, aunque la pequeña angustia estuviera presente, no evitaba que la dicha elaborara su tejido, y al contrario, lo realizaba, porque qué alegría terrible puede haber si no se ha conocido una tristeza terrible. Y eso era tal vez lo que estaba pasando, algo terrible y O'Harris, de alguna manera, entre sus muebles, los sanitarios verdes del baño, el balcón, la palmerita y los ojos un poco criollos de Lucía, lo vislumbraba. En cambio, Lucía se apegaba más al momento, a que O'Harris estuviera allí, a que hubiera comido de su comida, a que aunque los gestos de las manos sean fugaces pueden ser

hermosos. Porque ella no codificaba la belleza de O'Harris, ella la labraba para sí misma y prefería estar allí, dentro de esa caricia que se daba y de cada una de las que le daba O'Harris.

Aquella noche en que después de la cena se tomaron de la mano y fueron hasta el dormitorio, en que la emoción y el miedo se habían apoderado de las lágrimas de Lucía, en que el olor a Lucía, donde quizá habían trabajado la leña y el aire de Chile, se dejaba sentir en la oscuridad, aquella noche en que el cariño se resolvía en el arco tenso y entregado del cuerpo de Lucía y en la descarga de la voz de Lucía que se desahogaba ahogándose sin poder ser ella misma, o quizá siéndolo absolutamente. Aquella noche en que O'Harris, después de que se descargase de O'Harris, se desplomó exánime al lado de Lucía con los ojos abiertos y ausentes, sin nada adentro que se pareciese a la luz. Aquella noche de diciembre, fresca y aislada, O'Harris no se murió.

Lucía, permaneció quieta, en expectante silencio. Como dispuesta a afrontar el espanto que pudiera sobrevenir, aguardó el tiempo que le llevó a los ojos de O'Harris recuperar el halo de vida que se había ausentado en la alegría total del amor. Pero, claro, no se atrevió a hablar.

Al fin, cuando la capacidad de estar le volvió, él también sintió necesidad de comunicarse. Apeló al idioma de los sordomudos que le había servido para sortear su imposibilidad de escuchar la voz humana durante los días que se sucedieron al laborioso encuentro de la primera vez, cuando ella llegó desde Chile.

O'Harris le dijo que la había escuchado, y repitió "escuchado" decir que lo amaba y que no había sentido ningún dolor. Que, al contrario, sus gritos lo habían llevado aún más alto en el delirio de la alegría.

Lucía sonrió. Así se sostuvo mientras O'Harris seguía gesticulando. Diciéndole que tenía necesidad de saber si podría escucharla, si había vuelto a tener la capacidad de soportar la voz humana.

O'Harris se preguntaba si sus oídos habían dejado de transformar el sonido de la voz en dos fierros candentes y asesinos.

Pero no se atrevía a articular sus cuerdas vocales y también se lo dijo.

Lucía se acercó al rostro de O'Harris y con la misma serena decisión con que se la veía caminar por su pueblo, le susurró "te amo, O'Harris".

Y no sintió molestia alguna. Entonces creció el deseo de jugarse del todo, de romper los muros del dique que le había salvado la vida hasta ahora.

O'Harris sintió la convicción de arriesgarse, de lanzarse, de beberse su destino de un trago. Abrió los ojos de par en par y con una voz vacilante que había perdido la práctica de proyectarse, susurró, como salido de una radio, un "yo también".

Todavía estoy vivo, pensó enseguida O'Harris, y se concentró en el posible sufrimiento que devendría. Le pareció que no lo experimentaba en absoluto. Quizás perdí la sensibilidad y me estoy muriendo sin darme cuenta, se dijo, pero lo descartó casi de inmediato, cuando se concentró en el afanoso bombeo de su corazón. Entonces recordó la voz con que había dicho "yo también" y tuvo la renovada sensación de que el carácter de su voz le parecía tan ajeno como siempre. Una voz de otro, u otro que hablaba desde adentro de él. Una voz que no era humana, que escuchaba pero no oía. La voz de O'Harris, es decir, ése. Y, fugazmente, volvió a despreciar a ése que lo usaba a él para hablar.

Buscó los ojos de Lucía que esperaban con su oscura y brillante actitud de consuelo. Habían pasado casi seis meses desde que se había recluso en su departamento del piso diecinueve, después de aquella huida desesperada de su escritorio, contiguo al de Jorge y las dos brujas malditas del seis y el siete. Seis meses, aislado de los ruidos por las planchas de telgopor que le aseguraban un silencio casi total. Las planchas pintadas de colores vivos para salir de la luz grisácea y de la amargura que parecían estar invadiéndolo todo. Seis meses que, a pesar de los ejercicios físicos, de la música suavísima y del sol rojo asomándose sobre la masa fluyente del río, parecían llevarlo al inexorable encuentro con las pastillas del botiquín, a esas píldoras a las que atribuía la posibilidad de una salida honorable cuando ya no soportara más su vida de planta de invernáculo.

Nunca había estado tan cerca de tragarse un bocado de esas píldoras como los días posteriores a cuando le reveló a su amiga del chat que jamás podrían encontrarse porque él moriría de inmediato si le dirigían la palabra. Esos días, después de que le pidió disculpas y le dijo que se retiraría del chat para siempre, fueron, tal vez, los peores. Días en que las lágrimas no operaron más como un bálsamo para su desgracia. Días de abandono, de sorda ira contra sí mismo y contra todo lo que lo rodeara, especialmente las ranitas imbéciles que adornaban la cortina plástica de la bañera. Días para no llorar y suprimirse de una buena vez.

Hasta que llegó el correo de Lucía. Aquel correo con una idea llena de locura y de ingenio, una idea llena de comprensión y de ansias de vivir, de ganarle a los muros ciegos. Aquel correo donde le proponía encontrarse y evitar las palabras, las palabras fónicas, y hablar con el idioma de los sordomudos.

La emoción, entonces, lo hizo olvidar de las píldoras y de las salidas honorables, al menos por un tiempo. Un tiempo, que a pesar de su perfil neurológico y de las diferencias de crianza, no iba a durar poco. Porque para O'Harris empezó el tiempo de Lucía.

Esa noche, en la que Lucía no pudo contener el grito de “te amo” que se había gestado en su pecho desde que llegara y conociera personalmente a ese hombre de ojos tan hermosos y de mirada tan triste. Esa noche, mutua y lentamente, Lucía y O'Harris comenzaron a conocerse las voces. A observar esa parte del otro que había sido un misterio. La felicidad de Lucía por haber dado el paso tan temido hacía que la desagradable voz de O'Harris le pareciera otra oferta de la alegría, algo más de lo que reírse, porque le sonaba parecida a la que salía de la vieja radio a lámpara de su casa entre los trigales. En cambio, para él la de Lucía, apagada y aguda le sonaba hermosa. Tan hermosa como la de una flauta travesa. Y hablaron casi toda la noche hasta extenuarse, renunciando al sueño o renunciando a despertarse de ese sueño delicioso.

Se levantaron al amanecer y juntos se ducharon, para no dormir, o para despertarse. Para asegurarse de que lo que estaba pasando pasaba de verdad. Siguió la mañana del desayuno con mucho café. Siguieron todas las pruebas que O'Harris iba

sorteando una a una: encender el televisor y escuchar lo que se decía en cada canal, abrir las ventanas en el peor momento del tránsito, al mediodía, salir al palier, bajar un piso por la escalera y esperar a que alguien apareciese a llamar a uno de los ascensores y cruzar con él un “buen día” o preguntarle si se había enterado de algo respecto a que no se podía subir a la terraza porque estaba en obras, esperando una respuesta algo más extendida. Golpear una cacerola cada vez más fuerte, escuchar a Lucía cantar a toda voz el Himno Nacional de Chile. Y, en fin, comenzar el retorno de O’Harris a la sociedad cuando se atrevieron a bajar a la calle, esa misma noche, y comer una pizza en la pizzería de enfrente.

Así empezó, para O’Harris, el tiempo de Lucía. Y de Coquimbo. Un tiempo que no sería un tiempo parejo, si es que los hay.

Allí decidieron radicarse, junto al Pacífico oscuro y azul que traía pájaros todas las tardes para arrancarse peces plateados de la costa. Pájaros que se dejaban caer cuando la benigna fuerza de gravedad los lanzaba sobre el agua turbulenta del litoral.

Allí, donde las embarcaciones pesqueras, ni grandes ni chicas, bajaban los turgentes calamares gigantes, y los congrios en el mercado. Donde las calles siempre suben o bajan, donde las veredas son modestas como la trabajosa prolijidad de las paredes viejas y sinuosas.

O’Harris llegó a descubrir esas cosas del litoral chileno. Llegó a descubrir que el hablar chiquito no era patrimonio de Lucía, y que muchas veces no se correspondía con la humildad, sino todo lo contrario. Nada más inmediato y atávico para un chileno que defender su país, que pelear con orgullo por su infinita flacura, su sostenida pequeñez, su ruda pobreza de tantos años.

O’Harris descubrió lo que hace el aire y la tierra con el tomate y la cebolla. Llegó a entender el Pil-Pil y los caldillos. Y el inconfundible olor a casa en Chile, que nunca le gustó. Un olor dulzón que él relacionaba con suciedad. Pero O’Harris no descubrió, o por lo menos nunca entendió con claridad, qué era lo que lo inquietaba, qué era lo que, cuando estaba en la casa, le hacía sentir que no terminaba de estar adentro.

Tal vez el olor desagradable, tal vez la ventana que daba a la estrechísima vereda que bajaba hasta el puerto, o la calle menuda por donde pasaban los vehículos, o las paredes delgadas. Seguramente un poco de todo, especialmente para él que venía de una ciudad donde nunca faltó el espacio y el cemento. Era, claramente, como si en la casa hubiera algo de expuesto, de frágil. Algo que obligaba al silencio para no tener que caer en la promiscuidad de escuchar lo ajeno.

Pasados los primeros meses, O'Harris empezó a permanecer en la casa cada vez más tiempo, insistiendo con tozudez en encontrar ese recogimiento que le era esquivo. Los paseos que daba cuando Lucía estaba en la oficina se fueron espaciando hasta desaparecer. O'Harris tenía mucha dificultad en apreciar y asombrarse con lo que le ofrecía una ciudad nueva, tan diferente de la suya. Pasear no evitaba que se enfrascara en su propia mente, en el propio sentirse, que iba rebotando sobre la capellada de sus mocasines blancos.

Con Lucía era diferente. Ella llegaba de su trabajo al atardecer y enseguida, con la misma energía que le habían visto tantas mañanas sus vecinos del pueblo cuando iba ligerito a tomar el autobús para ir a trabajar, dejaba la cartera sobre la mesa oscura y grande del living y alentaba a O'Harris para salir. Entonces, acompañándose de sus ojos movedizos, le iba señalando lo que le parecía interesante o bello: los pelícanos, los cormoranes, los locos escondidos en los cajones de abajo que sólo se podían comprar clandestinamente, las luces que se empezaban a encender en La Serena.

A O'Harris le gustaba lo que veía, y se dejaba llevar por la voluntad de Lucía, pero siempre había algo que le quedaba pendiente mientras no lo satisficiera, algo que le gustaba más que nada, y era ver los espectros de los tobillos finos de Lucía. Porque en ese caminar corto y animoso, en ese deslizarse, sus tobillos, sucediéndose, soltaban una estela que apenas se disipaba cuando golpeaba contra los adoquines, a cada paso. Eran como un motor impelido por los pequeños pistones de sus tacos.

O'Harris dejó de salir solo. Se quedaba en la casa. No parecía anormal porque, en Coquimbo, no encontró mejor ocupación que dedicarse a la informática. Era algo en lo que

siempre se había destacado y que llegó a manejar con fluidez durante los meses de reclusión que le había impuesto la fobia a las palabras.

Llegó a tener buen trabajo. Aportaba aproximadamente lo mismo que Lucía a la economía doméstica. La gente había aprendido a respetar su eficiencia como a aceptar su exotismo. Además no cobraba caro y su proceder le daba un halo de reconcentración científica que los hombres solían valorar más que las mujeres.

De modo que había pocas razones para salir y durante el tiempo libre paleaba el desasosiego manifiesto que le producía la levedad de la casa mirando televisión, escuchando música o lavando en el lavarropas automático.

Cuando Lucía llegaba solía encontrar a O'Harris frente al televisor, o el lavarropas. Ella estaba exenta de los quehaceres domésticos de los que se ocupaba él con máxima eficacia. Pero eso no terminaba de agradarle. Al contrario, y era una de las razones por las que insistía con las salidas. Se daba cuenta de que O'Harris era cada vez más reacio a abandonar la casa y aceptaba a desgana los programas nocturnos de los sábados. En cambio, su humor cambiaba cuando volvían a medianoche. Encendía enseguida el equipo de música y se quedaba largo rato cepillándose los dientes con el cepillo eléctrico que le había regalado Lucía y que tanto le gustaba. Cuando entraba al dormitorio accionaba inmediatamente el ventilador de techo y a veces, cuando hacía más calor, el equipo de aire acondicionado que, siendo una rareza en Coquimbo por la frescura del océano, O'Harris había insistido en comprar, por las dudas.

Después solían hacer el amor, casi siempre con el mismo fondo musical: Antonio Carlos Jobin y sus líquidas suavidades.

A pesar de la música repetida Lucía había aceptado de buen grado los gustos de O'Harris, e intentaba compartir el placer que debían producirle. Incluso sorteó con presencia de ánimo la respuesta de él cuando le preguntó si ese tema le gustaba tanto como para escucharlo siempre. O'Harris se demoró unos instantes para contestarle que no estaba seguro de que le gustase, sino que le parecía necesario para hacer el amor. Todo continuó más o menos así hasta la noche en que O'Harris le

preguntó a Lucía si no le molestaba que encendiera el lavarropas para hacer el amor.

Lucía se quedó expectante.

Pensó que quizá fuese una broma, la primera desde que se conocieran, porque si bien O'Harris tenía capacidad para expresar cariño, los chistes estaban fuera de su universo y Lucía no recordaba haberlo visto festejar o reírse por alguno. Pero cuando O'Harris le repitió su pedido con toda seriedad, Lucía no tuvo más remedio que preguntarle para qué quería eso.

Porque necesito que esté encendido, le respondió O'Harris.

Lucía lo tomó como mejor pudo y esa noche se decidió a empezar con las clases de salsa y merengue.

En realidad ya habían incursionado juntos en un curso promocional que diera un cubano que se llamaba, o se hacía llamar, Yaco Casadedios. Fue durante la primavera del primer año que pasaron en Coquimbo y Lucía estaba muy feliz de ver a O'Harris en el fondo del salón tratando de lograr el paso de tres tiempos de tantos ritmos tropicales.

O'Harris se había quedado detrás junto a otros hombres y sentía vergüenza de estar allí, a pesar del aliento y la sonrisa incansable de Yaco Casadedios. Pero paulatinamente, a medida que iba entrando en el ritmo, se fue sintiendo más cómodo y terminó la clase enfrascado en el paso básico que repitió sin detenerse hasta el final, ignorando todas las consignas que sugería el sonriente Yaco.

Fue una tarde feliz para Lucía que estaba más locuaz que de costumbre mientras iban calle abajo, hacia el mercado para ver los pájaros. Para O'Harris también, porque durante la clase no se aburrió en absoluto, aunque al final, cuando el profesor detuvo la música, sufrió una molestia indefinida que lo tuvo taciturno durante las tres primeras cuadras.

Las dos clases siguientes vieron a un O'Harris interesado en el baile, con cierta tendencia a repetir las secuencias, pero con buen ajuste a los compases. A O'Harris le gustaba el ritmo. El meneo recurrente era una forma de olvidarse, cosa que él buscaba permanentemente. Y siempre regresaban del club a pie mientras Lucía hacía consideraciones respecto al baile y a Yaco Casadedios.

Así fue hasta la última clase del seminario. Ese día llegó con una sensación de desasosiego para O'Harris que se intensificó mientras escuchaba las explicaciones de Yaco Casadedios. Su malestar crecía mientras el cubano se demoraba, más que otras veces, en poner la primera salsa. Ni los dientes blancos de Yaco realizados por su piel oscura, ni su empeñosa simpatía, lograban tranquilizarlo. O'Harris acechaba el equipo de música con la misma torvedad con que un conductor, en medio de un embotellamiento, mira la cadena de automóviles que lo precede y resiste en silencio la imperiosa necesidad de prenderse de la bocina.

Por fin exhaló aliviado cuando escuchó los primeros compases de "Mi Tierra" de Gloria Stefan. Sin embargo, el sosiego no duró más de quince minutos. Volvió a diluirse al notar un destello de lascivia en los ojos de Yaco Casadedios cuando la miraba a Lucía enarbolando su portentosa dentadura. Una dentadura hostil que le iba ocupando todo el registro de su cuerpo en la mente de O'Harris. El desagrado aumentó cuando se fijó en Lucía que seguía el ritmo con sus caderas rápidas y sus tobillos finos dándole lo que era natural en ella: su pícara gracia.

O'Harris dejó de bailar, se sentó en un banco lateral y se quedó inmóvil. Lucía no se percató de nada hasta poco antes del final de la clase, cuando Yaco Casadedios invitó a que los alumnos se juntaran en parejas. Por suerte para O'Harris ésa era la última clase del seminario. Había sido suficiente. Pero no fue lo mismo para Lucía, que después de preguntarle qué había pasado sin obtener una respuesta lógica, le manifestó su deseo de anotarse en el curso regular. O'Harris le dijo que él no lo iba a seguir y que tampoco quería que ella lo hiciera. Cuando Lucía le preguntó cuáles eran sus razones para pedirle eso, O'Harris le respondió: "porque el negro lomudo está caliente con vos". Lucía le dijo que ella no había notado nada y que en todo caso ella lo amaba a él y que el cubano tenía un olor a transpiración horrible. No fueron razones suficientes para hacer cambiar de opinión a O'Harris y Lucía decidió dejar el tema hasta otro momento.

Y el momento nunca llegó. Lo que llegó fue la decisión unilateral de Lucía la noche en que O'Harris le hizo el amor

siguiendo el ronco compás y el chasquido del lavarropa de tambor horizontal.

O'Harris dejó de salir de la casa por completo. Y rechazaba cada invitación de su compañera para abandonar su rutina doméstica. Eso desanimaba a Lucía, tanto como encontrarlo siempre mirando televisión o tipeando en la computadora.

Una tarde al llegar lo halló, como esperaba, frente al televisor, y quizá más fatigada que de costumbre, siguiendo su impulso, lo apagó.

O'Harris volvió a encenderlo y Lucía, después de mirarlo sostenidamente, volvió a apagarlo. Entonces él, sin hablar, se dirigió al lavadero y puso en marcha el lavarropas. Ella lo siguió y desconectó el cable. O'Harris fue hacia el dormitorio y encendió el ventilador de techo. Lucía, con un sentimiento que alternaba la aprehensión y el asombro, se acercó para apagarlo enseguida.

O'Harris, siempre impasible, se encerró con llave en el baño y encendió la radio a transistores que tenía encima del botiquín.

Fue una larga noche para Lucía. Una noche que O'Harris pasó en el baño, escuchando Radio Coquimbo.

Ni siquiera salió cuando empezó a sentir que temblaba sin poder controlarse. No era el frío, era un temblor que lo sacudía mucho más y que no dominaba en absoluto. Pensó con resignada atención que estaba sufriendo un ataque, algo relacionado con su sistema nervioso, algo que siempre había temido y trató de observarse.

Al levantar la vista vio cómo oscilaba la bombita de la luz que pendía de su cable y, al escuchar el repiqueteo del vaso de vidrio sobre la repisa, se dio cuenta de que lo que se agitaba no era él, era todo.

Para O'Harris esa fue la primera vez y Lucía, angustiada y temerosa, lo escuchó subir al máximo el volumen de la radio cuando la dirección del programa trataba de difundir calma haciendo sonar la canción "Bamboleo" de los Gipsy Kings.

A la mañana siguiente, Lucía se fue y Yaco la recibió con emoción.

O'Harris permaneció encerrado en el baño hasta que se agotaron las pilas de la radio. Ni siquiera notó cuando Lucía se

iba de la casa y solamente abandonó el inodoro cuando la voz de la “Spica” se apagó del todo. Entonces buscó el lavarropas y se puso a lavar la poca ropa sucia que había en el canasto de mimbre.

Desde que Lucía lo dejara, los días de O’Harris se volvieron aún más monótonos y predecibles. Él los vivía con cierta paz, porque se había vuelto como ellos, monótono y predecible. O’Harris apenas acusó cierta perplejidad tiempo después, cuando se enteró de que Lucía se había ido con el cubano, al ver un corto publicitario que presentaba a “Yalu”, la gran pareja de baile en el X Festival de Ritmos Tropicales de Antofagasta. Y se acordó de Mariana, su novia de juventud.

Él solamente necesitaba de sus aparatos. Necesitaba que algo siempre estuviera encendido. Eso lo calmaba. No se planteó o no quiso plantearse qué era lo que le pasaba. Apenas una o dos veces se detuvo a pensar y concluyó que el fluido eléctrico generaba ondas cósmicas cuyo suministro continuo le era imprescindible para subsistir.

O’Harris discurría entre el lavarropas, el equipo de música, el aire acondicionado, la computadora, el televisor, el taladro eléctrico y muchos accesorios pequeños que dejó de encender cuando se le acabaron las pilas. Pensó que reponerlas con tanta frecuencia era muy caro y se conformó con todos aquellos electrodomésticos que funcionaban con la red eléctrica. Y no tenía otras necesidades porque no le faltaba trabajo. A pesar de su actitud, seguía cumpliendo muy bien con lo que le encomendaban y las vecinas sufrían con cierta compasión el zumbido que afloraba de la casa de O’Harris cuando abría la puerta. A lo sumo alguna madre aprehensiva llegó a aconsejarle a su hija adolescente que no se acercara a lo del gringo loco. Pero nada más que eso. Y así siguieron los días, uno detrás del otro, hasta el dos de marzo, ese dos de marzo que la población chilena tardaría años en olvidar.

Curiosamente, porque nunca se sabe cuánto hay de azar y cuánto de causalidad en los hechos que se producen. Curiosamente, porque dilucidar eso ha sido siempre materia pendiente de las filosofías y los filósofos, de las creencias y los

dogmas. Del Budismo que en el poder de la causa y el efecto ve la concatenación de todos los hechos del universo. Del Hinduismo y la posibilidad del hombre de alterar lo que está escrito, adueñándose de su karma.

Curiosamente, porque cuando es necesario afirmar con tanta energía la libertad del hombre en el Cristianismo es porque las dudas respecto a ella son grandes. Y viceversa, cuando se sostiene lo contrario.

Curiosamente, porque estar “condenado a la libertad” conlleva una paradoja. Y, fundamentalmente, cierra la posibilidad de ser un condenado o un hombre libre. Curiosamente, porque no hay Yin sin Yang y nada es seguro, pero algo se puede vislumbrar en la relación de las cosas. Curiosamente, porque en esa relación, a veces no se sabe cuál es la causa y cuál el efecto, como en el caso del huevo y la gallina.

Curiosamente, esa noche, un segundo antes, en Radio Coquimbo sonaba, otra vez, el “Bamboleo” de los Gipsy Kings.

O’Harris mucho menos anticipadamente que los perros en Pompeya, intuyó lo que iba a ocurrir y se quedó inmóvil y atento. Habrían pasado apenas dos o tres segundos hasta que se percibió el primer cimbronazo, seguido, casi de inmediato, por el fragor infinito que sólo puede escucharse cuando se desgajan capas tectónicas, y se produjo aquel terremoto que azotó la piel reseca del centro y el norte de Chile.

O’Harris respondió con el mismo reflejo de la primera vez, levantando el volumen del equipo de audio al máximo, pero se sintió mucho más intimidado al ver cómo crujían los marcos de las puertas, las cabreadas del techo y la casa en general. Cuando comenzó a aflorar polvo de las juntas pensó que la casa se le venía encima y se echó debajo de la vieja mesa del living.

Fueron quizá cinco minutos, cinco minutos en los que O’Harris medía el crecimiento de la destrucción, como tantos otros. Cinco minutos solamente y no se sintieron réplicas.

Al fin, la casa de O’Harris resistió. Solo se desmoronaron algunas de las chapas del lavadero y el tanque de fibrocemento se hizo añicos contra el piso del patio.

La casa de O’Harris salió bien parada de aquel terremoto, y en general el barrio donde él vivía, pero Coquimbo fue una

de las ciudades más lastimadas. Quedaron grietas en el piso, postes caídos, casas de madera donde se habían separado una o varias paredes, carteles publicitarios diseminados en las veredas y las calles, y todas las consecuencias de un terremoto que no llega a ser fatal para la gente, pero que se hace sentir como para no ser olvidado. Los destrozos fueron graves, pero lo más grave fue lo que quizá O'Harris entrevió en el momento en que sonaban los exitosos compases de los cantaores hispano-franceses.

O'Harris intuyó lo que sería inexorable pero no tuvo el tiempo ni los medios para evitarlo.

Fue el gran apagón que afectó desde Cochoa hasta Arica, de la cordillera hasta el mar y que duró, en el mejor de los casos, alrededor de tres días y sus noches.

Urgido por su situación, apenas terminados los tremendos sacudones, O'Harris se maldijo amargamente por no haber comprado un generador autógeno. Corrió hasta el baño y tomó la Spica, Giró el interruptor en medio de la incertidumbre. Felizmente pudo escuchar algunas descargas. La radio comenzó a funcionar débilmente, quizá con la energía que había sedimentado en las pilas después de la noche de lo del baño.

La noble Spica resistió lo que pudo y al fin sus descargas enmudecieron completamente a los quince minutos.

En Coquimbo, como es lógico, al principio se hablaba constantemente del terremoto.

Fue cosa de todos los días, durante más de un mes. Los verdaderos daños se muestran con el tiempo. Todavía hoy, a pesar de que en la ciudad ya casi no hay huellas de aquel dos de marzo, los vecinos se refieren a él con frecuencia.

También se habló de O'Harris, por lo menos en su barrio.

O'Harris desapareció, se esfumó, y nadie supo qué fue de su vida, nadie más volvió a verlo.

La última referencia de él la dio una de sus más fieles clientas, que asegura haberlo visto al día siguiente, apoyado en el marco de la puerta de calle de su casa, y sosteniendo un cepillo dental eléctrico encendido que miraba como si estuviese hipnotizado.

Amistades

Hola qué hacés. Viniste al final.

Sí, se suspendió la clase de pintura y pensé que todavía ibas a estar aquí.

Sí, nunca termino. Siempre aparece más y más trabajo. No puedo dejar de trabajar en la computadora.

Y ahora qué estás haciendo.

Y tratando de avanzar con la tesis. Tengo que terminarla dentro de seis meses como máximo y es un rollo infernal. Daniel me dice que es mi tiempo para sufrirla. Que después es más fácil.

Por qué.

Y, ahora es cuando hay que abrirse el camino. Programar el futuro.

Programar el futuro. Y te sale eso, che.

Dejame de hinchar. Qué sé yo. Pero tengo que comer. Tengo que pagar el departamento y estoy histérica. Además viajo a Méjico dentro de dos días. A propósito, trajiste el champagne.

Sí, te lo debía después del que nos tomamos la otra tarde.

La verdad es que no hacía falta. Quedó un montón de anoche. Como me traicionaste anoche. No viniste, traidor.

Terminé la clase tarde y quería pasar por el boliche. Si venía, no iba a estar ni aquí ni allá.

Sí, sí, me imagino. Y con quién fuiste al boliche.
Fui solo. Había quedado en ir con la profesora y me había olvidado.

Fuiste con ella.

No, ella fue en bicicleta.

Claro, claro.

Y a qué hora terminó.

A las tres, como siempre.

Y conseguiste taxi.

No, me trajo Mara, que andaba con una amiga.

Cuál Mara.

Mara, la esposa del gringo que trabaja en el consulado.

Ah, la grandota. Me preguntó por vos la otra noche.

Ah sí.

Y te llevó a tu departamento.

Sí, me salvó. A esa hora no hay taxi.

Te llevó hasta tu casa.

Sí.

Con la amiga.

Sí.

Y te las cogiste a las dos.

Pero no. Qué decís, pará un poco.

Querés tomar champagne.

No sé, bueno, voy hasta la heladera.

Andá, fijate que hay varios que quedaron de anoche.

Aquí hay dos abiertos con la cucharita. Cuál te sirvo.

Probalos. Poneme el que quieras.

Traje el de la botella con la etiqueta negra. Es más suave.

Sí, está bueno. No hacía falta que me trajeras tu botella.

Yo no sabía que había sobrado tanto, además te lo debía. Te lo tomás en cualquier momento.

Cómo me traicionaste ayer. Por qué no viniste.

Ya te dije, tenía que ir al boliche y no tenía tiempo de hacer las dos cosas. Vino Daniel.

Sí, vino con Gabriel. Pero es un boludo. No se integró para nada. Se lo pasaron conversando entre ellos. Siempre igual. Parece que hay que rogarles para que vengan y se integren.

Sí, yo los vi en el boliche. Llegaron tarde. Me pareció raro que no vinieras.

No tenía ganas. Además ya no sé cómo hacer para terminar con Daniel.

La verdad es que no te entiendo. Siempre me decís lo mismo y nunca pasa nada. Me cuesta creerte que lo querés dejar.

Ya no tengo ganas. Además adónde voy. Tiene sesenta y cinco.

Y cuál es tu problema.

Mi problema es que ya quiero terminar con él. Ya estoy vieja y tengo que darle un camino a mi vida.

Vieja con treinta y uno. Vos estás en pedo. A lo mejor vos estás hablando de hijos.

Él me dijo que contemplaba esa posibilidad y que no podría negarse.

Entonces.

No es el caso. Quiero cortarla pero me parece una crueldad justo antes de irme a Méjico. Encima decidió ir a visitarme. Programó sus vacaciones para poder ir a verme a Méjico.

No sé qué decirte.

Vos sos mi amigo. Somos amigos, verdad.

Sí, por supuesto.

Tè puedo contar un secreto.

Claro.

Mirá que es algo que no sabe nadie. Algo complicado.

Bueno, dale.

Seguro que no se lo vas a decir a nadie. A Gabriel no se lo vas a decir.

Pero no, si vos me los pedís. No me cuesta nada ser discreto.

A Daniel le gustan esas cosas, viste. Correas, cadenas.

Cómo.

Y le gusta con otras parejas.

Ah.

Le gusta programar esos encuentros con parejas conocidas.

Ah, mirá vos qué cosa. Y qué tal.

No sé. Yo estoy cansada. No me atrae particularmente. Qué pensás.

Eh, yo no sé. Yo soy medio gauchito. Siempre parejo. La verdad que no soy material de consulta. No entiendo de eso, pero cada uno hace lo que quiere.

Yo estoy cansada. Ayer me llamó la mujer del amigo de Daniel para preguntarme qué me gusta.

Cómo qué te gusta.

Sí, es algo muy delicado. Hay que hablar bien antes para no pasar un mal momento. Ella me preguntó qué me gustaba y yo le contesté que tenía que salir enseguida, que después la llamaba. No quería hablar de eso, entendés.

Más o menos. Qué sé yo.

Está bueno el champagne, viste.

Sí, está bueno. Mirá, yo soy bastante nabo para todas esas cosas, un gauchito de campo, aburrido.

Sí, yo prefiero eso. Y vos en qué andás.

Yo estoy tranquilo. Medio monje. No me quiero enredar y además, te digo la verdad, no tengo mayor deseo. Serán los años.

No me parece que sean los años.

Estoy en otra. Tranquilo, ya se verá. Prefiero concentrarme en lo mío. Hablar con vos que sos mi amiga. Por ahora no espero nada y me gusta estar así. Entendés.

Sí. No te interesan esas cosas, verdad.

No por ahora. Es extraño, pero lo vivo bien. Bueno, Carina, estoy bastante cansado. Me parece que me voy a dormir la siesta.

Te vas a dormir la siesta. Yo también. Yo también estoy cansada.

Bueno, che, me voy yendo.

Dónde la vas a dormir.

Cómo. No sé, en mi departamento.

Uy, se conectó un amigo de Guadalajara. Esperá que le contesto.

Tenés muchos amigos en Méjico.

Bastantes.

Y algún amante.

No, bueno, tuve uno, pero ahora somos rebuenos amigos.
Suele pasar.

Listo, ya está. Yo me voy a la cama. Si querés, quedate.

Bueno, total. Me tiro un rato yo también.

Lindas estrellitas pegaste en el techo de la pieza. Un poco romanticona.

Para nada. Ya estaban allí cuando lo compré. Las sacaría pero no tengo plata, todavía debo un montón de cuotas.

Son horribles las estrellitas. No creo que me pueda dormir aquí mirando el techo con las manos en la nuca. Y con vos al lado.

Vení, vení para aquí.

No me mirés así, vení.

Esperá, esperá que así no puedo.

A ver seguí, seguí así.

No, no.

No puedo, disculpame, estoy nervioso. Me gustás pero estoy nervioso. Siempre me gustaste, siempre quise esto. Pero ahora no puedo.

Bueno, quedate tranquilo que igual estuvo bien.

No te creo, pero bueno, qué se le va a hacer. No funcionó el equipo. Ni la primera ni la última vez. Disculpame.

No pasa nada, ya te dije.

Bueno, pásame los pantalones que están de tu lado.

Tomá.

Me voy a tomar un traguito de champagne. Vos querés.

Bueno, un poquito, del tuyo.

Te faltan muebles aquí en el living.

Sí pero los que me gustan son caros. Hay una mesa ratona con banquetas cuadradas que se ponen debajo para que no ocupen espacio y son como cajones para guardar cosas.

Sí, creo que las conozco. Perdoname el fracaso.

No me molesta, en serio.

Puedo abrazarte.

Claro.

Vamos a la cama.

Cómo.

Vamos a la cama que tengo urgencia de hacerte el amor.

Pero cómo.

Vamos ya a la cama.

Sacate los pantalones. Sacate los pantalones.

Pero no te cuidás. Ponete algo.

No, dejame así. Dejame así, después me lo pongo.

Qué bueno.

No doy más.

...

No estuvo muy bueno, pero estuvo.

Qué pensás que me mirás así.

Tè miro. No usaste forro, sos un tarado.

Bueno, somos sanitos, no.

No es eso, tarado, yo no me cuido.

Y por qué no me dijiste.

Cómo que no te dije. Tè dije. Y ahora qué hago. Cómo es eso de las fechas que yo no sé nada.

Me lo decís en serio. Qué personaje. Unos días después y unos días antes de la regla. Sos regular.

No.

Bueno, cuándo se te fue.

Hace cuatro días.

No pasa nada. Y si no, tomate la pastilla del día después.

Claro, muy fácil. Esa píldora te revienta. Tè parece que me la tome.

Mirá, por lo que me decís te diría que no hace falta. Pero si querés estar segura.

Qué problema, che.

Bueno, mejor me visto. A ver si llega Daniel.

Sí, dijo que venía.

Sí, yo me rajo antes de que venga. No soy un hijo de puta como para mirarlo a la cara como si nada.

Sí, sos un hijo de puta. Ayer me dijo que le parecías un buen tipo.

Tenés razón. Bueno, me voy, Carina. Después nos vemos.

Llevate el champagne.

No, tomalo vos.

Yo ya me voy a Méjico y me quedan las sobras de ayer.

Bueno, te lo tomás cuando vuelvas. Qué problema hay. Bueno, chau, linda, nos vemos.

Después te llamo, chau.

Bicicletas

Mi madre lo veía con admiración. Quería verlo así, seguramente fruto de su amor. Incluso lo comentaba muchas veces haciendo notar que el mundo en el que me movía tenía una importancia única, y que no sólo debía tenerla para mí sino para todos. El hecho de no prestar atención a ninguna otra cosa mientras estaba enfrascado en algo, y eso ocurría la mayor parte del tiempo, era visto por ella como una gran virtud, un síntoma de genialidad oculta y en progreso.

Me he dado cuenta a través de los años de que tal vez sea una disfunción de mi psiquis, tantas veces puesta en tela de juicio por ciertas vecinas (a decir verdad creo que eran casi todas las vecinas). Porque esa característica me hizo, y aún me hace, responder a ciertas preguntas que no me interesan y que me obligan a perder el foco de mi atención, de una manera sumaria y cierta, y después olvidar completamente el hecho con las consiguientes consecuencias, a veces catastróficas. Esa condición y los recuerdos de las pruebas de resistencia que hacíamos en el pozo forman parte de los indicios que me generan dudas acerca de la conformación de mi estructura psicológica. Pero no me alarmo porque sé muy bien que a la mayoría de nosotros nos pasa lo mismo.

El pozo era una gran excavación que habíamos practicado en un terreno baldío que daba al fondo de mi casa y que habíamos

cubierto con unas chapas que nos regalara “el tata”. Era el abuelo de cuatro hermanos entre los que estaba mi amigo Ezequiel. El tata era un hombre alto y bondadoso que se llevaba muy bien con los niños, salvo excepciones, como el día en que me corrió con el hacha en ristre hasta la puerta de su casa por alguna razón que no recuerdo o no quiero recordar. Quizás le haya robado alguna de sus herramientas, a las que siempre deseaba y que perdía enseguida cuando mi atención era seducida por algún abejorro o el lobuloso lunar cerca de la boca pintarrajeada de una de las vecinas poco aficionada a mis comportamientos. La cara de las adversas vecinas me atraía irresistiblemente. Quedó en mi memoria una cara tipo cuya impronta tiene el arco de las cejas bien marcado, realzado con color negro, y el inquieto tremolar en las finas líneas de los labios bermellones. Por cierto esas caras no me causaban rechazo, sino al contrario una neta curiosidad cuya principal causa era el hecho de que yo las percibía como un producto fascinantemente horrendo.

No sé si las vecinas sabrían algo acerca del pozo. Quizá dudaran de su existencia. Pero el pozo existía.

En él solíamos encerrarnos con objetivos diferentes, como hojear alguna revista pornográfica, conversar, o comer algo sin nada de hambre. En general esas reclusiones nunca se extendían por mucho tiempo. El pozo nos encantaba pero no sabíamos bien qué hacer cuando estábamos dentro. Salvo el ritual de tapar todas las entradas y encender un fuego en unos huecos que habíamos cavado en las paredes de tierra y a los que denominábamos hornos por tener tiraje (nosotros le decíamos chimenea). También las chimeneas eran obturadas por algún trapo o incluso un amasijo de barro, de manera que todo el humo producto de la ignición se difundía densamente en el espacio del pozo. El desafío consistía en aguantar lo máximo posible adentro y yo me caracterizaba por doblar en tiempo al segundo que generalmente era Ezequiel o el potro Valenciano. Yo decía que para aguantar tanto llegaba a los umbrales de la muerte. No usaba la palabra umbrales, pero sé que quería decir eso.

Alguna vez me costó un principio de asfixia que supe disimular con decoro.

Lo del campeonato mundial fue diferente. El día del campeonato mundial decidí quedarme hasta el límite último de mi resistencia. Duré tanto que mis amigos, tímidamente primero, empezaron a golpear las chapas con pequeñas patadas, una cada tanto, sin obtener respuesta. A la falta de resultados habrá seguido la impaciencia y con ella el gradual incremento de la fuerza y la frecuencia con que castigaban la chapa. Hasta el típico desmadre que los vería pateando como enajenados, sin saber bien para qué. Yo calculo que sería más para destruir todo lo que había a su paso que para reclamar mi presencia fuera del pozo.

Pero ésa fue mi salvación. El alboroto me debe haber dado algo de conciencia y la voluntad suficiente para emerger.

Salí como pude por la compuerta de chapa, supongo que con poca cara de victoria. Seguía prácticamente desvanecido.

Está blanco me parece que gritó el potro Valenciano, que siempre me desafiaba con suerte adversa. De eso me acuerdo porque yo soy bastante moreno, medio pardo, como decíamos antes.

Traté de sortear el tremendo mareo y, sin decir palabra, frente al silencio inexpresivo de mis amigos que me contemplaban, comencé a desandar el camino hasta mi casa. Todavía me acuerdo del tambaleo. La vereda se había convertido en un zigzag atroz que se quebraba subiendo o bajando, como después de un terremoto, aunque el barrio no era una zona sísmica.

Cuando llegué no pude más que desplomarme en la cama. Falté tres días al Víctor Mercante (a mí me gustaba decirle Víctor Mercantil porque era una palabra más elaborada) entre vómitos y nebulizaciones.

El campeonato mundial y el adoquinazo fueron quizá los dos hechos que llevaron a su apoteosis la bien ganada celebridad que ya tenía entre las vecinas. Esos dos hechos y mi obsesión con las bicicletas.

Lo del adoquinazo fue producto de mi inquebrantable voluntad para el trabajo físico. Ese trabajo consistía en aquella ocasión en arrojar adoquines (de los grandes e irregulares) fuera de la zanja donde correría la red cloacal que se estaba tendiendo. Eran muchos los adoquines adentro de las excavaciones. Habían llegado allí rodando desde los bordes.

Mi furor para sacar adoquines era tal (siempre quería ser el mejor, el más fuerte) que en un momento el adoquín que arrojé hacia arriba en medio de la seguidilla no hizo la parábola necesaria para caer fuera de la zanja en la que estaba inmerso y que imaginábamos como una trinchera. El resultado de la falta de curvatura del lanzamiento fue que el maldito asteroide volvió sobre mí, dándome limpia y secamente en el cráneo. No sé si tuve una pérdida parcial del conocimiento pero, en todo caso, me rehice enseguida hasta adquirir la petulancia de un héroe por la resistencia de mi cabeza, la que, a la postre, empezó a deformarse. Mirá, le salió otro huevo en la cabeza, atinó a decir el potro Valenciano, sin voluntad de escarnio.

Por largo tiempo la anécdota del adoquinazo se siguió comentando, y se repetía que nunca en las inmediaciones se había visto semejante chichón.

Es evidente que los del pozo y el episodio del adoquinazo son hitos que me han marcado. Sin embargo, lo que se ha sostenido más a través del tiempo es mi relación con las bicicletas.

Aún no sé cuál es el motivo del embrujo que siento por esa invención en la que el ser humano debe haber llegado a los límites de su ingenio, o quizás simplemente tuvo la suerte de encontrarla en una tarde feliz. Y no hablo de esas bicicletas ridículas o lo que fuere, que se ve en los grabados del siglo diecisiete, de las cuales caerse debe haber tenido resultados desastrosos, sino de las actuales, que con variaciones siguen manteniendo un sistema básico de funcionamiento. Me resulta hermoso ver las dos ruedas alineadas, los tenues rayos tan endebles cuando solos y tan resistentes cuando operan mancomunadamente sosteniendo en perfecta democracia el arco de la llanta. Y la potencia lanzada de la rueda cuando se le da tracción con la mano a los pedales de una bicicleta invertida, o el traslado de la fuerza aplicada a la palanca del freno a cargo de un extraño cable para hacer que los tacos aprisionen los bordes de la llanta. En fin, describir eso es como querer explicar algo cuya justificación excede lo razonable, eso de lo que, a veces, tiendo a perder el registro. Lo cierto es que, desde que me acuerdo, las bicicletas me encantan. De hecho aprendí a andar de muy pequeño, a los tres años, y sin la asistencia de

las rueditas que solían acoplarse al eje trasero para evitar caídas de los que aún no habían desarrollado el sentido para mantenerse en equilibrio.

Era muy feliz cuando empecé a dar las primeras vueltas a la plaza frente al embelezo de mi madre y la mirada atónita de Ezequiel y sus tres hermanos. Haber descubierto la capacidad de equilibrarme y darle tracción a semejante invento fue maravilloso, como cada hecho ocurrido alrededor de las bicicletas, incluyendo, claro, la llegada de Birgit. Pero tiempo al tiempo porque aquello, y en realidad todo, es cuestión de equilibrio y parece ser que este mundo requiere de la levedad de un funámbulo para evitar tantos errores.

Ese día demostré equilibrio montado sobre la pequeña bicicleta que me había regalado mi padre y empecé a adquirir confianza. La confianza devino en velocidad. La velocidad en enajenación.

Era muy difícil que se me viera circulando plácidamente por las veredas de la plaza, sino más bien lanzado sobre mis propios límites que, según una novia de años, tenía completamente corridos. Pero yo sé que le encantaba cuando hacíamos el amor en el lavadero de la terraza de su edificio mientras su madre tendía la ropa.

La plaza, aún hoy, tiene una rotonda central (hace unos días volví a recorrerla después de tanto tiempo de estar fuera) conformada con las mismas baldosas amarillas que el resto de las veredas. Por fuera de la rotonda y sobre el césped hay unos bancos de cemento y piedra, situados a unos cuantos metros uno de otro y debajo de un ligustro disciplinado donde solían conversar los jubilados. No sé si aún siguen con ese hábito. Era normal que algunos se sentasen en los bancos y otros permanecieran de pie enfrente de ellos y en el borde de la rotonda que se elevaba por sobre el nivel del césped unos veinte centímetros. Por esa rotonda me gustaba circular a buen ritmo manejando la fuerza centrífuga que producía girar aproximadamente siempre en el mismo radio.

Girar es una manera de entrar en el presente según los famosos derviches y eso es bastante normal en el comportamiento de un niño. Y la atracción por la velocidad y el vértigo

creo que también. Esa vez descubrí los efectos devastadores de la fuerza centrífuga. Daba vueltas acelerando cada vez más, lo que paulatinamente me obligaba a aumentar el radio de giro. En determinado momento osé levantar la mirada que traía fija sobre la rueda delantera. Vi que el margen de error rondaba el cero. Estaba sobre el borde externo de la rotonda y muy cerca de donde conversaban los jubilados que (no sé por qué lo sé, pero estoy seguro de que fue así) esperaban atónitos el desenlace. El único espacio que encontré disponible para no estrellarme fue el vano que había entre los que estaban parados al borde de la rotonda y los que estaban sentados frente a ellos sobre el banco de concreto. Fue una maniobra desesperada y probablemente habría tenido un final feliz si solamente hubiera estado aquel desnivel de veinte centímetros entre la rotonda y el césped. Alcancé a pasar entre los inmóviles jubilados pero el salto en el desnivel me provocó un serpenteo descontrolado. Seguí dando algún que otro barquinazo y como decía, quizá hubiera recuperado el dominio, pero quedaba aquel fatal talud que había apenas un poco más adelante. Allí la rueda delantera se clavó y giró noventa grados de un golpe, haciendo que mi menuda humanidad fuera despedida y proyectada considerablemente hasta impactar contra uno de los tantos rosales que adornaban la inolvidable plaza.

Hasta que el dolor ocurre, y eso tarda unos tres o cuatro segundos, uno queda a la expectativa de las consecuencias de lo ocurrido. Y hasta tiene tiempo de albergar alguna esperanza de que no haya sido nada. Generalmente no es así y ésta, después de semejante vuelo, no fue una excepción. Apenas sentí los ardores y el batir del sufrimiento, comencé a ulular repetidamente hasta romper en llanto.

Después de un buen rato uno de los jubilados acudió para corroborar un poco lo que había sucedido. Me observó detenidamente y creo que trató de darme algún consuelo breve. Después volvió hacia el grupo que miraba.

Por suerte a la bicicleta no le pasó mucho. Es curioso que no se haya doblado la horquilla. Era de gran calidad, algo que mi padre atribuía a su origen italiano. Yo no recuerdo ninguna otra bicicleta tan liviana y con semejante capacidad de aceleración.

Es evidente que el diseño y la terminación de “la italianita” eran inmejorables. A mí, a pesar de haber mordido el polvo, me incitaba a andar a toda vela y probablemente recién me haya vuelto un poco más prudente después de aquella hermosa noche de verano.

El verano en los barrios tiene algo de acogedor, quizá porque es más fresco que en el centro y por el aroma de los árboles y el pasto. Eso da alegría, y así me sentía yo esa noche, lleno de dicha y de ganas. Qué mejor que salir a dar una vuelta en “la italianita”. Como tenía las ruedas flojas yo le insistí a mi padre para que me las inflara, a lo que él (probablemente convencido por mi desenfrenado entusiasmo) accedió a pesar de haber caído la noche.

Nuestra cochera estaba al final de un estrecho acceso que pasaba por uno de los costados de la casa. Apenas mi padre me entregó la bicicleta en la cochera salí disparado por el entusiasmo hacia la entrada de calle y cuando llegué giré a la derecha sobre la vereda. Sentí la tentación que significaba tener casi toda la magnitud de la cuadra a mi disposición (mi casa quedaba cerca de una de las esquinas) y le abrí los portones a la avidez.

Y así fue. El paso del aire en la oscuridad, la liberación de mi ingenua musculatura y la sensación de deslizamiento volvieron a seducirme.

Todo se sostuvo hasta la irrupción en la esquina fatal.

En la esquina vivía Leiboso.

Leiboso era un gordo bonachón de poco hablar y suerte modesta. Pero hay excepciones, y de algún modo fue excepcional que en el momento en que yo ingresaba al territorio de su vereda, él estuviera saliendo en el más completo silencio y en la más cerrada penumbra. Yo no vi nada. Y de cualquier manera no hubiera visto nada en ningún caso, con los ojos adheridos, como llevaba, al inmediato suelo delante de la rueda.

Para mí no fue un gran golpe, al quedar amortiguado por el obeso muslo de Leiboso. Para él, nunca lo sabré. Evidentemente su gordura lo debe haber ayudado. Si no sería muy difícil explicar su casi inmediata recuperación después de recibir el impacto de un bólido de considerable tamaño en una de sus piernas.

El buen Leiboso, lo recuerdo, en vez de retarme, se abocó al consuelo de mi sostenida letanía.

No tengo muchas más memorias de la italianita, pero siempre la valoré con admiración. Ella, en cambio, se mostraba distante, como abstraída en otras cuestiones de más importancia que ocuparse de mí. Yo era apenas un niño y aunque ella me correspondía por tamaño, no creo que haya hecho honor a su nacionalidad y me haya sido fiel como dicen de las verdaderas italianas.

Era roja y un poco frívola, demasiado para un sudaca como yo, y por eso es que nunca supe donde fue a parar. Pero ojala esté bien, aunque en estas tierras, sí, éstas, porque ya estoy de nuevo por aquí, es difícil que haya encontrado algo mejor.

Debo decir que mi relación con las bicicletas no se reduce a una enumeración de pequeñas desgracias. Hubo por supuesto muchas alegrías, alguna tristeza, lo de Birgit, y también acciones un poco reñidas con la ética.

Entre las últimas no puedo soslayar el producto de la irreductible confianza que tenía depositada en mí “el germen”. El germen era un vecino algunos años más chico que vivía en la cuadra. No había sido bendecido por ninguna habilidad física. Era un incapaz, pero tenía una voluntad y un espíritu de sacrificio infinitos. El germen, que solía observar largamente mis evoluciones entre las ramas de los árboles del barrio, decidió que debía ser yo quién le enseñara a andar, y sé que me sentí halagado por su elección. Pero también vi que era una oportunidad de intimar con su bicicleta y divertirme a costa de su capacidad para el martirio, su valentía sin límite y su ineptitud natural. También había algo torvo en cierta esperanza mía de que la bicicleta me eligiera a mí, a pesar de no ser su dueño. Pero eso duró poco, porque apenas la conocí me dije que eran tal para cual.

Ella era verde agua, modesta y rodado catorce. Se notaba su docilidad y su falta de pretensiones, de modo que me di cuenta de que a lo máximo que llegaríamos era a una buena amistad, si yo no me excedía demasiado.

Lo primero que recomendé fue sacarle las rueditas, porque así no iba a aprender nunca. Le aseguré al germen que podía

montar tranquilo, que yo iría al trote detrás de él con mi mano apoyada en la parte inferior del asiento para tantear el equilibrio. Eso, y solamente eso, lo hice con seriedad. Rayaba el exceso de confianza tocar por detrás a la bicicleta de un amigo y no quise que se sintiera incómoda.

Inesperadamente el método comenzó a dar resultados positivos enseguida, y noté que el germen podía sostener el equilibrio durante un buen tramo, de modo que en algún momento lo liberé a su suerte. Se mantuvo sobre la bicicleta todo lo que pudo pero el difícil ángulo en que se inclinaba lo hizo acelerar. Resistió hasta que llegó a la curva de la esquina. Pasó rozando la columna metálica del alumbrado y ya no hubo más opción que doblar, si no quería caer al medio de la calle.

Entonces, hizo girar los brazos como las hélices de un aeroplano, soltando el manubrio y buscando el equilibrio perdido, y luego con un gesto como de una zambullida, se lanzó de la bicicleta. Debe haber imitado lo que veía en las películas cuando los vaqueros saltaban de la diligencia.

El porrazo, felizmente, no fue muy fuerte. Cayó a unos dos metros de la columna y a otros dos de la calle.

Le pregunté si estaba bien y me dijo que sí, pero había algo en su modo de mirarme que me hizo dudar. Le dije que las caídas eran inevitables, que servían para fortalecer el ánimo, que ya iba a aprender a doblar y que esa sería la última lección que por ahora íbamos a enfrentar. Podría enseñarle a andar marcha atrás pero era de profesionales y lo dejaríamos para mucho más adelante.

Todo lo que habíamos avanzado en cuanto a sostener el equilibrio en línea recta se vio empañado por la obcecación del germen en lanzarse de la bicicleta cada vez que llegaba a las inmediaciones de una curva y por mi falta de ánimo para volver a tocar el asiento. Hubiera querido que la costumbre de tirarse durase para siempre. Traté por todo los medios de seguir disfrutando, y disimulaba la gracia que me causaba la gravedad del rostro del germen en el instante previo a lanzarse. Pero todo entretenimiento termina más temprano que tarde. Alguna vez, por fin, se atrevió a permanecer montado al girar y, después de algún que otro porrazo, aprendió.

Me llenó de satisfacción y de justificada melancolía porque aquellos lanzamientos del germen iban tocando a su fin. Logré algunos resultados esporádicos obligándolo a maniobras muy arriesgadas, pero el germen ya sabía sostenerse, y las malas experiencias lo hacían recelar y ponerle un límite a su obediencia, por lo que las inolvidables tiradas desaparecieron para no volver.

Quedaron en el recuerdo, como la italianita, que fue la bicicleta que más me fascinó, aunque nunca la llegué a amar tanto como a aquella por la que perdí el rumbo, o quién sabe.

Fueron pasando los años en aquel Saladillo que se vuelve difuso y gigante, como casi todo en el universo de un niño, hasta llegar al Saladillo de mi adolescencia y hasta éste que veo cada mañana y que es ajeno, después de tanto tiempo. Tanto tiempo de andar rodando hasta el retorno. Con suerte, creo.

Después de la italianita el hermano de Ezequiel me dio su bicicleta, que le quedaba chica. Era verde, un poco raquíta, inexpresiva y rodado veinte. A mí me parecía muy grande pero a Ezequiel, que se había estirado prematuramente, no le servía, de modo que me la prestaron hasta que creciera. Eso decían, pero ahora me doy cuenta de que era una expresión de deseo porque yo era muy musculoso y mi cuerpo tenía la fisonomía de los que van a ser de poca estatura. No creo que a mi madre la convenciera mi tremendo torso, mis piernas arqueadas y el balanceo en el andar. Ezequiel me sacaba una cabeza y a mi madre eso, estoy seguro, la mortificaba un poco. Pero también estoy seguro de que se consolaba con mi infinita inteligencia y mis geniales reacciones, que en cambio eran el escándalo de las vecinas de pelo enrulado, cejas delineadas y labios rojos como una cresta de gallo.

A mi padre, que siempre fue chapado a la antigua, no le gustaba que anduviera en bicicleta ajena y, como casi enseguida yo di el esperado estirón (lamentablemente mis proporciones antropométricas no variaron), me compró una de un rodado apenas más chico que el de la que le habían comprado a Ezequiel.

A decir verdad, el padre de Ezequiel (ordenado hasta lo maníaco) le había propuesto que compraran juntos para abaratar costos. En la cuadra solía hacer largas arengas respecto del novedoso cliché definido como “economía de abundancia”.

Había que tener de sobra y, en especial, había que tener poder financiero. Su mujer, imbuida de esa filosofía, acopiaba mercadería imperecedera como para afrontar una guerra atómica.

A mi viejo le gustaban sus ideas pero, siendo empleado raso de frigorífico, le era difícil aplicarlas. Además en el fondo no le entendía mucho pero le encantaba que el padre de Ezequiel le prestara tanta atención como al funesto cura del barrio, que nos tenía amenazados a todos con la ira del señor.

Accedí a una bicicleta rodado dieciséis, apenas uno menos que la dieciocho de Ezequiel y alcancé a percibir la alegría fraternal que generaba esa sociedad de cuatro: nuestros padres y nosotros mismos. Pero esa dos bicicletas, especialmente la que se me asignó, nunca fueron amistosas. Y visto desde el tamiz del tiempo me queda un sentimiento de resignación por lo que pudo ser y nunca fue.

Había algo basto en esas bicicletas, especialmente en la mía por ser menos grande y más concentrada, algo torpe y primario. Algo masculinamente dictatorial. Como de mujer soldado, gorda y nazi. Me viene a la mente aquella sargento de la película Pascualino Sietebellezas que usaba calzoncillos y obligaba al poco escrupuloso y necesitado Pascualino a calmarla sexualmente.

Las bicicletas no eran alemanas pero a lo mejor las habían hecho fabricar por Kotonac.

Kotonac era un herrero del barrio, fino y germanófilo. Gozaba de los favores del padre de Ezequiel y, por propiedad transitiva, de los de mi padre también.

Nunca me lo revelaron y habrá sido para que no cayera una sombra de duda en nosotros al conocer su doméstico origen. Pero estas son imaginaciones porque no sé nada de cierto acerca de su origen y, aunque alguna vez podría preguntárselo a mi padre, su respuesta sería muy poco confiable, acostumbrado como está a decir que es más o menos lo mismo. Todo más o menos lo mismo. Yo quiero verlo como un síntoma de sabiduría, pero cuando hermana su pueblo natal en La Rioja con mis crónicas de Badwimpfen se me hace cuesta arriba.

Casi no tengo recuerdos alegres con aquella bicicleta. Apenas los primeros esperanzados escauceos de ambos y alguna

vuelta crepuscular alrededor de la plaza. Después se suceden algunas imágenes borrosas donde, entre brumas, suelo verla casi siempre separada de mí, de un rojo subido por la falta de luz y, lo que es peor, por la falta de juego. Porque una bicicleta, sobre todo en tiempos de la adolescencia, debe asociarse a lo lúdico y al compañerismo, a la complicidad en las incursiones por la cuadra de los hermanos Valenciano. Esos que, en su lugar, se convertían en implacables alimañas, y nos atacaban con sus canutos cuando pasábamos a toda máquina.

Esos mismos que viraban ciento ochenta grados su comportamiento cuando estaban en nuestra zona, y adquirirían un tono melifluido y obsecuente, especialmente conmigo, que gozaba de prestigio por mis logros físicos.

Aquella bicicleta tendría sus sentimientos pero siempre los mantuvo inaccesibles, de modo que esa etapa tocó a su fin una tarde que por la sensación de frío y desasosiego debe haber sido en abril. Estaba oscureciendo y decidimos dejar nuestras bicicletas para jugar a la escondida. Quedaron apoyadas contra la plataforma del mástil de la plaza y nos abocamos al entretenimiento que a veces resultaba bastante peligroso. Porque todos queríamos salvarnos de contar y a veces la procura de la pica producía carreras a máxima velocidad que podían terminar en un choque entre los jugadores o contra alguno de los bancos de concreto.

Recuerdo, creo que recuerdo, que se fueron retirando los más chicos y que iban a recoger sus bicicletas. Yo seguí jugando hasta que ya no quedábamos más que tres. Vaya a saber por qué insistíamos en un juego que comenzaba a ser tan triste. La única bicicleta que faltaba recoger era la mía y yo la observaba con aprehensión mientras permanecía al acecho en mis escondites. En algún momento me di cuenta que ella no quería que yo fuera a buscarla y, en verdad, yo tampoco tenía la presencia de ánimo. Ése es el último recuerdo que tengo de ella, quieta e inclinada contra la plataforma blanca, reverberando un poco con la luz que se iba. Así obtuvo su libertad la bicicleta abandonada. No sé bien por qué lo aclaro pero siento que alguna vez me hicieron la pregunta.

Yo llegué a casa y logré soslayar el hecho por apenas esa noche. Después no pude ocultarlo más y se lo conté a mi padre,

que curiosamente no me retó, o por lo menos no recuerdo que lo haya hecho, cuando le dije que la había dejado porque no me quería. Cruzamos hasta la plaza, antes de que yo fuera a tomar el colectivo para ir a la escuela y por supuesto sólo hallamos el vano que dejó aquella bicicleta oscura.

En Europa mi relación con las bicicletas pasó por un período de sombras porque durante un largo tiempo no tuve ninguna. Es que cambiaba de lugar bastante seguido en mi afán de ver mundo y de ganar algún dinero. Evidentemente no era mi destino quedarme allá, si no no hubiera vuelto al Saladillo después de estos diez años de rodar. Muchas veces me consolaba pensando que los trenes tenían algo de bicicleta. Para mí, las máquinas (yo imaginaba las máquinas viejas) que llevaban expuesto el mecanismo que transforma el movimiento rectilíneo en circular, permitían ver el trabajo del sistema biela manivela sobre las ruedas. Era muy parecido al trabajo del muslo y la pierna sobre el pedal, siendo la rodilla, claro, el nexo entre la biela y la manivela.

Sé que es una estupidez pero a veces solía imaginarme a algún ser humano, o algo así, encima de la máquina y pedaleando sobre las ruedas, aunque siempre se rompe el encanto al ser consciente de la velocidad a la que tendrían que ir esas piernas para impulsar la máquina a ciento cincuenta kilómetros por hora. Habría que atarle las piernas a los pedales y me parece que terminarían desbaratándose. Sería una brutalidad.

Ámsterdam fue diferente. En Ámsterdam volvieron las bicicletas. Más que volver, diría que irrumpieron porque, si bien había visto algunas en diferentes lugares, nunca en esa cantidad. Ámsterdam era, no sé cómo estará ahora, aunque me parece que Birgit me dijo que había menos, una ciudad llena de bicicletas. Había multitud de bicicletas, una buena cantidad debajo de personas y otras diseminadas por las calles. Y también abandonadas, cuando tenían una rotura o un desperfecto. Al principio esa situación me agradaba porque para mí Ámsterdam era la ciudad de las bicicletas más que de Rembrandt o las putas. Pero después eso de dejarlas en cualquier lado me empezó a indignar. Quizá era una oscura operación de mi subconsciente debido al registro de aquello que hice con la bicicleta otoñal. No lo sé, pero

esa desidia de los distantes holandeses me empezó a parecer desagradable. Y cada vez que encontraba una bicicleta con algún pequeño desperfecto sentía o creía sentir que me reclamaba. Al principio lo hice con el mayor de los sigilos, y controlando ávidamente a mi alrededor por si alguien me observaba, pero después arrasé con todas las que pude. No sé qué pensaría mi mamá de esto si lo supiera, pero es probable que quisiera compararme con Robin Hood.

Trataba de conformarme llevándome cuanta bicicleta tuviera un desperfecto menor, con la esperanza de escarmentar al dueño si volvía a buscarla. Quería que aprendiese a tener más cuidado con alguien que en la máxima humildad se coloca debajo y lo transporta a donde sea, sin condiciones ni reclamos. Y apenas si sufre alguna fortuita rotura que siempre se arregla con dos pesos.

No me sentía como Robin Hood pero había algo en mí (sé que la diferencia es mucha pero igual) que quería compararse con la madre Teresa, que por aquellos tiempos me parece que aún vivía y, según me dijeron, juntaba enfermos, hambrientos y algún que otro muerto por las calles de Calcuta.

El problema era dónde ponerlas. Yo las seguí sujetando al mismo árbol de uno de los grandes parterres de mi barrio con una larga cadena y un candado. El árbol, era como un jacarandá, creo, o a lo mejor un tala (aunque no sé cuál es el nombre en Holanda), empezó a coronarse de una maraña de bicicletas averiadas. Curiosamente nadie hacía nada al respecto. Hay en Ámsterdam, y en general en el norte de Europa, un gran respeto por las obras de arte y dentro de esa clasificación debe haber entrado lo que yo estaba haciendo.

Más de una vez, y sobre todo los domingos en los que solía agolparse gente a observar detenidamente la circular población de bicicletas enredadas, recibí una respetuosa y aprobadora inclinación de cabeza por parte de algún admirador. Debo decir a esta altura que recibir el apoyo del público produce una gran satisfacción y el momento más emocionante de aquel feliz período en Ámsterdam fue el caluroso aplauso que recibí una tarde al llegar con una nueva y herida bicicleta negra para integrarla a mi obra.

Habrán sido dos o tres meses de hurtar bicicletas y llevarlas al barrio, pero como en toda ciudad ordenada ocurrió lo que debía ocurrir. Una mañana de domingo, cuando iba para ver cómo estaba la cosa, desde lejos noté una aglomeración de gente alrededor del árbol y, estacionado muy cerca, un automóvil de la policía. Cuando llegué me rodearon varios vecinos y trataron de explicarme qué sucedía. Del holandés aprendí muy poco pero, por suerte, y como casi siempre, había una hermosa chica que hablaba español. Ella me dijo que según la policía debía parar con mi obra y que debía retirarla del lugar porque entorpecía el tránsito y porque era un lugar público.

Algunos vecinos indignados defendían la obra y según me traducían la chica le decían a los policías que los Países Bajos no eran territorio nazi (cuando dijo la palabra nazi, me acordé de la bicicleta otoñal). Era bastante gente, y la policía no sabía a qué atenerse.

Yo, a decir verdad, ya empezaba a cansarme de lo que estaba haciendo y además no tenía la menor idea de cómo continuar. Le hice decir a la chica que mis obras eran móviles y provisionales, como la vida misma, que el mensaje ya estaba dado, que la gente lo había entendido perfectamente (recuerdo que algunos miraban con fijeza) y que era hora de empezar con otra cosa. Pedí que me dieran una semana para retirar mi “testimonio” del sitio.

Aquella fue una de las pocas veces que tuve alrededor gente trabajando y divirtiéndose. Dominique, que hablaba el español y que era de Marsella, era una de las más entusiastas y, cada vez que trabajábamos bajo el paraíso, nos entretenía haciendo sonar flamencos en su equipito de audio.

Yo me había dado cuenta de que lo que había que hacer era desarmar las bicicletas y armar cuantas se pudieran con las partes que estaban en buenas condiciones y todo el mundo estuvo de acuerdo. Digno de él, hubiera dicho mi madre asintiendo satisfecha y soslayando las ecuaciones que me llevaron a Ámsterdam y al lado del tala.

Aunque parezca mentira reconstruimos más de la mitad. Cada uno de los que nos dedicamos a desarmar y armar bicicletas debía llevarse una y darle un destino seguro y solidario obsequiándola

a una persona o institución que le pareciera indicada. Fue justo en una semana.

Las secciones dañadas que quedaron sin usar fueron enteradas en el jardín de la casita de Dominique después de un ritual íntimo (estaban los más allegados), tierno y esotérico.

Me di cuenta de que más de uno quería que yo indicara el paso a seguir y adelantándome no tuve mejor idea que repetir “caminante no hay camino, se hace camino al andar, caminante no hay camino, sino estelas en la mar”. Me parece que a los holandeses no les gustó mucho y eso que según estudié han sido grandes navegantes.

En esa casita pasé una linda temporada en compañía de Dominique pero después me pidió que me fuera, que estaba un poco cansada y que mejor me dedicara a alguna otra obra de arte.

Como yo no tenía la menor idea de qué obra de arte emprender, me di cuenta de que era hora de irme, lo que me costó un gran dolor porque Dominique me gustaba y no me molestaban los amigos que solía llevar a su casa.

Dominique fue para mí, igual que Ámsterdam, una mezcla de calidez y distancia, una estrechez sin lazos, una grandeza minimalista y modesta, un buen lugar para fumar marihuana y acceder a múltiples prácticas sexuales, y sobre todo una historia de bicicletas.

París no.

Nada muy especial, así fue París, porque no hay recuerdos especiales en relación a ellas. Solamente me viene a la memoria la aparición de esos triciclos a pedal y carrozados que se empezaron a ver ejerciendo la función de taxis ecológicos y ridículos. Una reminiscencia de la India pero extrapolada a los barrios más elegantes y transitados de la ciudad. No había muchos pero, de tanto en tanto, se veían pasando displicentemente por alguna de las avenidas que bordean el Sena. Yo le encontraba algo anti-pático, algo alejado de la gente, de la sencillez, de la modestia natural de las bicicletas. Para mí era como si a esos triciclos obesos los condujeran estudiantes mantenidos de la provincia, con más ganas de hacerse ver que de estudiar. Como el hermano más chico de Ezequiel, que cuando lo veía estudiando a Ezequiel no podía con el cargo de conciencia de su falta de voluntad y,

después de observarlo en silencio (yo lo había visto en más de una oportunidad), se iba. Así nomás: se iba. Porque no sabía adónde. Fue largos años un vago pero al final hizo fortuna casándose con la hija de Aíta, que curiosamente era el dueño de la bicicletería más grande del Saladillo.

Los dos años que pasé en París haciendo un poco de todo me mantuvieron más bien alejado de las bicicletas y próximo a la delincuencia, hasta que la encontré a Birgit.

En ese período estaba trabajando para un argentino que tenía una página web para encuentros de parejas swingers y, si bien cobraba por el servicio, el provecho mayor lo obtenía de la venta de marihuana y éxtasis para algunas de las fiestas que se organizaban. Había tres o cuatro todos los días y yo era el encargado de llevarles los porros hechos o las pastillas.

Cuando Birgit me preguntó qué hacía en París, después de mucho tiempo de conocernos, le dije que era como un diseñador de páginas web, una cosa más o menos así.

La encontré un atardecer en las orillas del Sena cerca de uno de los “quai” donde la gente se junta a hacer breakdance o a bailar salsa o tango. Birgit estaba sentada al lado mío y mirábamos a cada uno de los que pasaban al centro para hacer sus piruetas. Después que un negro hubo terminado se produjo un vacío porque nadie iba al medio. Entonces ella me empujó para que yo pasara y me puso al borde del síncope. Me rehusé como pude y entonces pasó ella.

Es verdad que Birgit tiene mucho de andrógino en su larga figura de pocas curvas, en su rostro enjuto y en su corto pelo crespo (llegué a dudar de que fuera mujer) pero jamás me hubiera imaginado semejante fiereza para el breakdance. Era energía pura para marcar los quiebres y para elevar todo el cuerpo con sus palmas sobre el suelo.

Se levantaban exclamaciones cada vez que se sometía a un vórtice que orillaba el descontrol o se ponía a trabajar con el tronco y los brazos como si fuera un muñeco con articulaciones metálicas.

Yo aplaudí entusiasmado durante todo el show. Cuando terminó dejé escapar un grito de excitación. Birgit vino a sentarse a mi lado y yo la invité a cenar.

Esa fue una de las pocas cenas en una “brasserie” que tuve en París y una de las últimas noches en esa ciudad, que me dejó la sensación de no haberla conocido y de que nunca la iba a conocer. Decidí irme a Viena, de donde era Birgit, por unos días para probar suerte, pero ya tenía metido el cansancio de diez años girando por Europa.

Cuando la vi llegar al restaurante que había reservado ella para nuestro primer encuentro en Viena en una esquina escondida del centro y detrás de una iglesia, me pareció una mujer hermosa. La combinación de la bicicleta negra, aristocrática y sobria y el vestido de color verde claro del que se asomaban sus larguísimas piernas y sus pies casi desnudos, que calzaban unas sandalias con correas como las griegas, me gustaron mucho.

Es difícil que el valor del encuentro tenga una apreciación intermedia. O nos gusta mucho o no nos gusta nada y, a pesar de que queda el tiempo restante para menguar esos extremos, la primera impresión es bastante definitiva, igual que las primeras dos o tres jugadas en un picado de fútbol. El equipo que toma la iniciativa establece una relación de dominio y comienza con ventaja. En el fútbol yo tenía iniciativa, pero mi tremenda desprolijidad para jugar no lo convertía en uno de mis fuertes. Lo mío era treparse a los árboles, las luchas cuerpo a cuerpo, donde se competía sin ira pero de un modo implacable, hasta obligar al otro al vejamen de la rendición incondicional, y las maratones en las que no se me conocía rival. El único que me tenía paciencia para el fútbol era Ezequiel, al que recuerdo como un jugador de tremenda patada, hábil, y de muy poco criterio.

Cualquiera hubiera sido el criterio, Birgit se vería hermosa, pero es evidente que su belleza estaba realzada por la compañía de la inquietante bicicleta negra.

Cenamos bajo la noche amable de esa esquina. No recuerdo nada de lo que hablamos. Creo que yo tenía la mente escindida entre Birgit y la bicicleta que parecía observarme apoyada en la pared. De cualquier modo fue una cena muy agradable y me salió carísimo. Tal vez haya valido la pena, el tiempo dirá.

Después de cenar caminamos hasta el Burggarten a tomar un trago. Yo me hice cargo de la bicicleta. No sólo era una actitud caballeresca de parte mía sino también algo incontenible.

Yo debía llevarla, poner mis dos palmas sobre los mangos del manubrio y sentir el zumbido apagado de las bolitas de los rulemanes y verla deslizarse tan dócil en el sentido en que yo caminaba.

Birgit me iba mostrando los distintos edificios y se refería a su historia o su función. Yo le pregunté para qué entrenaban los caballos españoles y por qué eran españoles. Me dijo que no tenía la menor idea de por qué eran españoles y que los entrenaban para eso. Para tenerlos entrenados y para que la gente los fuese a ver. Algo meramente turístico y utilitarista, aunque me aclaró que cierta vez hubo un incendio en un pabellón y los caballos en riesgo movilizaron a la compasión de gran parte de la ciudad hasta que se pudo ponerlos fuera de peligro.

En el Burggarten pedimos una cerveza y me desorientó el hecho de que Birgit parecía tomar distancia. Después la acompañé hasta su casa.

Nunca habíamos tenido sexo porque ella me dijo que ya no estaba para flirts y porque a mí me daba un poco de miedo. Pero esa noche me invitó a entrar. Los dos habíamos tomado bastante y después de algunos besos extraños (la bicicleta estaba con nosotros y para mí que controlaba) nos quedamos en silencio. Me preguntó qué me apetecía y yo le dije que me gustaría verla bailar breakdance. Puso música y empezó a moverse con la misma eficacia de París pero a un ritmo más sosegado y sugerente. Eso rompió el hielo y yo me puse a festejar cuanto movimiento me gustara (eran todos) hasta que terminó el largo tema. Entonces se detuvo y con una sonrisa que nunca le había visto dijo que ahora me tocaba a mí.

Por qué no, pensé y decidí irrumpir en el breakdance como en la esquina del gordo Leiboso.

Me paré delante del sillón y dejé que me llevara la excitante cadencia de la música. No sé cuánto tiempo pasó pero creo que casi inmediatamente Birgit comenzó a revolverse en el sillón sin poder contenerse entre las expresiones de asombro y las carcajadas.

Daba revolcones en el sillón mientras yo me movía como un enajenado al compás de esa retumbar irresistible. Sentía que eso estaba hecho para mí, como tantas otras cosas, y disfruté

ese baile mientras duraba la posesión. Porque yo estaba poseído por el del show, por el bailarín que hacía el trabajo con toda seriedad. Era la misma circunspección con que me introducía al pozo para las sesiones de resistencia al humo.

Cuando el bailarín dio por terminado su show, me senté al lado de Birgit a la espera de su opinión. Y realmente fue una espera porque seguía revolcándose sin parar. A veces parecía que se le estaba pasando, pero de golpe le volvía un espasmo y se echaba con toda su fuerza contra el sillón en medio de la carcajada. Por fin pareció calmarse un poco y me pudo decir, entre las repeticiones de sus espasmos, que era único, que había hecho cualquier cosa (y aquí tuve que esperar que la abandonara otra carcajada) pero que tenía un estilo increíble donde lo que manejaba mejor era la expresión de mi rostro durante el trance.

Lo tomé lo mejor que pude. Fue también un “dejá vu” porque más de una vez generé algo por el estilo entre mis amigos del barrio cuando me abocaba a alguna actividad física que implicara cierta pericia, como hachar o jugar a las cabezas.

Esa noche hicimos el amor por primera vez con Birgit, yo diría que sin pena ni gloria, pero muy bien. Cuando me fui de su casa (yo vivía en un dormitorio que le rentaba a una búlgara, impresentable para Birgit, me refiero al dormitorio, aunque la búlgara también era impresentable porque se lo pasaba escupiendo a diestra y siniestra), sentí que la bicicleta me observaba apoyada en la pared. No pude saber si aprobaba lo sucedido o no. Quise darle alguna explicación pero solo me atreví a saludarla con mucha delicadeza. Y noté algo en ella, algo parecido a la mirada de una niña cuando uno está comiéndose algún chocolate.

La noche siguiente volvimos al Burggarten y tomamos una botella de vino blanco. En realidad se la tomó casi toda Birgit. Enseguida empezó a decir que estaba bastante borracha, pero eso no le impidió seguir hasta terminarla. Estando borracha, su personalidad cambiaba mucho y era cuando menos me gustaba porque no entendía en absoluto qué le pasaba. Yo parecía no interesarle y no me quedaba más que tranquilizarme contemplando la bicicleta.

Esa noche dijo que no se podía ir pedaleando porque no estaba en condiciones y decidió dejarla amarrada a una reja, detrás de unos contenedores de basura. Yo le dije que no lo hiciera, que cómo iba a dejarla sola, que se la podían robar. Ella me dijo que ya lo había hecho, que una vez la había dejado tres días en el mismo lugar. Yo le pregunté si a ella le gustaría que la dejaran atada a una reja tres días, y le aclaré que la bicicleta era igual que cualquier ser humano, que no, que era mejor que los seres humanos, y se armó un lío bárbaro. Al final, después de gritarnos un buen rato, acepté de mala gana con la condición de que nos encontráramos ahí mismo el mediodía siguiente.

Cuando volvimos estaba allí, por suerte, pero yo me dije que esto nunca más iba a pasar, y de algún modo se lo hice saber a la bicicleta.

Desde ese día algo cambió. Ya no sentía a Birgit y la bicicleta como una unidad, sino como dos seres que llegan juntos pero que no están juntos, y comencé a sentirme más cerca de la bicicleta que de Birgit.

Salíamos regularmente y nos encontrábamos en diferentes estaciones del “U-Bahn”. Apenas llegaban, Birgit dejaba que me hiciera cargo de la bicicleta y yo la seguía a algún bar que le gustase. A mí me encantaba verlas llegar a las dos, a Birgit con su porte hierático y elegante y a la bicicleta negra con los dos canastitos, uno adelante y otro atrás, tan coquetos. Pero mi cariño se inclinaba hacia la bicicleta a la que yo, sin querer, le sonreía ampliamente. A decir verdad ya nos teníamos una gran confianza.

El tiempo lo va a solucionar, me solía decir mi madre, pero nunca solucionó nada y menos el desgaste que empezó a sufrir mi relación con Birgit. No se repitieron las sesiones de breakdance ni las lindas cenas (yo ya no tenía ni un cobre). Estaba seguro de que me quería volver al barrio de mis recuerdos. Lo único que me retenía y que no me cansaba en absoluto era llevar la bicicleta de Birgit. Era como si algo estuviese pendiente, como que aguardásemos la consumación de algo que ninguno de los dos sabíamos bien. Hasta que ese viernes por la tarde pasó lo que tenía que pasar.

Íbamos caminando por Mariahilferstrasse en silencio. Me vino a la memoria una mañana de Barcelona (habré tenido veinte

años) en que también caminábamos Miguelín, un catalán al que lo único que le importaba eran las mujeres y el coñac, dos chicas de Zaragoza que estaban de visita y yo. Habíamos pasado media mañana los cuatro juntos y yo ya no daba más. No las soportaba más (estaba tan indignado como mi compañero Fernández Almeida en la cocina del Can Joseph de Cadaques en el trance de oler mejillones podridos).

El disgusto ya era desesperación y se lo venía haciendo saber a Miguelín de las maneras más diversas: levantando y bajando frenéticamente las cejas y ladeando los ojos, tomándome la nariz entre el pulgar y el índice y haciendo oscilar el meñique en señal de retirarse, abriendo desmesuradamente los ojos fijos sobre Miguelín o señalándome el pecho disimuladamente y después con la misma mano mostrando la dirección de un camino recto e imaginario. Yo diría que en ese momento sentía casi la misma necesidad física de retirarme a reposar que cuando gané aquel campeonato mundial en el pozo.

Miguelín no acusaba recibo y seguía trabajando sobre las chicas de Zaragoza. En determinado momento le dije que yo iba a salir corriendo, que si él quería que también saliera corriendo conmigo. Me miró un poco azorado, por lo que le repetí que yo iba a salir corriendo, que él hiciera lo que le pareciese. Y le acoté que saldría ya. Y ya había movilizado la férrea musculatura de mis piernas cortas que me respondieron igual que en las carreras de la plaza Las Heras.

Cuando me alejé unos cien metros, en alrededor de diez segundos, me di vuelta para ver qué hacía Miguelín.

Venía por la mitad de la cuadra. Traía los ojos muy abiertos pero corría en línea recta hacia mí y se lo veía decidido. Seguimos un par de calles más hasta perder para siempre a las de Zaragoza.

Yo venía recordando eso y a Miguelín, que se quedó trabajando de albañil en Puebla de Sanabria, mientras caminaba por Marihilferstrasse. Entonces me di cuenta de un golpe de qué era lo que había estado esperando. Lo que habíamos estado esperando durante casi todo ese tiempo de Viena.

Y lo hice.

Monté por primera vez en mi vida la bicicleta negra y salí disparado a toda velocidad hacia adelante. La escuché a Birgit

llamándome tres, cuatro veces pero doblé en alguna calle y la perdí de vista. Seguí, tan rápido como podía, un largo rato en la incertidumbre de lo que estaba haciendo. Pero después comenzamos a andar más tranquilamente y nos dimos cuenta de que habíamos hecho bien.

Casi no tuvimos tiempo de disfrutar del paseo porque teníamos decidido dejar Viena esa misma tarde.

El problema se suscitó con la búlgara, que al enterarse empezó a maldecir y a escupir sin parar. Para colmo la música de los Balcanes a todo volumen no ayudaba al diálogo amigable. En algún momento temí sinceramente que me escupiera a mí, pero gracias a Dios no lo hizo.

Por fin, después de que bajara un poco el volumen de los violines y las panderetas, y de que le hablara de mi madre enferma que esperaba a su único hijo al que hacía mucho que no veía (mi madre se quejó toda la vida de enfermedades incurables y literarias pero nunca tuvo absolutamente nada), se dejó convencer.

Para indemnizarla por mi partida abrupta me pidió que le dejara la bicicleta. Le dije que era imposible, que no era mía, y pude transar dándole la mejor campera que tenía y la afeitadora eléctrica que, a decir verdad, y mirándole las piernas y las axilas, le hacía buena falta.

El tren nos llevó primero a Venecia, donde nos quedamos un día para que ella conociera esa ciudad tan hermosa. Recorrimos todo lo que pudimos y a la noche nos detuvimos en el Rialto para ver el canal y la luna, pero había una niebla bárbara y hacía bastante frío, por lo que nos fuimos enseguida.

Después seguimos a Roma. En Roma paré en uno de los hoteles baratos de Termini y tuve algún que otro problema con el dueño por subir la bicicleta a mi cuarto. Dejarla abajo era una locura porque era seguro que me la robarían. En Roma habremos estado unos tres días pero no pudimos disfrutarla mucho por el calor, el tránsito tan caótico y porque los italianos gritan como animales, salvo cuando nos detuvimos en el Vaticano por fuera de la gran explanada justo cuando el Papa hacía una de sus salidas. Era un lugar de paz.

Al Papa se lo veía por una gran pantalla gigante con la cabeza rígidamente ladeada y mostrando un rictus de gran sufrimiento. Quizá fuera por la tremenda cantidad de pecados que había tenido que perdonar a través de su vida, o por llevar el sufrimiento del mundo sobre sus hombros. Quizá por la artrosis que se suele agravar en la gente grande.

Al final concluí que a lo mejor era por todos los pecados que habría que perdonarle a él, con semejante trabajo.

Después de la salida del Papa nos volvimos. Vaya a saber por qué, pero me acuerdo bien de esa vuelta. Sentíamos una lerdá nostalgia, casi tristeza, que se reflejaba en el silencio y en mi pedalear cansino. Sabíamos que algo se terminaba, que una parte de nuestra historia tocaba a su fin.

Esa misma tarde me dediqué a preparar la bicicleta para el viaje a Argentina. Yo estaba muy angustiado después de tantos años y de haber hecho lo que había hecho. Pero no sentía arrepentimiento, si no más bien esa sensación de miedo de que la posible felicidad que nos espera se desbarate. Pero la bicicleta me ayudó con su balsámica actitud.

Sé que no es muy de hombres pero me es imposible no describirlo. Me refiero a la entrega de la bicicleta, a su delicado pudor cuando comencé a desarmarla para el embalaje. Todas las roscas cedían con suavidad y ella se dejaba hacer en la más dulce disposición. No hubo ningún reclamo cuando quité cada una de sus ruedas dejando el chasis con su caño oblicuo para las polleras de las mujeres, completamente desnudo Y mucho menos cuando comencé a envolverla e inmovilizarla con la cinta de embalar. Tampoco cuando la despaché en la oficina de objetos frágiles y la abandoné a la responsabilidad de la mujer de color que estaba encargada de esa sección. Esa mujer me dio un poco de tranquilidad. Si bien no se mostró del todo comprensiva, su eficiencia y su certeza en los recaudos que tomaba sosegaron mi ansiedad. Era una negra grande y sagaz. No sé si se habrá dado cuenta de que se me escaparon un par de lágrimas al ver cuando se la llevaba hacia el cuarto contiguo. Supongo que sí, pero en todo caso no acusó recibo, entrenada como estaría para esos trances. Lo demás ocurrió con normalidad.

Comprender el propio país después de tantos años es algo que lleva tiempo. Es difícil reacclimatarse y los planteos son frecuentes.

No tengo mucho que hacer y cada mañana salgo a pasear por la plaza. Miro detenidamente, y si bien confirmo los lugares de cada cosa, me parece un poco artificial. Los rosales están allí, los ligustros disciplinados también, y los bancos y el mástil donde ronda para siempre el espectro de aquella bicicleta crepuscular, pero son diferentes. Son de estos tiempos donde todo es diferente. Poco o nada quedó de ese Ezequiel de hace tantos años. Ahora vive en pleno centro y tiene mucha reputación en su profesión de prestamista. Me dijeron que los Valenciano están más viejos y mugrientos y siguen trabajando en el taller del padre, Poco quedó, tal vez, de mí mismo, salvo el andar, que según todos no perdí al igual que mis poderosas pantorrillas. En fin, como dice el dicho, “lo pasado pisado”, y me acuerdo de mi frase cuando en Ámsterdam me pedían alguna reflexión acerca de mi arte.

Mi madre vive en la cuadra y está contenta. Habla maravillas de mis éxitos intelectuales en Europa. No de los otros. Habla de la famosa bailarina de danza contemporánea que se vino a vivir conmigo, de su fama en Austria.

Porque hace dos meses llegó Birgit, que supo cómo encontrarme o cómo encontrarnos. Y la verdad es que su aparición me tomó de sorpresa pero no me produjo ningún temor. Estoy contento de que haya venido. Anoche salimos y se había delineado las cejas con sombra, y pintado los finos labios de un rojo subido, casi igual que las vecinas, pero tiene un cuerpo deslumbrante y más aquí que todas son menos altas y menos longilíneas.

Conmigo está todo bien. No sé cómo estará la relación entre ella y la bicicleta. Al principio me pareció un poco fría pero algo debe haber cambiado porque ayer o anteayer las vi salir juntas a dar una vuelta.

Las Islas

Juan Ignacio González tenía una sensación de alegría indefinida cuando cruzaba el estrecho entre el continente y la isla. Esa sensación que todavía no se llegó a reconocer, que se transita como una expansión del deseo. Un deseo de hacer cualquier cosa porque cualquier cosa puede ser motivo de más alegría, motivo de vida. Era previsible; ese mar siempre había producido en él una suerte de sugestión. Volvía a repasar el color azul acero, el rugir frío del agua que rompe, el litoral raspado, las reuniones de las aves grandes al atardecer, cierta promiscuidad de las aves en las escasas playas o sobre los techos de los pequeños galpones de la costa, donde llegaban los pescadores. Esas cosas le acercaban la belleza de lo nuevo, el asombro de la extranjería.

No pensaba en su buen humor. Cumplía la experiencia verdadera de ese buen humor, en el momento en que el ferry cruzaba hacia la isla. Aún no sabía cómo iba a ser, pero le era imposible imaginar que podría no gustarle. Cuando salió del auto, enseguida se parapetó sobre la borda para ver el mar. Para respirar el océano del sur, tan azul y activo.

Nacho lo observaba en silencio.

A González le pareció ver delfines a lo lejos, no muchos, dos o tres, quizás cuatro. Sí, seguramente serían delfines, pero

enseguida desaparecieron y no le importó otear la plataforma fragorosa en su busca porque todo estaba en su lugar. Veía acercarse la costa de la isla y calculó cuánto tiempo tardarían en desembarcar. Se metieron en el auto y esperaron.

¿Cómo va la cosa, Nacho?

Bien, de primera.

Iniciaron una conversación que debería ser agradable. Él estaba definitivamente alegre y Nacho se abocaba a observar. Nacho parecía limitarse a acompañarlo. Parecía no plantearse siquiera oponerse a los pasos de él.

Habrán pasado unos quince minutos entre que se metieron en el auto y que los dos marineros empezaron a bajar la rampa para el descenso.

El poblado les presentó sus modestas casas de madera en medio del prado y una iglesia que se veía como la construcción más importante. Él observaba ávidamente lo que se vendía a la vera de la ruta. Era consciente de que lo que más le gustaba eran los nombres de las mercancías y no paraba a comprar porque su experiencia le indicaba que los productos eran siempre peores que lo que sus sonoros nombres prometían. Pero era bueno acompañarse de los nombres. Repetírselos en la mente, hacerlos sonar sin decirlos.

Me encantan los nombres de las cosas que ofrecen. ¿A vos?

Sí, yo qué sé.

En el poblado doblaron en ángulo recto hacia la izquierda siguiendo la ruta estrecha y flanqueada por arbustos que para él tenían las hojas en escamas igual a los cipreses. Pensó que quizás el viento los achaparraría así y le gustó pensar en el invierno, el viento y la madera.

Me gustan las islas. ¿Por qué será que las islas tienen algo tan atrayente, tan acogedor?

No sé.

¿A vos no te atraen las islas, también?

Sí. A mí también me gustan mucho.

No sé, tendrán algo de cálido, algo de hogar posible. Tal vez porque se las puede abarcar, porque tienen principio y fin, no como la tierra abierta que te lleva quién sabe adónde. En las islas siempre sabés hasta dónde te lleva la tierra.

Nacho miraba hacia delante y levemente hacia abajo, y el paisaje corría hacia atrás en el camino.

Había que cruzar un gran puente sobre el océano y después de una curva de noventa grados, siguiendo un trecho, llegaron a la ciudad que se extendía hasta una costa baja y escasa, como suele suceder por esos lugares. La luz era pálida y las casas mojadas le daban un aspecto mustio a la ciudad. Detrás de las formas opacas se veían los colores de la madera que encenderían un día soleado.

Él seguía de buen humor.

Es un poco melancólico pero tiene una belleza silenciosa.
¿Cómo una belleza silenciosa?

Sí, una belleza que necesita del silencio. Y de la luz gris.
Algo apagado.

El sol y la playa también son lindos.

Y sí, pero aquí son otras las cosas para disfrutar. ¿Vos pensabas que íbamos a encontrar sol y playa?

Y yo qué sé.

Alguna debe haber, pero el mar seguro que es helado.

Bueno, no importa.

Él hizo un poco de silencio y se quedó pensando en cierta chatura en el universo de Nacho. O quién sabe.

Vos querías venir aquí.

Sí, sí.

Entraron por una avenida de recorrido diagonal por donde pasaban los ómnibus del transporte público, bastante diferentes unos de otros.

A él le resultaban simpáticos. Quiso decírselo pero le pareció que no lo iba a entender.

Llegaron donde la plaza central y sobre la calle que bajaba, encontraron un letrero de hotel en la entrada de una galería. Había algo de pobreza en todo. En los edificios principales que no eran de madera, en la arquitectura europea de esos dos o tres edificios donde la escasez apenas había permitido lograrla. Algo oscuro y retirado. Pero lo más extraño era la galería frente a la que había estacionado porque estaba hecha íntegramente de madera. Esperaba a que Nacho averiguara si había un hotel adentro y cuánto costaba la habitación. Le parecía que esa diligencia lo podía

fastidiar, pero no estaba seguro. Hubiera bajado él, pero venía conduciendo y se quedó a cuidar el auto. Aunque allí mismo, un poco más cerca de la esquina, había un adusto agente vestido de verde que controlaba el lugar. Pensó que si estuviera mal estacionado el agente se lo hubiera hecho saber. Se quedó donde estaba pero no se sentía cómodo y le costaba mucho mirar al policía.

Nacho le dijo que había lugar. El precio de la doble no era caro, por lo menos para él.

Nacho no supo decirle si el hotel era bueno o malo y le pareció bien que se quedaran.

Él no terminaba de entender por qué Nacho se comportaba así. Y tampoco por qué se habían juntado para seguir viaje.

El hotel era, en efecto, todo de madera y tenía tres plantas donde las líneas habían dejado de ser perfectamente rectas por el trabajo de los largos tablones. Le daba sensación de inestabilidad, quizá porque sentía alguna molestia al caminar por los pasillos un poco inclinados. Pero lo que más lo afectaba era el olor. Ahora podía afrontarlo bien, pero antes el olor de las casas de madera le era insoportable. Tenía algo de mugriento. Algo de baño o de sexo extendido por toda la construcción. Al principio le había sido imposible alojarse en casas de madera, lo que era más barato, pero ahora empezaba a querer agradecerle, como sucede cuando se supera el disgusto por algo, y ya desde antes vislumbramos el placer futuro que nos puede brindar. Eso le renovaba la alegría, porque, superado el olor, podía detenerse en los detalles y jugar con ellos. Podía aprender.

Nacho iba en silencio. Cuando llegaron al dormitorio, donde apenas había espacio para incorporarse porque el techo estaba muy bajo, él sonrió.

Qué locura este hotel. Qué extraño, ¿viste?

Nacho permanecía callado mientras observaba el dormitorio sin cambiar de posición.

¿Te gusta?

Nacho siguió callado. Se dirigió al cuarto de baño y lo inspeccionó desde la puerta y se volvió para mirarlo.

Hace frío.

Va a haber que encender el calefactor porque a la noche será peor.

González sintió una suerte de rechazo en el silencio de Nacho. Algo como reprobatorio y se preguntó de nuevo por qué se habían juntado para este viaje. Pero prefería viajar con compañía. Los largos períodos en que se había movido solo le traían un recuerdo agridulce. Estar atento a todo, desde el propio organismo a lo que pasaba fuera de él, el desamparo durante el sueño, la dificultad de darle un sentido a los recuerdos que no podía compartir, las incertidumbres de llegar a un lugar desconocido, eran situaciones que solían parecerle rudas. Tal vez por eso se había mostrado tan predispuesto a entablar una conversación con Nacho en aquel valle desértico, frente al único espejo de agua que había en la zona.

Era el mediodía, esa hora feroz donde el sol cae a plomo y deseca todo con una rapidez que apenas se percibe, a excepción de esos arbustos cenicientos entre el polvo, las piedras y la tierra, igual de cenicientos.

El asfalto de la ruta hervía en total silencio y González se daba cuenta de que el sol no podía arrancarles la escasa humedad a esos arbustos más fieros que él para retenerla. Se preguntaba cuál era el significado de sufrir para una planta que elige un lugar así.

Había salido a ver el dique que estaba a unos pocos kilómetros del pueblo y ahora se le hacía difícil volver, con semejante sensación de sofoco. Por suerte estaba el lago verde. Del verde del sulfato de cobre, y translúcido. El agua le traía una tranquilidad incierta porque el lago le parecía (y lo era) artificial. Una pequeña lengua de arena se metía mansamente al agua. Recelaba de bañarse porque la posibilidad de la frescura le era ajena, como la presencia de tanta agua en medio de tanta vocación de sequedad. Se acercó a la costa por la explanada de arena entre montículos de tierra y piedras cruzando la atmósfera inmóvil.

Detrás de una roca grande, a un costado, apareció Nacho.

Esa tarde cruzaron la plaza para bajar a la zona del puerto y de la costa, pero además de los comercios humildes no había mucho que ver. Volvieron a la plaza pequeña y rectangular con pocos árboles delgados y se metieron a un museo donde se

mezclaba geografía, historia y alguna referencia poética al lugar que se había desarrollado un poco aparte del resto del país, como sucede en las islas. Quedaban registros fotográficos de un maremoto que se llevó buena parte de la ciudad y varias vidas que intentaban alejarse cruzando un puente que ya no existía más. A González le interesaba todo. Y Nacho lo acompañaba sin ningún apuro.

Interesante la historia del lugar, ¿no te parece?

Sí, la mayoría son indios.

González, dentro de su avidez, percibía la molestia. Le desagradaba no aprovechar del todo lo que el lugar quería ofrecerle. No era su responsabilidad, se sentía observado. Eso era cada vez más evidente.

¿Querés que vayamos al hotel, nos pegamos un baño y después salimos a buscar algún lugar para comer?

Bueno.

Esa noche cenaron en un comedor del mercado y los bifes con tomate, cebollas y papas fueron poco sabrosos. Las viejas fotos de las paredes, lo endeble de la estructura y el viejo color gris no le restaron fuerzas a González, al contrario, le resultaron lo suficientemente simpáticos para hacer agradable la cena. Cuando volvían caminando al hotel se sintió cansado y recordó la diferencia de edad, más de veinte años.

Si tenés ganas de seguirla, metete en algún boliche, a lo mejor hay. Yo estoy cansado, me voy a dormir.

Nacho lo observó un instante.

Sí, yo también estoy cansado.

El camino a la pingüinera era pintoresco. Pasaban frente a pequeñas granjas donde se veían rebaños de ovejas, algunos caballos, curiosamente grandes, y alguna parcela destinada al cultivo. Las huellas subían y bajaban y a lo lejos divisaron el faro.

A Nacho el faro le pareció especialmente agradable y se quedó largo rato admirando el mar abajo y la ciudad a un lado del risco donde estaba instalado. Era un faro de los grandes y a González también le gustaba, pero se sentía un poco sorprendido por cierto brío en Nacho.

Saquémonos una foto aquí.

Bueno. ¿Te gusta el faro, no?

Sí, vamos a sacarnos una foto.

¿Viste la ciudad allá y el mar abajo?

Sí, pero saquémonos una foto, aquí juntos y arriba. Aquí arriba, los dos.

Posaron en tres lugares diferentes y a González lo descolocó el modo con que Nacho lo abrazaba con su brazo derecho. No le gustaba, sentía algo de recelo, casi de aversión.

González se sumergió en el silencio del camino inusualmente llano y paralelo al mar que los llevaba hasta la pingüinera. Las olas rompían sobre una playa larga y parda que aparecía y desaparecía.

El camino desembocó en un ensanchamiento de la playa en forma de abanico. Al final, contra la colina que subía detrás de la arena, se disponía un caserío frágil y abigarrado. El crepúsculo no estaba lejos y se sentía el fin del día. Se jugaba un partido de fútbol y a González le pareció simpática la composición de los equipos. Eran varones, pero de toda edad y tamaño. Sin excepción, se aplicaban al juego con seriedad, con absoluta concentración. Era un partido callado y viril.

Habían llegado al lugar sabiendo que se podía hacer una visita al islote donde estaba la pingüinera, pero no vieron ninguna estructura o comercio dedicado a eso.

Se acercaron al partido porque parecía no haber otra gente más que los jugadores que corrían silenciosos por la playa húmeda. Apenas se sentía el ruido seco de los tiros largos.

Uno de los jugadores, un hombre delgado y de cabeza mínima, de unos treinta años, tal vez, se les acercó a la esquina donde estaban.

¿Qué andan buscando los señores?

Nos dijeron que por aquí hay una pingüinera y que se podía visitarla.

El hombre no perdía detalle de lo que acontecía en el partido.

Es verdad, pero ya se ha terminado el horario de visita.

La cabeza del hombre seguía las evoluciones de la pelota y eventualmente dejó la esquina en la que se encontraban y corrió raudo en busca de un centro elevado que provenía del lado contrario. Con un salto desmañado buscó cabecear, pero no pudo.

Si la cabecea pincha la pelota, dijo González. Nacho no se rió.

El hombre siguió la acción unos instantes más mientras la pelota circulaba cerca del área hasta que el equipo contrario logró despejarla a la mitad de la cancha, hacia donde se dirigieron todos. Entonces volvió a la esquina.

¿Qué andaban buscando los señores?

González le dijo más o menos lo mismo que antes.

Es tarde dijo el hombre, mientras seguía las alternativas del juego. Salió de nuevo para devolver una pared. Esperó el final de la jugada que terminó en un remate bajo que pasó no lejos del arco. Pareció hacer algunas consideraciones íntimas y por fin regresó al estupor iluminado de González.

Los señores se pueden preparar que vamos a hacer la visita a la isla de la pingüinera.

Empujaron la lancha al trote desde la playa munidos de unos salvavidas amarillos y montaron apenas comenzó a flotar. El hombre inició un discurso de tono monocorde y sin resuello.

“En la isla veremos las colonias de pingüinos de dos variedades Magallanes y Humbolt los pingüinos de Magallanes están más difundidos y se encuentran en todo el litoral los pingüinos Humbolt son más grandes y de tonos grisáceos y pronto emigrarán hacia el norte cuando comience el invierno hay también colonias de cormoranes y de quetros que es una variedad de patos...”

Era evidente que a fuerza de repetir lo hacía con el mismo automatismo con que dirigía la lancha y con que movía su mínima cabeza de ojos velados. A González le interesaban relativamente los animales que comenzaron a aparecer cuando circundaban lentamente el islote. Más lo divertía entender la actitud del guía, su entorno y su trabajo. Nacho estaba abstraído en la observación de las aves.

“Los pingüinos Humbolt viven en familias que se sostienen largo tiempo y ahora las crías ya están lo suficientemente grandes para meterse al agua y nadar y alimentarse pero aún lo hacen en compañía de alguno de sus padres con los que emigrarán dentro de poco tiempo hacia el norte cuando comience el invierno...”

Nacho dirigió su mirada hacia González.

Me gustan lo pingüinos.

A mí también, sobre todos éstos que son más grandes.

Se cuidan entre ellos. Viven en familia. Saben cuidarse.

Sí, respondió González, sin comprender del todo.

A mí me gusta eso de que emigren, de que cambien de lugar. Yo no puedo vivir sin cambiar de lugar, ¿vos?

Yo no sé, no sé.

Quién sabe. A lo mejor estará bueno quedarse tranquilo en un sitio pero a mí me gusta andar y ver. Mientras pueda voy a seguir viajando, que es lo que más me gusta. A vos también, ¿no?

Sí, sí, no sé. Yo tengo que volver, tengo a mi vieja allá. Voy a tener que volver.

Hola.

Hola, qué tal. Qué calor, ¿no?

González se sorprendió de encontrar a alguien allí y a esa hora.

Sí, hace calor pero el agua debe estar fresca.

Sí, yo paré a meterme. Iba al dique pero no llegué. Está lejos.

Sí, está más lejos de lo que parece.

¿Vos te metiste en el lago?

No, pero podemos probar.

¿Cómo te llamás?

Nacho.

El agua estaba casi tibia y se sentía levemente viscosa, corría por el cuerpo y era como si lo mojara menos, pero González dudaba si no se debía a la atmósfera. Lo refrescó relativamente.

Durante el camino de vuelta, que a González lo tenía preocupado por la intensidad del sol, conversaron de lo sorprendente de haberse encontrado allí y de que los dos estaban viajando solos. Fue bueno regresar juntos en esa hora inhóspita.

Llegaron al pueblo y se detuvieron, después de buscar por las larguísimas veredas, en una heladería. Pidieron mucho líquido, entre gaseosas y cerveza, y también helados. González tenía avidez por recuperarse y Nacho seguramente también.

En ese momento González le propuso seguir juntos. Nacho le respondió que sí con naturalidad.

Esa noche encontraron un pub donde escuchar música y comer algo. La comida fue más elaborada y González inició una conversación, interrumpida varias veces, con el dueño que atendía las mesas. Era un hombre joven que había llegado de la capital para escapar de la vida febril y ruidosa. A González le interesó y después de la cena el hombre se acercó a la mesa.

Yo me tomaría un gin tonic. ¿Vos?

Bueno, un gin tonic también.

El hombre joven encargó tres gin tonic a un ayudante y se quedó a conversar. Se habló de los cambios de lugar y de lo que significaba irse. González le dijo que tenía pensado seguir al sur pero no sabía hasta dónde, aunque eso no le preocupaba. Que mientras la salud se lo permitiera, seguiría andando

Nacho lo miró con frialdad y terminó su trago.

Me voy al hotel. Mañana voy a comprarle algo a mi vieja.

Bueno, yo me quedo un rato más. Después voy, dejame la puerta sin llave.

Cuando González llegó, Nacho dormía.

Se despertó bastante tarde y Nacho ya no estaba. Bajó lo más rápido que pudo para desayunar pero tampoco lo encontró en el salón. Decidió comprarse uno o más diarios y leerlos en el bar de dos plantas de la esquina. De allí podría ver cuando Nacho regresase. Tardó casi una hora en leer los diarios del lugar. No sintió la placidez usual de ese rito que cumplía cada vez que le era posible. Algo molestaba su atención. No alcanzaban para explicarlo las noticias anodinas y la lejanía de las otras que ocupaban al mundo.

Se quedó en la planta alta cuyos ventanales daban a la plaza. Imaginó que tal vez Nacho pudiera haberse ido. Era una idea angustiante porque por un lado no le desagradaba la posibilidad de liberarse de su presencia inquisitiva, pero por el otro, no quería volver a quedarse solo. La verdad era que lo esperaba con impaciencia.

Se obligaba a observar el movimiento y más detalles del sitio como para guardarlos en su memoria, pero era peor. No podía dejar de pensar en Nacho y de esperar.

Se dio cuenta de que en esos siete días de viaje había tenido la sensación de que en Nacho se escondía algo incierto. Y ominoso. Eso estaba en la mirada, en la reserva constante de Nacho.

González resistió una hora más en el lugar. Se venía diciendo que, tal vez, Nacho estuviera en el hotel. Y decidió ir a ver con poca esperanza de encontrarlo.

La llave estaba en la conserjería. Subió igual. El dormitorio ya había sido ordenado y no encontró el bolso de Nacho.

El golpe de vista le reveló algo fuera de lugar sobre la pequeña mesa. Una hoja de papel.

Se acercó. Encontró una fotocopia de las dos primeras páginas de un documento nacional de identidad.

La foto era de un niño, presumiblemente rubio y con un gesto que le pareció triste. Era sin duda Nacho. Después se detuvo en el nombre.

Juan Ignacio Dalheimer.

Contuvo inconcientemente la respiración.

Juan Ignacio Dalheimer.

Clarisa Dallheimer.

En el departamento del centro, en La Plata, veinte años atrás. Clarisa... No pudo ahogar un cólico de angustia.

González salió con miedo pero con decisión a enfrentar la calle. González sabía que no habría nadie en la puerta y se quedó pensando hacia dónde iría.

Después pensó en las islas.

Portobello Street

Martha O'Bannion no es una buena pintora, dice Adrián Baldezzari. Adrián Baldezzari entró a la galería con el objeto de distraerse con algo mientras espera que llegue la hora de dar la clase. Entró en la galería y se encontró con una serie de cuadros que le parecieron de una amateur pretenciosa y loca. O mejor dicho con la pretensión de la locura. Basta verle el atuendo, una cofia y una capa ceñida en el talle, dispuesta a modo de gran campana que se sostiene por dos piernas enfundadas en medias de lana a rayas multicolores. Tiene las piernas insertadas dentro de la amplitud de dos enormes y costosas zapatillas deportivas de tela entramada.

A Martha O'Bannion un medio local le hace un reportaje sobre su obra y ella se recuesta en la silla, adoptando una posición burlona y desafiante. El inmune (¿será inmune?) periodista que parece saber bastante acerca de ella, le pregunta por qué volvió a pintar.

Adrián Baldezzari, que escucha mientras se echa a la boca una gustosa croqueta de cebolla, se dice que hubiera sido mejor para la comunidad internacional que Martha O'Bannion nunca hubiese vuelto a pintar.

Martha O'Bannion responde que el motivo de su vuelta a las telas se debió a un encuentro sexual con un hombre cuarenta

años menor que ella. Adrián Baldezzari primero piensa que tendrá que ver una cosa con la otra y luego se dice que los caprichos de la causalidad son inescrutables. Inescrutables como lo casual, y se enoja con él y con los que incurren en definiciones, diciéndose que la causalidad y la casualidad son casi la misma cosa, por eso se escriben casi igual. Y después se repite mentalmente, casi, casual, causal y le da un trago al vino tinto que pidió en la barra de la galería. Enseguida piensa que la vieja de mierda lo dice por una cuestión de marketing y se pone a imaginar cómo será la vieja haciendo el amor. Cómo serán las viejas haciendo el amor, cómo serán los viejos haciendo el amor, cómo será lo viejo haciendo el amor, y piensa que hay que acostumbrarse, que probablemente él se convierta en un viejo haciendo el amor con una vieja. No cree que lo haga con una chica cuarenta años menor, él que ahora tiene treinta y tres.

Por lo menos para eso sirve la inauguración de una muestra, para comer algo y tomarse un vino, o dos. Adrián Baldezzari piensa que es mejor tomar un solo vino para que su clase no pierda calidad.

Le dice a Linda que la vieja es un desastre y se pregunta a quién carajo le va a vender uno de sus bodrios valuados, seguramente por ella, como si fueran un Cezanne.

Linda no dice nada, escucha atentamente a Adrián Baldezzari y cavila en su sobriedad habitual. Ella lucha contra el cansancio. Lucha contra el cansancio de que las cosas no hayan sido como quería. Lucha como toda mujer que quiere conservar la ilusión de lo que alguna vez le fue prometido. El amor le prometió mucho cuando se encontraron con Adrián Baldezzari, una tarde del verano inglés en el parque de Greenwich. Pero ha pasado el tiempo y han pasado las personas. Las personas son mujeres en el caso de él y hombres en el caso de ella. Linda no piensa en los hombres con quien estuvo desde que se enamorara de Adrián. Tampoco piensa en las mujeres que han estado con Adrián. Linda piensa en Penélope.

Adrián no se lo ha contado, pero ella intuye y sólo le queda esperar. Es lo que ha hecho desde que se acuerda. Pero nunca con la suficiente paciencia. Ella ha abandonado por cuenta

propia las situaciones en que se metió. Ella ha sido siempre una buscadora, pero ahora no puede moverse con el ánimo que supo tener. Se siente más cansada y necesita de su casa y de muchas horas de sueño. Apenas prueba el vino tinto que Adrián le trajo de la barra.

Linda y Adrián salen de la galería y él dirige su mirada a Martha O'Bannion. Ella sostiene la posición petulante de los que se sienten inseguros, de los que no valoran su obra, piensa Adrián Baldezzari.

Salen y Portobello Street huele un poco a verano y menos a marihuana. Es una lástima, piensa Adrián, porque le vendría bien un porro antes de la clase. Pero no hay nadie que les ofrezca.

Ya casi perdió el entusiasmo por dar clases. Todo empezó como un juego cuando se cansó de trabajar con uno de sus hermanos que lo llevó a Florencia para que lo ayudara con la inmobiliaria. Su indisciplina con los horarios no permitió que el hecho de estar en otra ciudad y en otro país cambiara la mala relación que siempre tuvo con su hermano mayor. Entonces Adrián empezó con las clases de tango. Él era de Barracas, en Buenos Aires, y había aprendido bastante en un club del barrio. Eso y su delicada figura longilínea alcanzaron para atraer a los que empezaban a interesarse por la moda de bailar el tango. Los primeros alumnos fueron en su mayoría mujeres que, con su benignidad para con el joven profesor, le allanaron los pasos. Todavía, y Adrián sabe que si él quiere será por mucho tiempo más, son especialmente las mujeres las que le aseguran sus pequeños éxitos. Pero él ha usufructuado poco de eso. Porque a Adrián Baldezzari no le gusta alternar entre las mujeres a las que tiene acceso. Él prefiere quedarse con la que elige. Por desgracia le gusta Penélope.

Portobello Street huele bien y ellos se van calle arriba a buscar el auto de Linda. Pasan algunos transeúntes, alguno con rastas. Los dos pubs tienen pocos clientes (probablemente sea temprano).

Por suerte, piensa Adrián, mañana es el último día en Londres, antes de ir a París. El último día y la última clase. Pensar en París le produce un cierto bienestar. Pero apenas

profundiza en la idea de ir, ese esbozo de bienestar se ve invalidado por la angustia de haberla conocido hace diez noches en el Cobden Club, cuando dio su primera clase. Fue ella la que se le acercó con una sonrisa que a Adrián lo sorprendió. No recordaba a quién pertenecía, pero él la conocía muy bien.

Él conoce esa sonrisa.

En ese momento no le pareció extraño que ella se le acercara tan efusivamente y con tanta seguridad.

Adrián Baldezzari no sabe si pensar en ella es bueno o malo, en todo caso es inevitable.

Inevitable como dar la clase con Linda, esta vez en el Welsh. Adrián no se percata del esfuerzo que pone Linda para satisfacer a los pocos alumnos de esta tarde. Y Linda, mientras trabaja arduamente en la clase, piensa en que quizás no deba invitarlo más a Adrián. Porque siempre está demasiado ausente, siempre depende de lo que ella haga.

Entonces lo mira y sabe extraer de dentro de sí el placer profundo que aún puede provocarle la figura de Adrián metido en esos pantalones anchos, negros y con tan buena caída. Es su natural elegancia. Y su juventud que quiere prolongarse.

Justo allí (¿justo allí?) Adrián retoma la clase y explica con suavidad, casi en secreto los matices del paso que se está estudiando. Y Linda espera y escucha con los ojos puestos en él.

Linda aprendió que irse del país supone otra relación entre las personas: algo más leve, menos firme. Todo es fugaz, con sensación de provisorio. Todo se sujeta más al tiempo y al espacio porque los que viven de gira, como Adrián, están solo hasta cierto punto en cada lugar. No se puede traspasarlo porque siempre hay que partir. Y a Linda, aunque ella viva en Londres, le pasa algo parecido. Ella recibe visitas. Sólo eso, gente que llega para irse. Linda, por ahora, no encuentra otro camino.

Adrián se retira hacia un costado, cerca de la pared, y de allí observa la clase, como ocupando un segundo plano, como para no molestar. En realidad es él el que está cansado y se pregunta (mientras Linda se ocupa de tapar el silencio) cuánto faltará para que la clase termine. Le dijo a Linda que tenía ganas de “descocarse” pero que ése, el Welsh, no era un lugar adecuado. Sabe, o cree saber, que mañana será diferente. Porque en el

Fabela Chic hay más lugar para la fiesta. Mañana es la última clase y después Adrián se va a París. Y de nuevo experimenta esa sensación de alegría trunca porque probablemente la vea a ella.

Ydra le dijo ella. A Ydra, ella soñaba con volver. Y Adrián comprendió lo que significaba la palabra soñar. La palabra soñar era perfectamente comprensible (después lo entendió) pronunciada así, por esa boca larga y fina, por esos labios encendidos y, en especial, por los ojos marrones que soñaban. Porque de nada hubiera valido la palabra soñar sin los ojos de ella que soñaban y que obligaron a esa palabra.

Ydra es un sueño, como tantas islas griegas, sin automóviles, ni extraños, salvo los turistas diarios de las excursiones. En Ydra todavía me saludan, dijo ella, como a un vecino más. Mi tío aún vive allí.

Aun a pesar de que ella se le acercó con tanta certeza y familiaridad, aun a pesar de que eso lo tuvo que alertar de inmediato, aun después de saber cuál era la lógica de esa certeza y familiaridad, Adrián Baldezzari no pudo resistirse al influjo de la palabra Ydra.

El no tiene energía para resistirse. Parece haber llegado a un punto en que no puede evitar ser arrastrado, donde la voluntad alcanza sólo para afrontar la mínima exigencia de pasar cada día. Y mientras, espera apoyado en la pared a que la clase continúe y después termine. Linda, esforzada como siempre, insiste en la explicación e inquiere con la mirada a los alumnos, como buscando aprobación (a Linda le gusta exponerse al público, pero parece que necesita imperiosamente ser aprobada).

Volver a la casa de Linda por la A 40 es un descanso. Por la A 40 los automóviles se deslizan tranquilamente a esta hora. Adrián deja que el tiempo se vaya colando con los ojos entrecerrados. Sabe que no se irá a dormir enseguida. De alguna manera sabe que esa noche la va a pasar en el dormitorio de Linda porque ella quiere tomar whisky ahumado y porque él tiene ganas de hacer el amor.

Adrián se deja llevar por el auto, por el whisky que va a beber, y probablemente por algo blanco y doloroso que se recuesta en un rincón de su pensamiento y cuya llave es la palabra Ydra.

Adrián y Linda beben el whisky ahumado que ella consigue a buen precio y disfrutan de la música que Linda, con todo su empeño, supo coleccionar desde hace diez años, cuando empezó a bailar profesionalmente. La noche es grata y el whisky trabaja sobre la flaca voluntad de él. No hay nada que decirse, salvo algún comentario acerca de las clases y después compartir el silencio.

Adrián llama con el pensamiento, sin poder resistirse, a la palabra Ydra y enseguida el whisky le sabe diferente. Apenas puede recordar el instante en que se encontraron y la sonrisa cierta de ella. Por qué esa sonrisa le fue tan familiar. En realidad Adrián apenas se da cuenta de que el gusto inmediato por alguien produce una suerte de familiaridad, también inmediata. Apenas se da cuenta de que esa familiaridad se produce si también el otro experimenta un gusto parecido. Y esa familiaridad ocurrió enseguida entre ellos.

De eso se acuerda apenas Adrián, porque de la verdadera explicación del encuentro, tan lleno de confianza, no se quiere acordar.

Adrián no puede dejar de pensar en Penélope, que le sonreía y le preguntó: no sabes quién soy, no te acuerdas de mí. Y que enseguida le dijo: Yo era la novia de tu hermano.

Una novia que su hermano jamás le nombró o él no se acuerda. La novia de ese hermano que Adrián quiere recordar poco. Una novia que le habló de su hermano como de alguien mutuamente conocido y distante. Una mujer que, en Florencia, se pasa las horas frente a las almas volcadas en los cuadros que le toca restaurar. Frente a los trazos hechos hace, quizás, quinientos años por la voluntad de una mano, de un espíritu que ahora le habla sólo a ella y casi al oído. Adrián se pregunta cómo es que su hermano pudo conocerla y todavía comenzar a salir con ella. Adrián se pregunta por qué se usa la palabra “salir” para describir una relación de pareja y la palabra “estar” para hablar de relaciones sexuales. Y se lo dice, con la indignación que le permite el whisky, a Linda que espera. Quiere que Linda se indigne como él, pero ella contemporiza y habla de cierto respeto y lejanía, de dejar un halo de misterio sobre la relación íntima, de tener cuidado

con el delicado equilibrio que supone afrontar una relación de pareja.

Adrián prefiere darle un trago al whisky ahumado y acercarse muellemente a Linda que lo recibe con un beso pasivo pero dispuesto.

Adrián y Linda suben las escaleras mientras él le dice algo respecto a la gorda de la exposición de cuadros.

Adrián y Linda hacen el amor (la expresión es, de alguna manera, ridícula) en la cama grande y cubierta de velos de Linda. Lo hacen con la mutua voluntad de dar y sentir placer, representando ambos los encuentros de hace ya más de dos años.

En Fabela Chic no hay ambiente para la clase de tango. Y Adrián se retira en sí mismo a la espera. Linda es la que se preocupa más, como siempre. Ella aún no sabe cómo lograr ambiente, pero sabe que de algún modo lo va lograr. Falta el DJ y ella le pide a Adrián que “toque” un poco de música, un poco de tango. Pero los tangos de Adrián solo logran que el público levante la voz para seguir conversando. Hasta que Linda invita a la clase.

Felizmente unos cinco abandonan sus mesas.

No es casual que Fabela Chic quede un poco al este de la city. Y que los clientes sean en su mayoría jóvenes ejecutivos, y en algunos casos, con la misma onda impostada de la gorda pintora. No es casual que esté decorado con materiales semidestruídos. No es casualidad que la despreocupación a la brasilera sea representada con la escasa convicción inglesa.

Fabela Chic es un lugar en el que a Linda le gustaría permanecer con sus clases y su milonga “alternativa”.

Es difícil que se haga el silencio necesario para la clase. Linda y Adrián se hacen entender en voz alta en medio del espacio central del recinto. Poco a poco la conversación decae a medida que los clientes comienzan a poner atención en los movimientos, que aun codificados por la infinidad de profesores que circula por toda Europa, no pierden su sugestión. Sobre todo para las mujeres, y puede notarse en sus ojos el deseo de ser invitadas a bailar: esa definitiva e inmediata manera de hacer

el amor (ahora la expresión tal vez sea más apropiada) que no las compromete a entregar su intimidad. Para el hombre es algo parecido, pero, aún hoy, él lleva el mandato de acceder a esa intimidad lo más rápido posible, y en la mayoría de los casos no se conforma con limitarse a la danza. Salvo unos pocos, casi siempre los mismos, que parecen haber pasado de eso y se dedican al arte del movimiento.

La clase va tomando cuerpo y se distingue un hombre joven que, sin conocer los códigos de tango, ensaya los pasos con ganas y sin prejuicios. Es de Brasil, seguramente del staff que trabaja en el Fabella Chic, casi todos de ese país, salvo el DJ, un hombre de unos cincuenta años con una hermosa melena plateada y una facha que pretende estar de vuelta de todo. Un hombre adecuado para esa función en ese local. Un hombre que no conoce nada de tango pero que, claro, simula saber.

Cuando la clase termina Adrián se apoya en la tarima que corresponde a un pequeño escenario y se queda en silencio. Linda se aboca a promocionar las clases y las milongas del Cobden y del Welsh.

Adrián sale del local para dar una vuelta y fumar un cigarrillo y, mientras camina, no mira las veredas ni los edificios. No ve para qué mirarlos y saber más de los lugares porque hace más de diez años que empezó con esto. Más de diez años y nada ha cambiado mucho. No tiene domicilio fijo desde que dejó Florencia en malos términos con su hermano, y tiene su ropa y sus pertenencias dispersas en diferentes sitios. Adrián piensa que ha hecho poco dinero y que es hora de que eso cambie. Pero está triste, y ejercer la voluntad es un sacrificio que puede sacudirlo. Él quiere quedarse quieto, en la misma quietud de su andar indefinido.

Adrián Baldezzari se detiene en un pub bastante raído, con su elegancia limitada a la vieja estructura de frente curvo. Es un pub frecuentado por gente muy joven. Esa juventud con más apariencia que verdad en el desparpajo y la antipatía. Pide una media pinta de Guinness y se la bebe a sorbos, igual que un café. Apenas levanta la vista para mirar a los clientes. No se queda más de quince minutos. Después vuelve.

Allí está ella.

Cuando Adrián Baldezzari entra al Fabela Chic, se encuentra de frente con la decidida sonrisa de Penélope y va a sentarse a su lado. Ella está con un alemán, Johannes dice, y también le dice que no lo llamó pero se acordó de lo que él le había pedido (la posibilidad de alojarse en Amorgos) y que ni bien tuviera datos lo llamaba o le mandaba un mail.

Linda ya había sentido disgusto al verla entrar. Es una mujer seductora y sabe que a Adrián lo atrae. Trata de seguir con lo suyo pero no pierde detalles de lo que hace Adrián. Ella no puede calmarse pensando que Penélope es la amiga del hermano de Adrián y que ahora vino con otro tipo. No puede, porque sospecha lo que le pasa a Adrián. Pero no quiere saberlo y, entonces, hace un silencio mental para olvidarse y dirigir sus pensamientos a donde debe.

Penélope le dice que no se ha olvidado de lo que él le pidió. Que aún no pudo consultar lo del alojamiento en Amorgos en el mes de setiembre, que ni bien los vea les pregunta y les manda un mensaje. También le dice que este mes se le hace largo, que no logra concentrarse en el trabajo, que ya necesita vacaciones, que el día debería tener cinco horas más para sentir que está haciendo algo productivo con las pinturas. Y le dice que cuando recuerda Amorgos siente un regusto salado en el paladar. Adrián piensa que todas esas cosas quieren decirle algo más y se calla. Evita hablar de su hermano en Florencia y de cuando ella vuelva allí.

Penélope le dice, como al acaso (pero no es al acaso), de ciertas depresiones que le tocó vivir y a Adrián le parece raro que en esa boca y ese modo de vestirse pueda haber pasado algo parecido a la depresión. Sigue sintiendo que ella le está diciendo algo más que eso.

Johannes se muestra incómodo y Adrián se retira a un rincón para apoyarse en la tarima del escenario, muy cerca de la barra. Desde allí pide una caipirinha. Enseguida se la dan (seguramente las tienen preparadas) y él la prueba. Está demasiado dulce.

Una mujer mayor se acerca para invitarlo a bailar.

Adrián la lleva con máxima delicadeza, con paso seguro y sencillo. Es claro que la mujer disfruta y que después de tres

temas ella continuaría bailando. Adrián le dice gracias y ella le contesta gracias. Él bailó lo mínimo dentro de lo que aconseja la cortesía. Apenas se retira unos minutos hasta que otra mujer, una oriental, seguramente japonesa, lo vuelve a invitar. Es una mujer ya entrada en la vejez, que ha bailado, seguramente. La memoria de los movimientos está en su cuerpo, pero esos movimientos tienen ya una ruda vacilación. Adrián procede del mismo modo que con la anterior, pero se retira después de dos temas.

Se pregunta por qué no baila con Penélope. Ella lo hace bastante bien y además eso a él le importa poco. Pero de algún modo sabe que entre ellos hay un acuerdo tácito de no salir a bailar, salvo si la situación es la óptima. Es como si se cuidaran, como si él cuidase del delicado equilibrio que supone el trato entre un hombre y una mujer, cuando algo intenso comienza a ocurrir.

A las doce y treinta termina el baile y salen a la puerta que inmediatamente va a ser cerrada por los empleados. Conversan en esa esquina unos minutos y todos se dirigen hacia el auto de Linda. Hay poco que hablar y enseguida llegan a la calle donde bajan Johannes y Penélope. Cuando Penélope se acerca a la ventana de Adrián (él va adelante) para saludarlo, él le toma la mano y se la besa. Adrián piensa que todos se dieron cuenta pero no le importa mucho.

El viaje de vuelta hacia la casa de Linda se hace más largo porque tienen que cruzar la ciudad de este a oeste, antes de tomar la autopista. Adrián piensa que si hoy no hacen el amor (vuelve a sonar ridículo), probablemente Linda se sienta mal y decide que tiene que hacerlo cuando lleguen. Además ya pasó la noche en su dormitorio y le resulta bastante estúpido y poco amable que él vuelva a la guardilla donde durmió los primeros días.

Adrián Baldezzari no quiere beber más y dice que está muy cansado antes de meterse a la cama. Ella llega pocos minutos después y su boca huele a menta suave. Comienzan un ritual muy parecido al de la noche anterior y buscan un final de máxima tensión pero eso no ocurre y todo se apaga en el momento que ambos escogen, sin haber llegado donde creían.

Es la última noche, piensa Adrián con cierto alivio, y se dispone a entregarse al sueño pesado y ausente. Deja su reloj a mano porque tiene que levantarse a la madrugada y vuelve a encontrar sosiego en el hecho de que ella, a esa hora, no va abandonar la cama. Podrá irse sin conversar, sin tener que dar cuenta de nada, sin programar nada para el futuro (ella quería hacer un viaje por Normandía).

Adrián desayuna en Marylebone un capuchino en un vaso de plástico con tapa agujereada para sorber. Está amargo pero abrirlo para ponerle azúcar es una molestia y decide meterse en el metro mientras sigue bebiéndolo.

El camino a Victoria no es directo y además tiene que andar hasta la estación de autobuses. Llega, como es su costumbre, mucho antes de lo necesario.

Adrián extrae un pequeño libro para matar el tiempo.

El autobús va por el Eurotúnel y es la primera vez para Adrián. Recién ahora se da cuenta de que lo que cruza el Eurotúnel son trenes, sólo trenes, y que los vehículos deben montarse a un tren para pasar al otro lado. Le disgusta la pérdida de tiempo de ese procedimiento y las revisiones que hacen los oficiales de seguridad. Más le disgusta el oscuro cruce en el frío compartimento estanco del vagón que lleva al autobús, y se propone que la próxima vez, si no es en avión, cruzará el canal en Ferry.

Salir a Calais le da placer, especialmente por la luz gris de una tarde nublada. Encuentra que la torre del reloj de Calais es infinitamente menos bella que el Big Ben. Es definitivamente fea, oscura y siniestra, y piensa en el arquitecto que la diseñó. Piensa si alguna vez se dio cuenta de lo que había hecho. Piensa qué será darse cuenta. Y al final piensa cuántas personas habrán concluido lo mismo que él con respecto a esas torres. Nadie, y todos, decide, sin conformarse con eso.

Llegar a París casi de noche no es lo mejor, pero la parada de autobuses está al lado de Gallieni y de allí puede llegar a lo de Eugenia con una sola combinación de metro. Eugenia no está pero él tiene una llave y la clave para abrir la puerta de calle.

Eugenia, que alguna vez fue su pareja de baile, suele prestarle el pequeño departamento en Belleville cuando él tiene actividad en París.

Apenas llegado, Adrián deja la pequeña valija en el departamento y se va a Aux Folies a beber cerveza. Adrián piensa en Penélope y está casi seguro de gustarle. Sabe que algo especial sucedió entre ellos y se dice que tiene que tomar una decisión. Adrián piensa en su hermano y bebe con desagrado un largo trago de cerveza.

Cuando pasa por un ciber abierto le escribe diciéndole que quisiera verla en algún lugar de Normandía. Después vuelve a leer lo que escribió y se dice que en definitiva no le importa qué piense Linda si se entera, ni Johannes, pero no puede sentir lo mismo respecto a su hermano. Igual envía el mensaje.

Las clases en París no son como en Londres, donde la gente está mejor predispuesta. Aquí, al contrario, parece que los alumnos (la mayoría) le estuvieran haciendo un favor por estar presentes. Aquí están los mejores bailarines. Y él sabe que quizás esté entre los mejores. Igual no le importa demasiado. Aunque tengan esa cara de oler mierda, nunca van a aprender bien. Lo que le importa a Adrián es ver cómo empieza a hacer dinero, después de tantos años de rolar por Europa. Piensa que lo peor es que ya no tiene ganas de volver a Argentina. Se dio cuenta de eso la última temporada en que pasó casi cuatro meses en casa de su madre.

Se pregunta cuánto tiempo falta para que termine la clase que excepcionalmente le tocó en “Los nueve Billares”, el lugar de más reputación en cuanto a la excelencia en el baile. Él piensa que no vale nada, que lo único para lo que sirve es para que lo miren con esa cara y para cagarse de calor.

Adrián Baldezzari, con una memoria de la tristeza que le tocó desarrollar prematuramente, decide que es mejor archivar las sensaciones del recuerdo de Penélope (ella no le contestó el correo) como el de Linda, como el de las piernas de Eugenia. Piensa que como tantas veces en su vida, Penélope fue un producto de sus sueños. Y se concentra de nuevo en la palabra

sueño. Es inevitable que le vuelva a la memoria Amorgos y después Ydra. Pero ya sabe cómo parar con eso. Ya sabe cómo clausurar eso con su prematura memoria de las tristezas.

Adrián camina por Simón Bolívar en dirección al parque de Buttes Chaumont, quiere descansar un poco. Quiere descansar también de París, que esta vez lo trata con más frialdad, a pesar del alivio que significó dejar a Linda.

Ya hace más de diez días que anda por la ciudad y apenas fue un rato a la milonga del quais a orilla del río. Varias veces no se sintió bien y prefirió quedarse en el departamento y no bajar los tres pisos para salir.

Adrián entra en un ciber y revisa el correo. Hay uno de Penélope que le habla de pinturas y cansancio y que también le dice que podrían verse en Saint Malo dentro de tres días porque ella tiene que visitar un hermano que vive allí. Después vuelve a hablarle de Amorgos y de que viajará a la isla en abril.

Adrián Baldezzari se alegra por el correo, pero no demasiado.

Por alguna caprichosa operación su memoria lo lleva de nuevo a Portobello Street, y a la gorda pintora de cuyo nombre se acuerda bien: Martha O'Bannion. Se acuerda del vestido acampanado y brillante de la gorda, de las medias de todos colores y después de algunos trazos de sus cuadros. Adrián Baldezzari sonríe con una sonrisa que resultaría hermosa para cualquiera que la viese, y se pregunta si valdrá la pena ir a Saint Malo. Camina sin saber muy bien a dónde se dirige y termina en el asiento que suele ocupar en el parque Buttes Chaumont.

Popó

Saber cómo es Popó es muy difícil. Saber qué hace es posible. Por lo menos en parte y gracias a Gary.

Gracias a él, Popó suscita una clara simpatía entre los muchachos y, cuando Gary refiere alguno de sus encuentros con ella, todos prestan mucha atención.

Popó es, cómo decirlo, mitad mujer, un cuarto hombre, un cuarto no se sabe bien qué, pero eso sí: es atractiva. No puede decirse que es bonita, pero sin duda es atractiva. Los ojos son de color miel, y siempre lleva los párpados un poco entornados, como sugiriendo, como si estuviera lista para divertirse. Y en esa actitud, juegan las cejas. Las cejas son gruesas pero no en exceso y de arco marcado, cerca del continuo asombro. Salen de la masa algunos pelitos combados muy simpáticos y sugerentes. Parece que la depilación de sus cejas y su modo de peinarse estuvieran especialmente cuidados. Pero sólo parece, porque ella asegura (aunque a Popó no hay que creerle, en este caso es probable que diga la verdad) que se debe a su sangre árabe. Y algo de eso hay en el cabello suelto, negro y ondeado, y en su cara larga con pecas morenas.

Popó es la última de tres amigas que salieron, cada una a su tiempo, con Gary, aunque en algún momento hubo cierta

angustiosa superposición. Las tres se sucedieron siguiendo un patrón de belleza en retroceso y misterio creciente.

Lo que siempre se mantiene (a eso debe atribuirse su éxito con las mujeres) es la lerda melancolía y la sensibilidad adormecida de Gary. Probablemente con esas herramientas principales accedió, en primer lugar, a la belleza incuestionable de Javiera, a la que le gustaba caminar como si estuviera desfilando. En verdad es tan hermosa como una modelo y, además, ese aire de barrio le da un tinte más salvaje a su sensualidad natural. Cualquier hombre desearía a Javiera y a ella no había ni hay cosa que le guste más que ser deseada. Pero Javiera siempre se tuvo prohibido enamorarse de nadie. Esa fue y es su defensa frente a las ingratitudes de la vida para con una chica de barrio tan bella.

Después Gary quiso disfrutar del otro placer más elaborado y abstruso de la flaca. Quiso, porque si bien la flaca con su blancura, su delgadez y sus desplazamientos felinos es muy sugerente, con algo de oráculo, es también absolutamente incapaz de callarse. Y el desgaste que todavía produce en sus interlocutores es sólo superable con un retiro elegante, que es lo más usual o, como en el caso de Gary, entregándose mansamente a la somnolencia.

Fue curioso que Gary saliera casi seis meses con la flaca, considerando su hipersensibilidad al ruido, al olor y a la falta de protocolo. Porque a Gary le gusta tener todo en orden. Desde la ubicación de los cubiertos hasta la posición de las camisas en el cajón. Hay que ver qué acopio de autocontrol tiene que hacer para soportar que alguien pique de la ensalada en la fuente antes de que traigan la tira. Y cuidado si no está “a punto” como él la solicitó.

Burlándose de la sensibilidad de Gary, Fermín suele recordar que en unas vacaciones que pasaron juntos en Guaruja, frente a un estanque natural donde se pudrían los mariscos, Gary profirió “qué olor insoportable” antes de sufrir unas arcadas seguidas de un vahído.

Lo de la flaca duró unos seis meses. Difíciles de explicar, esos seis meses habrán dejado en él la aguda impronta de la voz avar de la flaca, y su reprimido atolondramiento.

Después Gary recaló en Popó. Los dos trataron de mantener la relación en secreto, para evitar la hecatombe, sugirió Popó. Y en parte lo han logrado porque recién después de un largo tiempo la flaca terminó enterándose.

Por lo que se ve, Javiera se ha mantenido al margen de la cuarta esquina del cuadrilátero amoroso. A Gary siempre le gustó la geometría, impoluta y prolija.

Aunque, conociendo a Javiera, es difícil saber si lo de Popó, a esta altura, no es un secreto a voces.

Cuando fue descubierto por la flaca, causó, como era de esperarse, la indignación necesaria y poco duradera de ella con Popó (con Javiera ya no se hablaba). Hubo una separación provisoria y altivos silencios de parte de la flaca, que durante el tiempo de sentirse ofendida en su honorable distinción, hizo gala de la aristocracia de su crianza. Es probable que la flaca sea la que más sufrió porque, como le suele pasar siempre, idealiza a sus hombres para evitar la cruda realidad. Pero eso la flaca no lo va a reconocer nunca, y seguramente siempre dejará en claro que Gary fue de verdad suyo, y que el resto fueron meros devaneos.

Lo de Javiera es difuso. Se podría decir que habrá acallado la desilusión, a la que está acostumbrada desde niña, dada su desmadejada familia, o en su defecto, se consolará pensando que a Gary se lo puede volver a voltear cuando quiera.

Lo cierto es que Popó se mostraba un poco culposa frente a la flaca, que tiende a la exclusividad y al escándalo, pero eso nunca le impidió insistir con Gary. Aún hoy quedan ciertas suspicacias en el trato que se dan cuando hablan de él. Pero Popó es muy sagaz y mantiene un silencio que los demás necesitan respetar. Si no, dónde iría a parar esa firme amistad.

Deben haber transcurrido unos siete años desde que Gary frecuenta a Popó y, después de tanto tiempo, Javiera, con su despreocupación voluntaria, y la flaca, con su matriarcal carga de prejuicios, han querido pensar que la historia de Popó y el admirado Gary forma parte del recuerdo. Pero no es así, y ese es el motivo de la prolongación del secreto. Porque ni Popó ni Gary admiten que la cosa continúa. Es un secreto más fuerte, porque da la sensación de que todos contribuyen a sostenerlo.

Salvo por supuesto en el bar, donde la popularidad de Popó crece sin prisa pero sin pausa. Nadie la vio nunca, sólo Fermín en la guardería de lanchas y bastó que él dijera que estaba buena, para que la capacidad de atracción de Popó no se discutiera más.

Según contaba Gary, el interés de uno por el otro oscila por temporadas. A veces es él el que la requiere. La requiere y la requiebra con unos galanteos poco ingeniosos pero eficaces del tenor de: “tengo un deseo desenfrenado de hacértelo ya” o: “tengo ganas de romperte toda, princesita”. Un comportamiento un poco ajeno a la actitud aplomada y civil de Gary, pero no tan ajeno, pasa en las mejores familias.

Gary les ha hecho saber a los amigos del bar que otras veces es ella la que lo procura, normalmente cuando está de novia. Gary aprendió a darse cuenta cuándo Popó se pone de novia, porque después de los edulcorados primeros momentos con la nueva adquisición, en que desaparece discretamente, y que duran no más de una semana, resurge para llamarlo todos los días.

Él funciona a la inversa, porque lo que a él lo lleva a Popó son sus crónicos períodos de ostracismo. Entonces, la busca para ser rescatado.

Gary busca a Popó justamente por lo que ella menos tiene: alma de samaritana. Popó no siente ninguna compasión por la tristeza. No es que no se preocupe por los problemas que pudieran tener los suyos. Pero lo hace desde un punto de vista mental. Popó es capaz de llorar, pero sólo con la mente. Lloro con la mente y con la misma intensidad por la madre enferma que por los avatares del destino de la pobre Argentina. Porque se preocupa mucho por su país y muestra una postura definida, manteniéndose fiel a su elección. Hay algo de tradicional al asumir su postura política, algo de buena familia, y le gusta sostenerla con energía.

A Popó parece no interesarle ni la nostalgia ni la introspección, pero sí la belleza. Popó es susceptible a la belleza como, según dicen, los animales a la música suave. Y Gary tiene algo hermoso en su delicado aburrimiento y en su decadente elegancia.

Según cuenta él, en el sexo la relación también es oscilante. Al principio el mutuo interés que se tenían, azuzado y desalentado a la vez, por la amistad de Popó con Javiera y la flaca, les impedía por completo tener sexo. En ciertos momentos íntimos, cuando todo parecía conducir a buen puerto, algún mecanismo relacionado con las cadenas de la conciencia desmoronaba la amigable disposición de ambos.

Pero por algo habrán insistido tanto. Insistieron hasta que, por fin, en la sobremesa de una cena en casa de Ariel, después de aquellos cinco o seis intentos fallidos en distintos puntos de la ciudad y en Necochea, le pidieron el dormitorio de arriba.

De ninguna manera ese logro fue motivo de festejo. Tuvieron claro de inmediato que lo de ellos sería trabajoso y en otros encuentros que se sucedieron durante los dos primeros años repartieron éxitos y fracasos.

De allí en más la cosa tuvo cierta regularidad. Una regularidad propia de los rituales.

El ritual suele constar, según relata Gary, de una cena con vino rosé, algunos compactos de música que ambos proveen, unas cuantas caladas de ella a su porro y los arrestos mutuos, de fuerte contenido bestial.

Digamos que después de esos ingredientes la relación suele transitar por un decurso razonable, aunque no mucho más que eso. Popó ha querido hacer el amor mientras le da secas al porro pero eso a Gary lo deja muy solo. Tanto que una vez, en medio del acto, mientras la veía darle chupadas al porro y cantar a coro con Sabina, la abandonó indignado. Para otros hubiera sido imposible, pero ellos lograron superarlo con un tácito “mutis por el foro”.

Una de las causas que quizás haya suscitado el interés y la predisposición general de los muchachos por Popó y su historia con Gary, fue el origen del apodo. En el bar, Eduardo manifestó, con gesto de desagrado, su sentimiento frente a semejante sobrenombre, que lo remitía al modo de no querer decir caca en ciertos ambientes de la ciudad, particularmente el suyo, y le preguntó por qué la llamaban así. Fue entonces que Gary contó que ese sobrenombre se lo había puesto un conocido de él que lo precediera en los favores de Popó. El

desagradable “caballo”, un mujeriego reconocido y petulante con pretensiones de culto que a ninguno de los muchachos le cae bien. El “caballo” fue quién bautizó a Popó. Le había explicado a Gary que se lo había puesto por la inevitable relación que, para Popó, existía entre la marihuana y el sexo. Popó dio en llamarse así por la ingeniosa reunión, según el caballo, de la primeras sílabas de “polvo” y “porro”. Entonces Eduardo, que no puede con su tradición sajona, le preguntó si para escribirlo había que poner un guión entre medio de las dos sílabas, a lo que Gary contestó, con buen criterio, que así le sonaba a marca de barquito de juguete, de esos con tracción a globo, y que para él se debía escribir todo junto y con acento en la o final.

Popó vive en casas. En casas porque lleva consigo sus dos perras inseparables. Una de ellas con cierta reminiscencia de pastor alemán y la otra con la fisonomía que en ámbitos campestres suele definir a un “cuzco”. El hecho de que tenga la pata trasera derecha tiesa y que cuando se echa aparezca enarbolada apuntando hacia arriba en forma oblicua, da carácter al ambiente que rodea a Popó. Esa discapacidad, cierta humedad omnipresente y la entrega de Popó a sus dos compañeras, instaura en su casa un ambiente pacífico y mugriento.

Por suerte las dos perras se llevan muy bien y suelen dormir acurrucadas y mantener el silencio. Ahora parecen estar cómodas luego de que, tras un ataque artero e implacable, lastimaran gravemente a la otra perra que, hace unos cuatro años, Popó recogiera también de la calle. Tuvo que regalarla porque, sin duda, cualquier escaramuza devendría en un sanguinario asesinato.

A Popó le gustan las casas y los muebles viejos. En sus casas todo es grande: los patios, los ambientes, los roperos. Popó tiende a ocupar los espacios vacíos con adornos que ella misma elabora con materiales como paraguas viejos, ramas y guirnaldas. Gary, que al principio tuvo sus dudas, pudo al fin confirmar que eran horribles cuando la flaca, que se destaca en la decoración gótica, le dijo que no entendía cómo a Popó podían gustarle esas cosas inmundas.

Es muy difícil que crezca el pasto en los patios de las casas de Popó porque las perras se encargan de mantener el suelo pelado. Por eso es que Popó nunca entendió bien el asunto de

las calabacitas. El asunto de las calabacitas ocurrió cuando se fue a vivir a la penúltima casa que le tocó ocupar. Las pocas veces que lo refiere lo hace con alegría.

Había una pequeña planta rastrera que al principio ella no sabía identificar. Una planta que empezó a crecer desaforadamente enfrentando la actividad de las perras. Pasados dos o tres días Popó empezó a notar algo raro en el ambiente, y en sus perras también. Es que ambas, durante largos minutos, acechaban con aprehensión a la planta rastrera.

No había pasado más de una quincena y la planta ya ocupaba toda la superficie libre, tanto la de tierra, como la de los pequeños pasillos contra las paredes. Poco después devino en una producción desmadrada de calabacitas que, según Popó, duró doce meses. Para Eduardo eso no es posible pero Fermín dice que en un patio, al abrigo del sur y con las variedades que vienen de la China, a lo mejor sí.

Durante esos doce meses, o lo que fuera, Popó se convirtió en la proveedora de calabacitas de todas las vecinas del barrio.

Proliferaron los pucheros, purés y dulces en muchas casas del barrio. Popó misma probó hacerlas en almíbar pero se excedió en la cal y le dieron asco.

Fueron días de alegría para Popó, que consideró al fenómeno como de buen augurio, pero a poco de recibir cotidianamente a las que venían por calabacitas, comenzó a cansarse y agrió las recepciones.

Popó tiene mucho carácter. Eso lo sabe el buen Gary que más de una vez fue expulsado de la casa de Popó en medio de un fuerte desprecio. Pero los cortocircuitos son siempre superados con el paso del tiempo. Eso mismo es lo que ha hecho que ambos se hayan perdonado aquella relación truncada por el porro, Sabina, y la partida intempestiva de Gary.

El rechazo que empezó a manifestar frente al asedio de las vecinas y la exorbitante producción de la planta oriental, terminó en el abandono de la insaciable enredadera y en una generalizada pudrición de los frutos.

A pesar de eso y del zumbido permanente de las moscas verdes sobre la carne tumefacta de las calabacitas, Popó recuerda ese período de su vida con mucha simpatía.

Pero no todo es regocijo. Porque Popó tiene que trabajar por sostener su actitud alegre. Y lo que más sostiene esa actitud es su trabajo en la galería.

Y correr.

El cambio de trabajo de Popó fue abrupto por donde se lo vea. Tanto en las horas como en la remuneración y el ambiente. Antes de trabajar para la marca rosarina “Monomog” en uno de sus locales del shopping, Popó regenteaba la mercería que había puesto su madre cuando falleciera su marido, el padrastro de Popó, al que ella odiaba serenamente. Era un chileno anticuado y machista, pero bastante tierno que ella imitaba en el hablar a la perfección. Tremendo huevón, según ella.

Al final, cuando su madre perdió las pocas energías que le quedaron después de la muerte de su compañero, dejó de ir a la tienda y Popó empezó a ocuparse del negocio, que durante algunos años le permitió vivir con una austeridad rayana en la indigencia, aunque no ganaba del todo mal.

Su madre se quedó en casa, fabricando lencería, después solamente bombachas y después nada más. De modo que Popó tuvo que proveerse de cintas, botones, y la ropa interior en otros comercios del centro y de la ciudad de Santa Fe. Su pequeño local quedaba en la vieja Galería Estadio, en Arroyito, y Popó se pasaba las horas atendiendo a señoras mayores y alguna que otra mujer más joven que venía a comprar escarpines. A pesar de la actitud refractaria a pagar las cuentas de esa época, Popó mantenía su jovialidad y trataba a la gente mayor con mucha paciencia.

Gary se acuerda bien de esos tiempos y de algún intento fallido de hacerlo en el local habiendo bajado las tenues cortinas. Gary se acuerda bien y cuenta que Popó se mostraba feliz, especialmente cuando le tocaba ir a paquetear a Santa Fe. Tomaba el colectivo en la Terminal con un par de bolsos repletos de bombachas y se iba a visitar a sus clientes de las tiendas de la cordial y artrósica capital de la provincia. Cobraba casi todo al contado aunque a los más conocidos les daba algún crédito. Solía volver con algunos productos que podía vender en la mercería y algún cedé clandestino que después escuchaba con Gary frente al porrón y a sus atentas perras.

Pero el dinero nunca le alcanzó en esa época, y Gary varias veces decidió dejar de someterse al decaimiento y la desidia de la casa de Popó. Nunca cumplió y quizá eso se deba a la blancura inmaculada y fina del cuerpo simple de Popó.

Por fin Popó encontró trabajo en la pilchería del shopping. Fue un cambio abrupto que ella absorbió optimista y muellemente. Pasar de una tienda de barrio al ambiente artificial y pretensioso de los shoppings fue un juego de niños e, inmediatamente, era como una más de las lindas chicas que simulan un bienestar constante. Además, su figura delgada y sus cabellos, que llenó de reflejos azules, le ayudaron mucho. Lo que pasa es que las largas sesiones en la escuela de teatro dieron sus frutos. Un poco inesperados para Popó pero jugosos a fin de cuentas. Popó representa diversidad de papeles con una gran solvencia. Eso subraya Gary y cada vez que puede le pide que le hable en chileno.

Popó habla perfectamente en chileno no solo por la influencia de aquel hombre, sino también por la temporada que pasó en La Serena cuando se fue detrás de un jugador de fútbol que prometía mucho pero que se quedó prendido de las drogas y de negocios diversos. A Popó no le quedó más remedio que abandonarlo y buscarse trabajo en una discoteca de la playa. Allí conoció a Esteros, el crédito del tenis chileno con el que mantuvo un artificioso affaire. Esteros era muy reconocido por un juego sutil y un cerebro de mosquito, según Popó.

Gary nunca describió bien ese período porque lo que dice Popó es tan abstracto que él no alcanza a entender casi nada.

Al final, de acuerdo a lo que le contó a Gary, se prendó de un tipo medio raro que vivía en las cercanías. Un argentino que parece que no salía de su casa y se lo pasaba reparando computadoras y que la atendía con una radio a transistores pegada a la oreja. Gary nunca comprendió qué quiere decirle Popó cuando le cuenta que después del terremoto no lo vio más y que por eso decidió volverse. Haberse ido de Chile y no haber buscado al loco de apellido irlandés después del terremoto es algo de lo que Popó se arrepiente.

Quizá sea el esfuerzo por representar con cuerpo y alma sus papeles lo que a Popó suele dejarla tan cansada y deseosa

de regalarse con el bienestar de la marihuana cuando vuelve a casa. Es que el trabajo en el shopping impone una continua presencia. Ella llegó al puesto de encargada y por eso el turco le paga unos mangos más. El turco es un buen tipo según Popó, pero complicado para el aumento de las remuneraciones, aunque con Popó parece tener favores especiales. Lo que a Gary lo calienta un poco es que ella quizá también tenga favores especiales para con él. Pero si Popó lo hace, seguro que es con una dosis de cariño.

Para sostener su optimismo, además de trabajar mucho, Popó corre. Corre como una máquina.

Gary dijo que Popó era maratonista y los muchachos del bar se quedaron expectantes. Gary, que también sale a trotar bastante seguido, repitió que sí, que era maratonista y que se lo pasaba corriendo. Que era una máquina, que corría como doce quilómetros todos los días, a las siete de la mañana. Probablemente por eso mantiene una figura estilizada y magra, de piernas largas y muy musculosas. A decir verdad, y eso Gary lo sabe bien, Popó es muy agradable desnuda salvo por alguna várice prematura, producto quizá de tantas millas recorridas.

Gary dijo que dos o tres veces salió con Popó y que le fue imposible seguirle el ritmo, pero Popó, con una actitud silenciosa y dulce, redujo la velocidad para correr junto a él.

Popó, cuando corre, es un mecanismo en funcionamiento. Y si no, también. Lo más notable no es su ritmo sino el modo de su ritmo. Porque se desplaza manteniendo el nivel, sin ninguna oscilación de altura en las líneas de su torso y su cabeza, como si lo único móvil en su anatomía fueran el tren inferior y los brazos. Las piernas se suceden una a otra en actitud de rolar, casi sin separar los pies de la superficie del suelo. Los brazos acompañan dando ligeros bandazos con la articulación del codo estabilizada en un ángulo casi llano. Algo así como si remaran para ayudar. Es fácil imaginarse que un modo de correr así puede haber sido motivo de inspiración para los realizadores de los dibujos animados norteamericanos.

En realidad el tipo de desplazamiento de Popó no le insume mayor desgaste. Por lo contrario, es su manera de reducir la fatiga.

Tal vez lo que no produce fatiga en la atención que los muchachos del bar prestan al vínculo de Popó con Gary sea ese algo de fraternal que los une. Entre ellos, salvo ciertos episodios fuertemente agresivos de Popó, impera un suave respeto de la intimidad de cada uno. Una vez, mientras conversaban dando cuenta lentamente de un porrón de cerveza, como le gusta a Popó, frente a su pregunta respecto de la relación que los unía él le dijo que ella era su amante.

A Popó se le iluminaron los ojos.

Entonces le preguntó si siempre serían amantes.

Gary no tuvo mucha opción y respondió que sí.

La alegría de Popó se podría equiparar a la de un chico cuando le prometen el juguete que más desea y lo festejó con una exclamación de gozo seguida por un buen trago de cerveza helada. Sí, vamos a ser amantes siempre. Qué bueno, dijo Popó.

Popó, como toda mujer que quiere, sueña con una relación duradera y de compañerismo. Seguramente correr juntos es un reflejo de eso.

Es un reflejo del vínculo entre ellos y evidentemente promueve conversaciones amables y confiadas. Gary contó que en una oportunidad, mientras paseaban siguiendo la costa del río, le preguntó si a ella le gustaba coger. Popó contestó que claro, que por supuesto, pero que muchas veces no tenía ganas. Entonces él, que repentinamente se sintió curioso por saber más de la sensibilidad femenina, le pidió que le dijera si entre las mujeres se describían los encuentros sexuales. Ella le dijo que eso dependía de con quienes se hablaba. Gary preguntó si cuando hacían las descripciones, a la concha le decían concha, y a la pija pija o pito, o lo decían de otra manera atendiendo al pudor femenino. Popó tuvo que pensarlo un poco y finalmente le respondió algo, pero Gary dijo que no se acordaba bien.

De lo que sí se acordaba era del detallado relato de las sensaciones femeninas en el introito y durante la relación misma, incluyendo el orgasmo. Popó abundó en detalles, refiriendo ciertas sensaciones de calor a nivel del vientre, ciertas cosquillas, alguna contracción del área de los pezones, pero a Gary no le quedó nada claro. Él sostiene que Popó le dijo

lo que iba imaginando mientras paseaba y que, simulando una actitud analítica y precisa, le dijo cualquier cosa.

Correr con Popó es agradable, gracias a su compañerismo. Lo que para Gary es difícil es quedarse a dormir en lo de Popó. No es que le molesten los particulares ingenios que Popó emplaza como adornos, ni la presencia al lado de la cama de las perras que quedaron luego de aquel atentado contra la emigrada, sino la cama misma. La cama de dos plazas de Popó tiene, desde siempre, un travesaño quebrado que le provoca una hendidura al colchón apenas separada del lugar de la almohada y del lado en que le toca dormir a Gary, aproximadamente a la altura donde acomoda su hombro. Las piernas le quedan algo más elevadas que el tronco y él sostiene que le es muy difícil conciliar el sueño en esa hondonada, y que en los pocos períodos en que lo logra tiene pesadillas porque se le va toda la sangre a la cabeza. Popó le promete que la próxima vez ella va a dormir de ese lado pero hasta ahora nunca cumplió.

Gary ha optado por retirarse luego del sexo que llevan a cabo cuidadosamente en la mitad sana del lecho. Seguramente es por eso que se lo ve cansado. A decir verdad, nunca tuvo demasiados bríos porque su dandismo estuvo siempre estrechamente relacionado con algo de linfático y gentil, que le va bien con las ojeras azules con las que empezó a llegar al bar. Le ha costado más que de costumbre acoplarse a las exclamaciones usuales, fomentadas especialmente por Eduardo, que a todos los tiene un poco podridos de organizar eventos.

Gary se mantiene callado últimamente. Ni siquiera hizo comentarios acerca de la goleada de Argentina sobre la orgullosa representación azteca con una jugada fabulosa de Messi. Cuando Jorge le preguntó por qué estaba tan lleno de vitalidad, Gary le respondió que había tenido una noche de aquéllas con Popó. Y que no era ni el porro ni el fernet, sino la cama de mierda. Dijo que no había dormido nada y que no había contado con la voluntad para volver a su departamento.

Eso fue en el penúltimo encuentro de los muchachos.

Probablemente las cosas cambien desde ahora. Las ojeras de Gary lo van a decir. Ya se verá más adelante. Es que Eduardo le dio a Gary una cama de bronce que heredó de su abuelo, con

una estructura extraordinariamente firme, como todo mueble prusiano. Y se la llevaron el jueves a Popó en la camioneta de Eduardo desde su casa en Fisherton.

A Popó le dio un poco de vergüenza pero la aceptó de buen grado y los invitó a los dos con unos chinchulines que ella misma asó. Incluso llamó a una amiga para presentarle a Eduardo que volvió tarde esa noche y encontró a su mujer durmiendo.

Siempre allí

Tenía que llegar. Esta mañana tenía que llegar. Yo lo pensé muchas veces, pero nunca me imaginé que iba a ser así, con este airecito de primavera, con este viento fresco que entra por la ventana. Pensé en este día desde siempre. No tengo miedo, estoy un poco triste. Me hubiese gustado que fueran ellos mismos los que lo hicieran. No esta gente que no conozco. Porque después de tanto tiempo, una se vuelve como de la familia. Cuántos años. Mejor ni los cuento. Muchos años, pero todavía me acuerdo bien. O me parece que me acuerdo bien. Quién sabe. Quién sabe lo que hizo el tiempo con mis recuerdos. Y mis recuerdos con las cosas que pasaron. De esas siestas de verano yo no me acuerdo con el placer que debería, aunque las durmiera él. Será porque todo pasó. Será porque me quedó la amargura de tantos días que me trabajaron en la casa de Salvá y Anchorena. Tantos días grises donde todo lo contaminaba esa mezcla de amargura higiénica y resentimiento civil de la tía Clemencia. Esa imposibilidad de ser alegre como él. Esa gordura mal llevada adentro de los vestidos que cumplían por obligación con las dos exigencias mínimas: taparle el cuerpo y ser clasificados como vestidos. Cómo no me iban a moldear esos tiempos si nunca, nunca literalmente, le noté un gesto de dicha. Qué obligación irrenunciable debe ser vivir

para vivir así. Sí, eso transmitía, la obligación de vivir con dignidad, aunque no le gustara. A mí me marcaron los olores. Es lógico, después de tanto contacto. Su olor era desagradable, pero obligatoriamente limpio.

Él era alegre. Por lo menos intentaba la risa. Qué hombre tan lindo. Tenía un cuerpo hermoso, ancho pero delicado. Las piernas largas y las rodillas un poco juntas le daban una elegancia que lucía con toda aplicación. Bastaba verlo posando de perfil en la foto del dormitorio amplio y con olor a sombra en verano. Eso sí que me gustaba, el olor a él y el olor alrededor de él.

Olor a madera seca, a piedra al sol. Olor a sano. Me gustaba el olor que me dejaba después de las siestas. No se demoraba en los preliminares. Enseguida le sacaba la ropa y la acostaba para besarla y acariciarla. Se veía que a ella eso le gustaba. Ella era una petisa callada, pero de mucho carácter. Y en el sexo, sin ningún prejuicio para esos tiempos. Sí, a ella le gustaba acostarse con él y disfrutar lo buen mozo que era. Disfrutar de sus abrazos, de su potencia, y sobre todo de su ternura. Pero era una petisa de carácter. Ella comandaba las acciones y le pedía. Así o así, pero bien. Hablaba perfecto el español. No tenía nada de acento. Se notaba que venía de una familia fina. La escuché decir que había hecho hasta cuarto grado, que era toda la primaria en aquellos tiempos. Y la petisa parecía poco para tremendo hombre, tan buen mozo. Pero no. Se veía enseguida que la petisa era más inteligente, y sobre todo que lo quería mucho. De verdad, como quiere una mujer inteligente. No le faltaban candidatos. Los había tenido, pero a pesar de lo inquieta e inteligente, la petisa era una mujer de antes y no pasaba a mayores, salvo con el chileno. La verdad es que el chileno era el único que le hacía sombra a él. Quizás también el de la estación de servicio de la calle Ayacucho, pero ése era más bruto. Estaba loco por la petisa y ella lo tenía solamente para entretenerse. Con el chileno fue diferente. Se veía claro que el chileno, tras ese modo de hablar chiquito, quería acostarse con ella. Ninguna otra cosa. Y se salieron con la suya. Dos o tres veces nada más, lo suficiente para herirlo a él, que nunca lo supo, pero que de alguna manera lo sabía. Y la petisa llevó el secreto con la dignidad que da la verdadera ternura.

Y él lo llevó como pudo. Los dos se querían mucho, pero él la necesitaba mucho más que ella a él, como casi siempre. Y la petisa lo parió a Mario. Porque fue eso: parirlo. Por favor, qué grande era. Un monstruo, más que un bebé, y qué enchastre asqueroso. Esa vasca que la ayudó era una bestia. Haga fuerza m'hija, le gritaba la vasca mientras manipulaba entre las piernas. Yo hacía fuerza con ella, qué angustia. No salía. La petisa mordía las sábanas almidonadas. Almidonadas. Para qué con semejante enchastre. Entonces parecía que la bestialidad aseguraba un nacimiento más vigoroso, y un chico más vigoroso también. Yo pensé que la pobre petisa iba a gritar como un cerdo. Pero no, la petisa lloraba lágrimas de piedra, con semejante bestia, pero apenas unos quejidos. Y eso que los desgarros la dieron vuelta por dentro y nunca más pudo embarazarse. Mejor, porque otro así la mataba seguro. Qué alivio cuando empezó a llorar. Enseguida le preguntaron si lo quería al lado de ella, y ella dijo que no, que se lo llevaran un rato. Pobre, qué esfuerzo. Mario, le puso la petisa, y llegaron flores de los amigos. Una sin tarjeta. Él ni se dio cuenta, pero ella sabía de quién era. Eso le gustó. Parida y todo seguía siendo mujer. Hablaba chiquito el chileno, pero era un tipo bien. Por eso le habrá dolido tanto a él, que no sabía pero sabía. Él era orgulloso y seguro de sí mismo. Competitivo como pocos. Y muy sensible a la belleza, a la calidad de la belleza. Un hombre hermoso, como le dijo esa mujer tan alta cuando él la miraba erguido sobre ella. Qué fuerza tenía en los ojos, imposible no entregarse a la fuerza de esos ojos. Reunían poder y dulzura a la vez. Él era un tipo sensitivo. Por eso se dio cuenta enseguida de la clase que tenía el chileno y no lo podía ni ver. Dos o tres veces se acostó con la petisa pero me pareció que no se sintieron bien. En realidad fue como si cumplieran con lo que tenía que pasar. Los dos eran de carácter y los dos sabían que estaba decidido. Me pareció que la petisa estaba un poco ausente. Como cuidándose de no enamorarse. Y con el chileno todo quedó allí, sólo como para evitar una mirada en las pocas oportunidades en que le habrá tocado encontrarse, a lo mejor en el famoso club de cazadores o en esas cuadras que empezaron a ser cada vez menos silenciosas.

Con él era diferente, con él la petisa se expresaba más. Lo hacía para gustarle. Yo me acostumbré mucho al olor de él y al peso de él, y a lo inquieto que era. Daba vueltas sin parar. Fueron buenos tiempos. Les vieux bons temps, diría la mujer de Lucio, con esa desesperación por todo lo francés. Antes fue mucho peor. Soportar así, sin decir nada a la tía Clemencia. Todos la llamaban la tía Clemencia, hasta los que no eran sobrinos, incluso los hombres de su edad. Esa sí que de sexo nada. Solamente esas siestas chorreando carnes y roncando como dos horas. Qué desagradable tener que aguantar eso. La tía Clemencia tenía muchos sobrinos, pero no venían a verla. Sería muy difícil para un chico visitar a alguien que jamás se reía. Solamente venían los hijos de su hermano más joven. Esos chicos sí venían. Eran dulces, los dos. Es curioso, pero la trataban con cariño y le sonreían siempre. Qué habrá sido de esos chicos. Deben estar bien grandes ahora. Era difícil, pero más difícil fue después del ataque. Ya casi no se levantó más. Fue insoportable tener que aguantarla todo el tiempo, echada como una planta. Una planta que no hacía más que seguir comiendo y ensuciándose. Y yo quietita como siempre. Esa es la que me tocó. Qué podía hacer. Hasta que se murió, por suerte. Es simple el momento de la muerte. Me acuerdo bien de ese ronquido tan potente y de cómo se le desinfló el pecho para quedarse aplastado sobre el colchón. Por fin, pensé, pero enseguida me vino aquel miedo. Qué miedo terrible. Hubiera querido poder gritar que la sacaran de una buena vez, que la sacaran ya. Al final se la llevaron. Fue un alivio. Todo llega. También llegó este día que siempre traté de imaginarme y que resultó tan diferente a todo. Qué diferentes me parecen estas manos poderosas. Tienen mucha importancia las manos y cuando yo quería imaginarme este día creo que nunca pensé en el papel de las manos. De estas cuatro manos tan omnipotentes.

Tan dueñas de mi destino. Es algo parecido a cuando vine al departamento de Lucio y de Susy. Qué rara me sentí en ese departamento. Qué raro me resultó el dormitorio tan estrecho y con los techos tan bajos. Cuando me tocó el otro dormitorio fue diferente. Ya me había acostumbrado. Además, ellos eran muy entretenidos. Siguen siéndolo. No saben cuánto me duele

tener que dejarlos. Pero así son las cosas. Yo sabía que tarde o temprano iba a pasar. Lucio le venía diciendo a ella que tenían que hacer este cambio. Él la convenció de que ahora son más amplias, más cómodas. Y yo qué puedo hacer además de aceptar estas cuatro manos que hacen lo que quieren.

Cuánto me entretuve con estos dos. Qué paciencia le tuvo siempre Lucio a las veleidades de Susy. Yo no sé cómo hacía para aguantarse tantas películas francesas. Pero se ve que no lo afectaba demasiado porque cuando volvían del cine terminaban haciendo el amor de la mejor manera. Qué bien la pasan todavía. Ni hablar de cuando fuman marihuana y escuchan a Los Beatles. Susy se vuelve una cotorra. Pero me encanta oír la cantar Penny Lane mientras hace el amor. Hay que aguantar semejante bochinche y ese galope alegre arriba de él. Y después sentir cómo se van quedando dormidos. Cuántas noches. Cuánto tiempo de ojos cerrados, de respiración regular. Cuánto compañerismo y cuánta soledad también.

Pienso que quizá me gustaría estar cuando le toque parir a Susy, pero seguro que no va a ser aquí. Si eso pasa, será en otro lugar. Ya no es como en la época de la petisa, qué asquerosidad. Pero esos también fueron buenos tiempos. Después de la tía Clemencia que me dejó marcada, los tiempos fueron mejorando. Por eso los extraño a la petisa y a él. La tía Clemencia me dejó marcada, eso todos lo saben. Lo que no saben es hasta dónde me marcó él. No saben cómo me enamoré de él, de su olor, de su peso, de esa sonrisa increíble cuando empezaba a acariciar a la petisa. De esos ojos cuando estaba erguido encima de aquella otra mujer alta, tan delicada.

Y del dolor que sentí cuando se lo llevaron la segunda vez. Había vuelto del sanatorio pero ya no era el mismo. Ya se le había ido el ser. Y cuando se lo llevaron la segunda vez supe que nunca más volvería a sentirlo. Cuánto lo amé.

Haber venido a parar aquí fue también muy lindo. Tuvieron que pasar esos primeros días en el departamento, con el dormitorio tan minúsculo que parecía que las paredes me iban a apretar. Enseguida se me pasó con tanta alegría de estos dos locos. Hay que aceptarlo, yo sabía que llegaría este momento. Vamos a cambiar la cama de la tía Clemencia por una más

amplia, dijo Lucio. Lo que nunca pensé fue en la importancia de las manos tan seguras y poderosas de estos dos, que sin herirme en absoluto me están empezando a desarmar para llevarme a algún depósito. Cómo será un depósito. Qué puedo saber yo de un depósito si apenas conocí cuatro dormitorios en todos estos años. Además, estando desarmada es difícil que me dé cuenta.

El temor al desayuno

La mujer de Bernard le dijo que él siempre estaba cansado. Se lo dijo en el auto.

Bernard, en ese momento, como en tantos otros, se esforzaba por dominar el deseo de irse, trataba de vivirlo de la mejor manera posible.

Al principio él pensaba que ella lograba eso, que ella podía adaptarse a cada situación y vivirla con alegría. Aún más, Bernard pensaba que ella podía insuflarle alegría. Se la imaginaba siguiendo, e invitando a seguir, las canciones de una fiesta con su mirada abierta, o dejando su plato para ponerse a bailar con esos movimientos graciosos e ingenuos, tan de ella. Le gustaban las canciones alegres, sin excepción. Las canciones llenas de júbilo que describían una vida transitable, una vida, cómo decirlo, libre de prejuicios y malas intenciones. Esas canciones que a muchos invitan al baile, o más bien a festejarlas con el cuerpo.

A él se le hacía muy difícil soportar un cedé completo de los que ella elegía. Un cedé donde la percusión y los compases repetidos lo agredían más que encenderle el espíritu. Pero, en definitiva, él admiraba eso que él no tenía, la capacidad de sonreír tanto. Sonreír mostrando la hilera prolija y reluciente de su dentadura.

Vaya a saber si ella era consciente del influjo de su sonrisa. Porque su sonrisa era irresistible, o casi irresistible.

La primera impresión que ella causaba era la de poseer una verdadera e innata simpatía. Bernard estaba prácticamente seguro de eso. De lo que no estaba tan seguro era de si eso se sostenía en el tiempo, pero le parecía que sí. Le parecía que ella podía conservar su reputación de mujer simpática en el concepto de los demás por todo el tiempo que quisiera. Tal vez fuera de verdad así, simpática y alegre.

Los árboles se mecían con el viento suave del atardecer y su verde era muy oscuro, casi negro. Un verde pesado después de haber tenido que pasar todo el día. Un verde que estaba lejos del recuerdo del júbilo de ella y más cerca de la frase que le había dicho y que le había repetido.

A ella le gustaban los colores oscuros, especialmente el verde. No tan oscuro como el verde casi negro del follaje fresco y algo cansado del atardecer, pero tampoco mucho más claro. Y el lila y el marrón. De esos colores había pintado la casa que quedaba fuera de la ciudad, en el pequeño pueblo que empezaba a colonizar la clase media joven que buscaba más tranquilidad y también un lugar que llegara a ser exclusivo.

Bernard pasaba la semana en el departamento que tenían en el centro y, cuando lo dejaba el trabajo, iba a la casa que ella había decorado por completo y pintado con colores oscuros y el dorado. El dorado estaba en todos los ambientes, realzando marcos de puertas y ventanas, en las estanterías del baño y la cocina. A Bernard los colores que ella elegía lo turbaban como la percusión y los compases repetidos de su música. Pero se daba cuenta de que no eran feos.

Nunca estuvo seguro de su adaptabilidad. Toda adaptación era un gran esfuerzo para él y en general siempre terminaba en un fuerte disgusto. Pero seguía luchando. Luchar sin luchar se repetía, pero era peor. Algo, ese algo de siempre, esa hartura empezaba a agredirlo.

Llegó a plantearse la posibilidad de que el esfuerzo de ella, es decir su constante optimismo acumulaba algo oscuro. Tenía que acumularlo. Y esa negatividad era la que estallaba con una frecuencia bastante regular, cuando no en feroces

peleas, en agudas depresiones que sólo los somníferos podían paliar.

Tendría que irse, irse de una buena vez. Esos sentimientos lo podían de nuevo mientras ella le repetía que siempre estaba cansado, siempre estaba cansado.

Bernard procuraba trabajar con eso que empezaba a agredirlo, luchando por no enfrentarse con la agresión, si no más bien de asumirla y hacerla transitable, hacer con ella algo satisfactorio como había ensayado aprender en el diván de su psicoanalista. Se le hacía muy difícil.

Ella le recordaba su cansancio, sus pocas ganas de salir, de hacer programas que no fueran siempre el mismo de ir a cenar y volver para hacer el amor un poco automáticamente, en la cama.

Bernard sabía que siempre hacían el amor en la cama. Le disgustaba no saber cumplir con las fantasías que pudiera tener ella.

A Bernard las fantasías se le habían vuelto falsas después de tanto querer influir en el otro. La molestia de Bernard crecía a pesar de él, o debido a él, por entender lo idiota y estéril que era ese desgaste de querer trabajar sobre el otro. Esa protesta interminable que a él le parecía que se infligían mutuamente.

Y esa era la palabra: infligir. Bernard no sabía bien si lo que empezaba a odiar era la repetición de las escenas o la posibilidad de que una pareja se infligiera cosas.

Ella protestaba porque él actuaba de un modo sumario en la cama, el único lugar donde hacían el amor.

Protestaba porque él no jugara en la intimidad, porque él no la acariciara o le hiciera masajes.

Pero, para Bernard era algo falso, algo artificial, como un engaño para inducir al otro a perderse en el deseo, para llevarlo al sexo y su bestialidad, a eso tan bajo de querer saciarse. Y le costaba compendiarlo con el amor. Sin embargo él la quería y, tímidamente, a veces, la acariciaba. Es verdad que le daba un poco de aversión, por lo que terminaba acarreado: la reacción de un bruto. Y no le gustaba que ella pareciera una bruta. Se le mezclaban las cosas. Se mezclaban las palabras amorosas con las procaces que ella le había enseñado a emplear en esos momentos.

Bajo la enramada del plácido y pretensioso suburbio Bernard creía darse cuenta de cómo le era imposible a ella dejar de trabajar sobre el otro, sobre él. Y para él era lo mismo, tal vez por reacción, tal vez no.

Ahora odiaba las palabras, no les encontraba sentido. Las palabras vanas que se intercambiaban no servían para nada. Y no quería seguir hablando. Quería callarse de una buena vez. Podía escucharla a ella que inquiría, que azuzaba. Ella que le decía que no hablaba porque estaba enojado, y eso la enojaba porque si él no le decía lo que le pasaba ella no podía solucionarlo y eso era amargante.

Ella gritaba, por lo menos para los oídos de él. Y eso no contribuía, por supuesto. Eso acrecentaba en Bernard justo lo que él quería dominar o encauzar. Él era terriblemente sensible al volumen del sonido y quizás también ésa fuera una de las razones de su rechazo por la repiqueteante música de ella.

Para Bernard era clara su culpa por no saber vivir con alegría, por no disfrutar el momento. Lo que a él le pasaba ya lo había dicho ella. Lo había repetido. Él estaba cansado, siempre cansado, cansado de ella, decía ella.

Bernard ya conocía ese crecimiento, esa intensificación. Eso que tenía que controlar sin controlarlo para poder torcer el mal trago.

Ella continuaba con una pregunta detrás de otra y después las contestaba. O presentaba la respuesta como una hipótesis que enseguida dejaba de serlo. Que se convertía enseguida en una certeza. Bernard, ante su insistencia, no encontraba otro camino que decirle que no estaba de acuerdo. O que nada era tan dramático. Que no había pasado nada especialmente excepcional. Que se podían ver cosas así todo el tiempo. Bastaba con encender el televisor. Que no había que dejarse llevar por la pasión. Lo decía percibiendo dentro de sí el trabajo mínimo pero certero de lo que quería contener.

A ella la enardecía que él quisiera desdramatizar todo. Que él hablara del comportamiento humano con una comprensión tan artificial. Como si nadie tuviera responsabilidad o límites. Como si todo fuera susceptible de ser comprendido y justificado.

Como si él pudiera ponerse por sobre esos comportamientos para perdonarlos y después perdonarse, claro.

Ella era la que lo había perdonado. Ella le perdonó su estúpida aventura con la hermana de su mejor amiga. Con Valeria, justamente, tan desagradable, y él seducido por ella. No podía soportar que ahora él le fuera a decir que la odiaba. Por qué no vio antes quién era esa mujer despreciable, esa negra. Esa mujer que no merecía ningún respeto, que tuvo la suerte de que él se fijara en ella y que entonces puso todos sus recursos en acción para seducirlo y retenerlo. Y eso hablaba de lo estúpido que era, de lo estúpidos que son los hombres, aunque no todos. Había quien tenía límites y paz, como tantos de los maridos de sus amigas, como Gonzalo.

Y era verdad, pensaba Bernard, era un estúpido frente a ella, un idiota que clamó que lo perdonase cuando lo mejor hubiera sido que él tuviera límites o responsabilidad.

Ella lo había perdonado, lo había perdonado, lo había perdonado. Ella lo decía y se lo decía a sí misma con indignación y esa voz tan alta.

Bernard se sentía encerrado por las palabras irrefutables de ella y por su propia estupidez humana que quería desdramatizar. Su historia no era algo excepcional. Le pasaba a muchos y además ya había salido de su confusión, de su error.

No era suficiente, al contrario, ella se enfurecía más. Eso no era confusión, ni error. Eso era coger. Y con esa desagradable que no valía nada. Y no parar de coger con cuanta se le cruzara en el camino.

Bernard había tenido unas cuantas mujeres y algunas le quedaban. Pero ya no sentía mayor deseo por verlas, ni siquiera por conquistar alguna nueva. Lo que sentía Bernard era una mezcla de fatiga y rabia que no podía expresar. Las pocas veces que había intentado decir lo que creía que le pasaba había sido peor, porque ella perdía el control y después el sufrimiento de su sistema nervioso era extremo. Y las pastillas se sucedían una tras otra, lo que incrementaba la culpa de Bernard.

Había sido una locura, pero él siempre creyó que todo empezó a gestarse cuando se conocieron. Valeria tenía una sensualidad y un desparpajo que él percibió enseguida. Se

veían esporádicamente cuando venía a los asados acompañando a su hermana y eso impidió cualquier acercamiento hasta que se encontraron en el pub. Ya nada pudo detenerlos. Y se fueron a la cama enseguida. Fue tan placentero como angustiante, desde el principio. Bernard no quería ver que era casi imposible que ella no se enterara, pero lo veía. Sin embargo siguió hasta que ocurrió lo que tenía que ocurrir.

Ella le dijo que él sabía que ella se iba a enterar, sabía y por algo lo había hecho. Seguramente querría que ella lo supiera.

Bernard estaba seguro de que no era así, por lo menos en la superficie.

Había vivido con el corazón en la boca, era una angustia insostenible. Pero a lo mejor en la profundidad era como ella decía. En la profundidad, tal vez, había buscado blanquear lo que pasaba. Pero sentía que esa manera era la de un cobarde o una bestia. Y le era imposible perdonarse. Como cuando hacía el amor procazmente con ella. Qué tenía que ver esa procacidad con el escándalo que hacía porque él había sido capaz de cogerse a esa puta que ya no consigue a nadie. Qué tenía que ver esa lascivia con su indignación porque Valeria le había gustado tanto.

Pero no sentía ninguna culpa con Valeria. Con Valeria no se decían procacidades, apenas se oían exclamaciones y gemidos llenos de intensidad. Con Valeria casi no hablaban y si lo hacían no era pensando, era gozando. Pero ya empezaba a olvidarlo. Valeria dejó de ser Valeria cuando se lo contó a su hermana. Por qué lo había traicionado Valeria. Él le había pedido tantas veces que no se lo dijera a su hermana. Pero Valeria lo hizo y esa traición, aunque parezca difícil, la cambió por completo. Valeria se había vuelto una mujer más desagradable, que incluso no olía bien. Quizás fuera eso lo que él siempre buscó. Separarse de la esclavitud que le provocaba Valeria. De esa relación en la que, cuando se encontraban, no podían contener las ganas de hacerlo inmediatamente, con la misma incontinencia amarga de cuando se decían palabras obscenas con ella.

Bernard estaba cansado. Estaba cansado y se daba cuenta de que había una salida. Debería dejar que eso que trabajaba como un orfebre dentro de él, tan aguda y eficazmente, se manifestara con libertad de una buena vez.

Valeria se había vuelto desagradable, incluso no olía bien, se repetía. Pero estaba hecho, aunque ella lo había perdonado, lo había perdonado, lo había perdonado.

Se hacía de noche. El follaje de los árboles era casi negro, de un gris acero muy apagado, y Bernard le preguntó si tenía frío y si quería su saco

Ella hizo silencio un instante y le dijo que sí, que tenía frío. Y agregó que el tiempo no cambiaba y que Rulfo quizás estaba afuera.

Bernard le puso su saco sobre los hombros y ella hizo el gesto de ovillarse como esperando que él la abrazase. Para eso estamos los hombres, pensó Bernard, para abrazar a las mujeres, y le dijo vení para poder abrazarla con una blandura que no le parecía sincera, que por ser mecánica le parecía impostada. Nada era de verdad, nada era de verdad.

Otra vez lo mismo, ahora irían a ver cómo estaba Rulfo y después se acostarían casi sin decir nada o apenas las cosas procaces, que dejaban de serlo por repetición y, tal vez, quedarse abrazados casi toda la noche. Y con suerte desayunar en buenos términos hasta que el trabajo los echase en las propias jornadas.

Ella le dijo que fueran a ver qué pasaba con Rulfo. Seguro que se las ingenió para entrar en tu casa por algún recoveco, le dijo él.

Encendió el motor levantando la vista hacia los grandes eucaliptos que siempre le causaron desasosiego. Los asociaba con el frío y los campos barrocos donde le había tocado pasar buena parte de su infancia. Los eucaliptos y los sapos, igual de fríos y hostiles.

Manejó en silencio hasta la casita de ella situada en medio de un gran terreno rectangular. Estaba en lo que todavía eran las afueras de la pequeña localidad a la que se llegaba por la autopista nueva. Al frente sobre el borde del gran terreno sin plantas había una hilera de viejos eucaliptos. Y Bernard volvió a sentir inquietud, ya sabía que nada detendría lo que estaba previsto. O quizás sí, se dijo. Y después se preguntó qué quería decir ese: “quizás sí”, qué quería decir ese “quizás sí”.

Ella, como siempre, había cambiado por completo su actitud. Casi no hablaba y se había recostado mimosamente sobre el regazo de Bernard que la había acariciado mientras iba conduciendo.

La casa estaba poco iluminada por luces amarillas y no se veían con claridad los colores oscuros con que ella había pintado las paredes. Resaltaban los estantes dorados y la presencia de Rulfo, que se las había ingeniado para entrar, seguramente por la ventana entreabierta del baño.

Esa noche Bernard no sabía bien qué hacer; si quedarse a tomar té con ella en la cocina o ir directamente al dormitorio. En ese momento sonó el celular pero Bernard no se atrevió a atenderlo.

Sucedió un corto silencio. Un silencio en el que Bernard trató de seguir respirando naturalmente.

Ella le preguntó por qué no había atendido. Le preguntó si era Valeria.

No lo dejó contestar, le dijo que era Valeria y que seguro que él seguía con ella, que siempre iba a estar con ella, porque ésa sabía bien cómo hacer para que él no se cansara, ella sabía cómo hacer para seducirlo, sobre todo porque él era el único boludo que se había dignado a darle la bola que nadie le había dado. Y estaba desesperada. Tratando de conseguir alguno y él era un lujo que ella no se iba a perder de ningún modo.

Bernard estaba seguro de que no podía ser Valeria. Él no se había comunicado más con ella y además le desagradaba después de que se lo contara a su hermana.

Sin embargo, tenía miedo. Le tenía miedo a ella y era como si Valeria hubiera llamado. Era lo mismo.

Volvió a pedir perdón.

Bernard sabía que a ella le gustaba perdonar. Que era la única manera de que ella se calmara. Le dijo que él la quería a ella. Que no podía vivir sin ella.

Era la verdad y Bernard le aseguraba que ella debía confiar en él. Él terminaría haciendo todo lo que ella quería.

Ella soltó una sonrisa. Algo parecido a cuando sintió frío y él le ofreció su saco en el auto. Se quedó con la sonrisa dibujada en los labios mientras él seguía diciéndole que le encantaba hacer lo que ella quería.

Se abrazaron y se besaron apasionadamente.

Bernard sintió deseo. Un deseo incontrolable de hacerla con ella, de escucharla decir las cosas que decía cuando llegaba el momento. Y de incentivarla haciéndole preguntas. Ésa era su esclavitud, la condición de bestias de los dos, su círculo amargo.

Bernard le dijo que se metiera en la cama, que él le iba a preparar su whisky con la pastilla para que después se durmiera plácidamente en los brazos de él.

Se quedó en la cocina en paz. Pero sabía que esa paz duraría hasta la mañana o un poco más, hasta la próxima escena que sería apenas otra variación de la que había ocurrido hacía un rato. Pensaba que todo eso había sido para pasar la noche, para estar juntos otra vez esa noche y se planteaba cómo hacer para detener el sufrimiento.

La veía sufrir, transitar el dolor de estar con él que le había faltado el respeto de la peor manera, acostándose con la hermana de su mejor amiga. Bernard recordó a Valeria y pensó si le gustaría tener sexo con ella en ese momento. Trató de repasar su olor y pudo experimentar el desagrado que buscaba, pero seguramente lo haría si Valeria estuviera allí, porque, por más que la odiara, no podría resistirse a hacerlo. Era lo de siempre, lo mismo que lo conduciría a la cama de ella para hacer algo parecido, aunque con otros códigos. Y después sentirse vacío. Vacío no, vaciado, sin voluntad, despreciándose aún más por no tener voluntad, por sentir el asco propio de ser humano. Esa porquería de ser humano.

Es siempre igual, pensó. En el fondo Valeria y ella eran lo mismo. Peor, él era lo mismo.

Ella le dijo desde el dormitorio “apurate, mi amor”. Le dijo “apurate, mi amor”.

Él se quedó un instante en silencio y después le respondió “ya voy”.

Contempló el vaso donde había vertido una medida generosa de whisky.

Se dijo que veinte pastillas no alterarían demasiado el gusto y de alguna manera supo que tenía que apurarse para hacer el amor.

La justificación del tiempo

Hay quien dice que todavía puede vérselos al volver cuando se pone el sol siguiendo la orilla del gran río. Hay quién dice que sus siluetas negras aún pasan en dirección a la cabaña. Tanto se acostumbró el pueblo a la escena repetida de aquellas tardes.

El pueblo se acostumbró a verlo en el bote de Lin Yuan. Todos, al principio, miraban con curiosidad porque casi nadie tiene otra boca que alimentar, además de las mujeres y los hijos. Pero Lin Yuan estaba solo. Y ahora está más solo aún, esperando. Lin Yuan tiene una deuda grande y debe estar sólo.

Para Lin Yuan era su familia, y le hablaba en el atardecer extendido de la laguna mientras esperaba que se cargara la red. Aunque no se lo escuchara, se sabía que le hablaba porque lo miraba y él también lo miraba con toda su atención. Alguna vez se lo vio saltar al agua, pero casi siempre se encaramaba sobre la proa del bote con el hocico levantado. Aunque en la casa de Lin Yuan a veces ladraba, nunca lo hacía arriba del bote. Lin Yuan lo había acostumbrado a moverse poco y a estar en silencio. Aun cuando él le dirigía sus palabras susurradas apenas gemía mientras meneaba la cola y alternaba sus patas delanteras para pisar con ansiedad sobre la madera, como si bailara.

Y así pasaron los días. Así pasaban las tardes, con la silueta de Lin Yuan en la que resaltaba su mechón de pelo blanco

resplandeciendo bajo el último sol. Y con la de su perro de mirada grande, como la laguna, y tierna como el canto atardecido de los pájaros, cuando llega la noche.

Según la ley, Lin Yuan estaba en su derecho y casi todos callaron cuando lo hizo. Entonces Lin Yuan dejó de hablar con los otros y empezó a encerrarse en su casa al ponerse el sol.

Pasaron muchas temporadas de lluvias y después todas las sequías. Se puso viejo. Aun así siempre lo acompañaba a la laguna. Las últimas veces Lin Yuan lo cargaba en el bote porque ya no podía saltar y entonces él lo miraba con su mirada grande y tierna. Cuando llegaban, al terminar la jornada, se lo veía en el patio acariciándolo mansamente. Él siempre lo miraba y se notaba que vivía pendiente de Lin Yuan. Para él, Lin Yuan era la vida misma.

Algunos dicen que Lin Yuan una vez dijo que lo último que él hizo fue mirarlo y mover su cola.

Lin Yuan fue muy bueno con él. Es cierto que su bondad nunca le alcanzaría para pagar su deuda, aunque la ley lo avalara.

Lin Yuan sabe que él no era él mismo cuando lo hizo, y eso no se puede perdonar. Lin Yuan no perdonó e hizo lo que muchos hubieran hecho, salvo los que tienen compasión. Él no perdonó a su mujer por haberlo hecho con Il Sam, su amigo, y no permitió que se quedara, echándola de la única casa que ella podría tener.

Lin Yuan se dio cuenta de su deuda casi enseguida y lloró. Después dejó de hablar salvo con él, que siempre lo observaba con toda su alma, con todo lo que tenía.

Lin Yuan ya no come más y sabe que ha sido bueno con su perro, pero su deuda no está pagada y se prepara para la próxima vez.

...

Él no distingue la pobreza de la riqueza. Distingue el hambre. No siempre la extrema pobreza es una desgracia. A veces es una elección. En él no es una desgracia y de noche se lo ve bajo el puente de Brooklyn, cerca del fuego que calienta la lata con la comida de ambos. De día acompaña a

Barbusse por la zona con el gesto grave y la vista quieta. Pero eso no le impide brindar su simpatía cuando alguien lo mira. La misma sonrisa con que acepta la limosna que algunos se han acostumbrado a darle. Muchos los conocen porque sus paseos se han ido repitiendo desde hace muchos años. Casi desde cuando encontró el cachorro con la franja de pelo blanco que inmediatamente pareció recordarle algo. Nunca supo por qué, pero no dudó en recogerlo enseguida y llevarlo con él.

Hasta hace poco llegaban a la 40 y transitaban la acera en medio del gentío con la misma actitud de siempre, reconcentrada en él y jovial en Barbusse. Aunque era más común verlos en las calles tranquilas o en la plaza contemplando las aves. A él le gusta el canto de los pájaros, más al anochecer que durante la madrugada. Es como si lo recordara de otro lugar, de otro tiempo. Pero ese piar que se va apagando siempre le dice algo y durante la penumbra que vuelve difusa la ciudad le da largas caricias a Barbusse. Barbusse se ve desde lejos por su franja de pelo crespo y blanco sobre la cabeza. Le gusta gemir en el crepúsculo. Él sabe que Barbusse quiere decirle algo. Quizá algo que le ha ocurrido y que le duele.

Barbusse siempre anda a su lado. Cuando él prende el fuego y espera que se caliente la comida de la lata, intercambian lamidos y caricias. Y también pequeños mordiscos. Él toma los labios de Barbusse entre los dientes y aprieta hasta el punto en que Barbusse comienza a gemir de un dolor que aún no siente. Pero Barbusse no busca retirar su boca que huele siempre igual. Sabe que es la manera mutua de decirse algo. Barbusse ronca muy fuerte y gusta de dormirse echado sobre el cuerpo de él que le sonrío con una sonrisa grande y tierna, como el vuelo de las primeras gaviotas sobre el Hudson.

Barbusse no se movió de su lado cuando él estuvo tan enfermo. Solo se separaba para no ensuciar cerca de él.

Y ahora también permanece largo tiempo a su lado, porque sabe que él está enfermo y que los inviernos son largos bajo el puente. No es que el frío no se soporte. El frío se ha ido acumulando en el cuerpo hasta que lo único que da alivio es dormir. Barbusse aprieta su cuerpo contra el de él para darle calor, pero sabe que no es suficiente.

El sol se va poniendo y enrojece parte de las aguas acristaladas del río. Hoy Barbusse recibe alguna caricia más. Él no come su parte y prefiere dársela a Barbusse que la come sin ganas bajo la mirada de él. Después ordena lo poco que hay y se recuesta cerca del muro de concreto. Antes de cerrar los ojos le vuelve a dar largas caricias y lo contempla con su mirada grande y tierna, más que otras veces, pero Barbusse no mueve la cola, apenas gime quedamente. Después él cierra los ojos.

Antes de la mañana siguiente Barbusse percibe el momento exacto en que él deja de estar en su cuerpo gastado, y abandona el lugar para siempre con las orejas bajas.

Barbusse camina con rapidez hasta meterse en las primeras cuadras. Dobla en Brighton hasta llegar donde está ella. Se echa al lado de la mujer, aún joven, que duerme sobre una hoja de cartón corrugado, bajo el pequeño alero de metal de la tienda de regalos. Se echa detrás de sus piernas. Ella no se sobresalta. Eleva su cabeza sobre sus hombros y contempla a Barbusse, y no sabe por qué su franja de pelo la hace sentir tan desamparada. Piensa en echarlo pero después se da cuenta de que Barbusse ahora está solo como ella lo ha estado durante tanto y tanto tiempo. La mujer, aún joven, recuesta de nuevo la cabeza y deja que Barbusse se quede durmiendo detrás, entre sus piernas.

Después se verá a Barbusse acompañando a la mujer, aún joven. Nunca más se la volverá a ver andando solitaria. Barbusse ya no se alejará en sus paseos y se hará aún más inseparable de ella que de él, y se empeñará en cuidarla, tanto en el sueño como en la vigilia.

...

No demasiado lejos de Bhaktapur, hacia el oeste, vivirá un monje solitario. Ese monje pasará largos días en la contemplación de los altos cerros que se encaraman más al norte. Alguna vez bajará hasta Durbar Square para enseñar que el amor de Dios, como todos pueden saberlo, se ofrece en cada criatura, en cada cosa. Que quizás haya que elegir alguna cosa para observarla y para ver cómo ese amor comienza a iluminarse.

Alguna vez, consultado sobre lo que contempla él para sentir la luz divina, dirá que él mira los cerros, pero sólo para percibir cuánto amor hace falta para acceder a la alta cumbre de la amistad.

Alguna vez se le preguntará por qué, si él elige la amistad para observar, no se le conoce ningún amigo íntimo. Él responderá que su amigo íntimo lo está esperando en un lugar mejor, tan alto que hace falta ir paso a paso para alcanzarlo, como a las cumbres de las montañas del norte. Responderá que él espera ser digno de alcanzar ese lugar y se inclinará para acariciar un perro.

El monje solitario tendrá la cabeza completamente rapada salvo por un pequeño mechón de pelo blanco que se dejará crecer en el lugar de la tonsura.

...

En esa ciudad, desde siempre, se ha sabido de ellos. Es una ciudad de edificios bajos y grises que no cumplen otra función que ser eso: edificios bajos y grises. La mayoría tiene ventanas de madera pintadas de blanco, pero no todos. Es difícil saber cuál de ellos tiene ventanas de otro color, pero eso no tiene ninguna importancia. Quizá lo importante sea que los edificios estén allí, bordeando la calle asfaltada de un gris difuso, como las paredes de los edificios y el aire, porque la luz es una luz como la del norte y el día dura lo mismo que en el norte cuando es el otoño maduro. Hasta el verde del parque, que suele encontrarse casi siempre en el mismo lugar, tiene una pátina cenicienta. Detrás de la pátina se sabe que el color verde es muy denso y frío, y que en el recuerdo del parque siempre predominan los cipreses. A veces el parque está un poco más adelante y a veces lo encuentran antes, pero es un momento del paseo que tiene que ocurrir. Siempre se ha sabido que el parque tiene que ocurrir así, como los edificios y la calle inclinada en la que no se ven automóviles. También tiene que ocurrir la presencia exterior de la laguna mansísima que debería estar al final de la calle y la ciudad. La laguna cumple con la función de estar, de que se sepa que está allí. Y de mostrar sobre su superficie plateada el rizado que le produce

la brisa. Esa brisa que a pesar del otoño y del norte no puede ser fría. Es una brisa con sensación de tibia frescura.

Siempre se ha sabido que por la calle que baja, por la acera de la derecha, también bajan ellos. Ellos han estado bajando desde siempre. Uno es fuerte y alto. Sobre el gabán azul de cuello elevado, se ve su piel clara que reverbera quedamente. Habla poco y mira más bien hacia delante, mientras el otro le habla mucho y camina casi de costado, con pasos más cortos. Viste una campera azul, pero su piel rojiza emite luz propia.

Tal vez sea una hora de la tarde cuando ellos están pasando acera abajo, antes del parque, en el que siguen el sendero arenoso bordeado de cipreses y cydonias, con oscuras flores rojas. Ellos cruzan el parque y después han de seguir su paseo hasta que llegue esa misma hora en que ellos están pasando acera abajo.

Siempre disfrutan de las sombras alargándose hasta ya no ser cuando cae el sol en la ciudad. Las sombras de los edificios bajos y las propias avanzando por la acera a cada paso.

Ellos ya saben que son dos caminantes, o dos sombras que se adelantan hasta desaparecer durante unos instantes, para volver por detrás. Saben que sus sombras, cuando desaparecen, visitan el lugar aún vedado que los espera cuando acaben sus paseos.

Pero ya son dichosos. Ahora conocen adónde van y qué les espera, aunque hablen de otras cosas, sobre todo el más bajo, al que tanto le gustan las preguntas sólo para escuchar las respuestas de su amigo, detrás de su mirada grande y tierna como la planicie rizada de la laguna.

Saben que los paseos, que el rito de la ciudad, que el parque que espera más o menos a mitad de camino, que la laguna de aguas que conocen el viento, y que los pasos, sobre todo los pasos, son la misma cosa: un paso que siempre se está dando, un paso que no se da nunca, un paso que sin tener nada ya lo tiene todo.

El hombre alto se llama Ion y siempre se ha sabido de su mirada grande y tierna.

El hombre más bajo se llama Uhr y tiene un mechón blanco en medio de su renegrída cabellera. Ellos han sido amigos desde siempre, pero ahora lo saben. Son dichosos porque también saben que la próxima vez no será necesario ser amigos para estar juntos.

La guerra del fuego

Parece que sí, que me quedan un par de días. Ya no aguanto más pero antes, imposible. Ni soñarlo después de eso.

Sí, Gerardo se fue hace un rato. Este Gerardo, qué personaje. Querés que te cuente cómo fue todo. Pero si ya más o menos sabés. Bueno, está bien. Te lo cuento desde el principio al fin. Bah, hasta ahora, porque todavía no terminó, aunque parece que falta poco.

Esa era la segunda vez que íbamos al boliche. El boliche queda en la loma de la mierda, en la otra punta de la ciudad. Con el metro es casi imposible llegar. Viste que las paradas están lejísimo una de otra y pocas veces te salvás de patear un montón para llegar a donde tenés que ir. Y cierra bastante temprano.

Estábamos en el centro, que también es gigante. No en el centro centro, donde está la Nevsky, sino en una de esas calles un poco olvidadas de los alrededores. Esas calles que se ve que fueron muy elegantes pero que no se las mantuvo en condiciones. Como tantos edificios, bah, casi todos los edificios. Qué calidad debe haber tenido la construcción si después de doscientos años las ventanas todavía cierran perfecto. Qué nivel, pero todo muy caído. Con esa sensación de tristeza que te da lo que parece irrecuperable, viste. Con esa bronca que te produce la ineptitud de los que se hicieron cargo de las cosas.

Y duró mucho, más de cincuenta años, me parece. No sé cómo les costó tanto darse cuenta de la locura en que habían entrado. Pero bueno, locura se sigue viendo día a día. Perdoná que me desvíe pero es imposible no pensar en esto cuando venís aquí y ves semejantes tamaños, semejante amargura, semejante abandono. Debe ser duro reconocer que te equivocaste cuando defendiste con uñas y dientes tu postura. Cuando no pudiste o no quisiste ver las cosas, o te hiciste el boludo porque te convenía. Bueno, qué sé yo, habíamos llegado a ese barrio, cerca del centro, donde nos habían dicho que se bailaba. Era un cine de los que se construyeron durante el comunismo para, no sé, educar a la gente. La idea parece buena pero el cine te daba una tristeza bárbara porque también estaba abandonado. Lo usaban para boliche. Y lo peor era que no había baile. Pero estábamos los tres, Gerardo, Néstor y yo, y había buena onda. Los tipos tienen problemas de transporte pero se las arreglan como pueden. Cada media hora aparecía una combi y juntaba a la gente para llevarla. No sé cómo entendimos que la combi nos podía llevar al boliche de la noche anterior y decidimos esperar la próxima porque la que vino se llenó de bote a bote y no nos parecía nada seguro. Además no entendíamos dónde o cómo se pagaba. La siguiente llegó como una hora después. Casi nos vamos pero ninguno de nosotros somos de entregarnos así nomás y esperamos hasta que llegó. No te cuento cómo se lanzaron todos. Nosotros nos dormimos un poco y cuando reaccionamos ya casi no había lugar. Bah, no había nada de espacio pero a fuerza de empujar, entramos a presión. Una bestialidad pero nadie nos dijo nada, no sé si porque ya están acostumbrados o porque estaban pugnando por la supervivencia. Yo creo que si alguno se tira un pedo se produce una masacre. Aunque en mi caso yo no hubiera sentido nada porque tenía el morro apretado contra el hombro de Gerardo que estaba ahuevando el techo de la combi con la cabeza. Pero, aunque te parezca mentira, la de él era una de las mejores posiciones allí adentro. Porque yo venía de culo. Había quedado debajo de él, que se sentaba encima de Néstor, y debajo de Néstor que se sentaba arriba mío. Un montón de peso, pero ése no era el principal problema. El asunto era que

yo no tenía nada debajo de los muslos flexionados. No me caía de culo porque tenía la espalda apoyada contra la chapa de la cabina, así que llevaba las piernas muy flexionadas, sin nada donde apoyarlas y con dos toneladas de peso encima. Cuando me entró el hormigueo en los muslos, apenas sobre las rodillas, me empecé a preocupar, a lo mejor el trayecto no iba a ser nada corto, eso si alguna vez llegábamos. Te digo esto porque imagínate la masa que tenía esa combi lanzada a toda velocidad con toda esa carne humana prensada adentro. No sé cómo no tumbaba cuando doblábamos en las esquinas. La inercia te llevaba donde quería y no podías más que entregarte al destino.

Para mí era una preocupación secundaria porque la principal era el vano que había debajo de mis piernas. Me parece que empecé a querer que me las amputaran. Respiré profundo una bocanada del aire viciado que filtraba en la camisa de Néstor, no te olvidés que tenía el morro contra su hombro, y me concentré en olvidar el dolor. No hay dolor, no hay dolor, me decía mentalmente. Pero eso sirve para el pelotudo de Rocky Balboa, aunque ni ése se banca la que vino después.

Mirá, creo que Néstor se avivó de que me empezaban a tomar los primeros síntomas de la gangrena y entre los dos aplicamos fuerza en el mismo sentido hasta que me lo pude sacar de encima e incorporarme, y quedar casi de pie, salvo por el cuello flexionado y la nuca haciendo presión contra el techo de la combi. Quedamos uno detrás del otro y así terminamos el viaje, alineaditos, pecho contra espalda. Porque somos muy unidos, viste.

Creo que llegamos enseguida o habrá sido que el tiempo ya no me parecía eterno. El boliche quedaba donde vos ya sabés, en la dimensión desconocida. Y Gerardo salió de cacería al toque. Néstor y yo nos quedamos tomando una cerveza en una barrita medio improvisada que había en un rincón. En realidad el boliche es medio improvisado, como todo lo que pasa aquí. La gente no entiende bien lo que pasa, no te parece. Cuando se terminó la cerveza ya se nos había calentado el pico y pedimos un champagne. Son los lujos que nos damos los argentinos ahora que somos del primer mundo, viste. El champagne estaba caliente, para variar, pero le hicimos el aguante

como corresponde y seguimos conversando. En una de esas se cruzó la mina ésta. Yo no me di cuenta de lo hermosa que era, si no me cago todo y no le digo nada. Pero no presté mucha atención y como tirando un tiro al aire la invité a bailar. No hay demasiada gente que hable español aquí, pero como el boliche es de latinos se ve que las posibilidades de encontrar quien lo haga son mayores. La mina se llama Alla, pero con doble ele, entendés. Alla Koksharova. Y habla el español perfectamente. La verdad es que fue fácil y muy agradable por donde lo miraras porque es hermosa. Vos no la viste pero es hermosa. Además me trataba con una delicadeza increíble. Nos enganchamos a hablar de Argentina y de cualquier tema. Si yo hubiera sabido la que me esperaba, quizás hubiera sido diferente, quién sabe. Viste cómo somos en esos momentos.

Además lo de Gerardo no me ayudó para nada. Gerardo andaba dando vueltas y cada tanto se cruzaba con una mina que para mí estaba medio mamada. Seguro que estaba medio mamada y Gerardo le metía fichas. Por esa mina se armó todo el quilombo. Bah, el quilombo se armó porque se tenía que armar.

Ya desde el primer momento noté algo raro. Como si estuviera pendiente de otra cosa. No entendía por qué Alla se iba cada tanto y después volvía a hablar conmigo. Yo le metía cada vez más fichas y ella no se terminaba de quedar, ni se iba del todo. Cuando yo le proponía que hiciéramos algún programa para el día siguiente no me contestaba. Como yo le insistía me miraba con unos ojos un poco melancólicos y me decía que era imposible, que no podía. Pero no se iba y a mí me parecía que le encantaba quedarse conmigo. Yo estaba desorientado tratando de dilucidar cuál era la situación, pero ni cerca. Tanto me desorientaba que tuve que hablar con alguien. Empecé a pensar que era un gato y que por alguna razón no me lo decía. Ya me había pasado varias veces que minas impecables, hermosas y preparadas, estaban laburando. Si no date una vuelta por la Plaza Roja de Moscú. Bueno vos ya sabés. Qué locura, no. Cómo será para una mina de ese nivel tomar esa decisión. Todo un tema. Dónde estará el límite entre la vocación y la necesidad. Debe estar bueno ser una mina y probar ser puta.

Yo me juego que a muchas las debe intrigar pero no se animan. Otras estarán bien lejos de eso y a otras ni les debe calentar. Bueno, la cuestión es que yo me puse a pensar que me estaba pasando lo mismo de la Plaza Roja, y que a lo mejor ésta también estaba laburando y no me lo quería decir. Alguien me había dicho que el boliche era de un colombiano y pensé que, aprovechando la solidaridad latinoamericana, tal vez me podía explicar qué pasaba. En ese momento no le comenté nada a Néstor porque a uno siempre le da vergüenza mostrar excesivo interés por una mina que te encanta. Además, viste cómo es Néstor, no se engancha mucho con la joda y ese día estaba cansado. En algún momento me dijo que se iba y después no lo vi más.

El colombiano estaba detrás de la barra más grande y yo lo encaré sin vueltas, pero amablemente, porque preguntarle si en su boliche había minas que estaban laburando podía caerle como el culo. Eso sí, antes de la pregunta le expliqué que se la hacía porque estaba desorientado por el comportamiento de una mina que me gustaba.

El flaco me dijo que en su boliche no trabajaba ninguna mina y que tampoco se vendía falopa. No me lo dijo ni mal ni bien. Yo le pedí disculpas y le insistí en que le hacía la pregunta porque la mina me tenía desorientado. Entonces me dijo que se la mostrara y salió de detrás de la barra.

Justo pasaba para irse afuera otra vez, y cuando estaba subiendo la escalera, se la marqué. Se quedó un cacho en silencio y después me dijo que era mejor que no la siguiera con esa mina. No me gustó nada cómo me lo dijo. Quién carajo se creía que era para darme consejos. Yo me las aguanté y me quedé callado mirándolo. Me di cuenta de que algo raro había. El flaco me dijo que pensara en buscarme otra mina, que para qué me iba a meter en quilombo siendo extranjero y con todas las que había en el boliche. Te tengo que decir que yo me asusté un poco pero, por supuesto, la curiosidad pudo más. Y ni hablar de la belleza de la mina. Entonces el chabón me dijo que esa mina, Alla, te dije, era la mina de su socio ruso. Y que los rusos no son como nosotros los sudacas. Que no te la perdonan y más por ser extranjero. Que tuviera cuidado y

que mejor me buscara otra mina, que había de sobra. Después me saludó así nomás y se fue detrás de la barra. Me puse nervioso. Néstor ya se había ido y Gerardo seguía boludiando con la loca mamada. Así que me fui a pensar a un rincón. Qué suicidas que somos cuando nos gusta una mina. Casi me había decidido a seguirla hasta las últimas consecuencias y de última salir corriendo a toda máquina si se me venían los rusos encima, cuando lo veo a Gerardo que se va de la mano con la mamada, que estaba bastante buena. Pocas minas feas en Rusia, viste. Son más lindas las minas que los tipos, no es cierto. Altas y con ojos de los que no hay. Bueno, Gerardo se iba con la mina y ahí empezó a gestarse la que se vino después. Me lo contó anteayer con lujo de detalles y te juro que me hizo reír. Me hizo reír a las carcajadas. Me dolía todo de tanto hacerme reír. Nos recagaron a pedos para que nos calláramos. Parece que no les gusta la alegría, así que la gorda mala onda nos dijo que hiciéramos silencio.

Bueno, te cuento. Viste que Gerardo anda siempre con esos borceguíes con suela de goma bien alta. Esos borceguíes, que este guacho tiene incorporados a su anatomía de enano patas cortas, son el detonante de la que se vino en esa noche inolvidable. Sí, reíte, loco, no pasa nada. Hay que meterle onda, ahora ya está, qué se puede hacer.

Es así. Sin los borceguíes no pasaba nada, y ni vos ni yo estábamos hablando de esto. Si tuviera que ponerle un título a esta historia la llamaría “la pasión del borceguí o en los lindes de la necrofilia”. Está bueno, eh. Por qué no llamás a Estocolmo y me proponés para el Nobel. No te parece que me lo merezco. Está bueno cagarse de la risa.

Bueno, resulta que cuando Gerardo sale a la calle con la mina empiezan a preguntarse por señas a dónde iban. Porque ninguno de los dos hablaba un carajo de inglés. Gerardo me contó que él le decía a la mina “to your appartement” y que la mina lo miraba y le respondía señalándolo “to your appartement”. Gerardo le respondía “no, no, too far, go to your appartement”. Pero la mina se hacía la boluda. Entonces Gerardo miró alrededor y tomó la decisión fatal, no te rías, de cruzarse a la plaza de enfrente y coger allí. Sí, ya sé, solamente Gerardo puede hacer algo de ese

calibre. Cien grados bajo cero y a la plaza. Por eso la humanidad sigue sobreviviendo. Nada como el instinto sexual. Aguante el coito. Y Gerardo decidido a cruzar a la plaza. Me contó que la alzó de la cintura y la mina lo rodeó con las patas y así se encaminó a cruzar la avenida, que era igual que todas las avenidas de aquí. Viste que muchísimas tienen los rieles por donde pasaba el tranvía sobresalidos y están llenas de desniveles y baches. Bueno, ésta no era la excepción y Gerardo la emprendió, mina en ristre, a cruzar la avenida. Si no hubiera tenido los borcegués, a lo mejor y a pesar del pedo, el discernimiento le alcanzaba para atravesarla camino de la plaza oscura y helada. Y acogedora, claro. Pero no, justo cuando echaba el pie hacia delante para pasar por encima del riel, su sensibilidad anestesiada no calculó el grosor de las suelas y tocó levemente con la puntita de goma la cresta del riel. Imaginate que tenía el centro de gravedad, mirá cómo te lo describo, bastante desplazado hacia delante, por el peso de la mina, así que el pie que venía detrás no alcanzó a permitirle recuperar la vertical, aunque haya dado una zancada salvaje. Sin soltar la mina que ya se había entregado a su sino y tras dos o tres trastabilladas que le habrán volado los cuádriceps, fue vencido por la fuerza de succión. Te gustó, eh, llamá ya a Estocolmo. Bueno, al final el pibe salió despedido hacia delante con mina y todo. Imaginate el palete, por Dios. Dice que le cayó encima como venía, que los cosméticos de la mina se desperdigaron por la planicie y que el coco le rebotó varias veces sobre el asfalto. Yo le pregunté qué había hecho, entonces. Y el guacho me mira y me dice, con la carucha de póquer que ya le conocés, que aprovechó que estaba muertita para cogerla.

Nooo, mentira, me dijo enseguida, qué personaje.

Al final cruzó con la mina, que parece no haberse desvanecido en absoluto, ni enojado, supongo que sería el alcohol, y se la cogió nomás, podés creer.

Pero eso no fue todo, claro. Sí eso hubiera sido todo, no estaríamos aquí, eh. La mina tenía una camisa blanca, de eso me acuerdo, vos sabés. Esas cosas que te quedan grabadas. Por supuesto que el animal no se la sacó porque había bastante barro. Imaginate cómo quedó la camisa de la mina después del polvo. Pero ninguno se dio por aludido y volvieron al boliche.

La mina delante, con la camisa manchada de barro y él detrás, haciéndose el boludín, como si no pasara nada. Me contó que de algo se dio cuenta cuando entraba por cómo lo miraron los flacos de la puerta, después de verla a la mina.

A todo esto yo seguía trabajando para levantarme a Alla, que cada vez me gustaba más. Era como en la película “La guerra del fuego”. Vos la viste. Había una escena en que llegaba una tribu a la carrera para hacerlos crema a los integrantes de la otra tribu. Uno de los protagonistas, creo, pertenecía a la tribu a la que venían a hacer pelota pero justo le toca pincharse una mina, o lo que fuera, un segundo antes y el loco, aun viendo cómo se le venían los otros a boletearlo, le da a toda velocidad en lugar de salir corriendo. Y la mina, la hembra, se queda quietita de espaldas esperando que el flaco termine. Qué instinto, eh. Por eso gira el mundo, no. Bueno, yo me debo haber quedado por lo mismo.

Aunque está bueno agregarle lo del amor. A lo mejor el amor posible sea una manera mejor de lo mismo, que al final es juntarse y coger y tener hijos y tender a Dios. Aunque de Dios no te acordás ni por puta cuando estás cogiendo. Qué locura. Pero aquí tenés tiempo de filosofar, qué otra cosa podés hacer además de dormir y filosofar.

Yo me quedé intentando retener a Alla, que seguía yéndose y volviendo. Me dejaba con las ganas. Una mina muy bella, perdoná la insistencia, pero además interesante, por lo preparada. Sabía un montón de Argentina. Justo estábamos hablando de eso cuando lo veo entrar a Gerardo con la otra. Me miró con la cara de nada que se pone dos segundos antes de que se vaya a derrumbar un edificio, y enseguida le toca el hombro uno de los flacos que estaba en la puerta.

Yo me di vuelta hacia Alla. Me acuerdo rebién de la cara que puso. La misma cara que tenía el primer día que apareció por aquí y nos vimos de golpe. Después ya no se la noté más, la verdad es que espero que no la vuelva a poner porque seguro que se viene la hecatombe. No se la vi más, al contrario, está como más tranquila, la tendrías que conocer a ver qué opinás. Aunque nunca sabés bien qué le está pasando. Siempre hay algo vacío. Algo como imposible de superar, como las distancias

bestiales de este país tremendo. Estos son los tipos a los que les tengo más miedo, porque ellos parecen no tenerle miedo a nada y capaces de hacer cualquiera si la situación lo demanda.

Así es la mirada de esta mina, aunque no siempre. Cuando sonrío le ves la mirada, cuando está seria no.

Bueno, paro con el romanticismo y te la termino. Los rusos lo empezaron a apretar a Gerardo y él no sabía qué contestarles. Estaba medio cagado y no les entendía un pomo. Alla me dijo que le preguntaban qué le había hecho a la mina. Gerardo no les decía nada, parecía medio abombado. Uno de los tres rusos lo empujó y yo cometí la boludez, el heroico desatino, de meterme a defenderlo. Por qué no habré dejado que lo recaguen a trompadas. Fue la úuuultima jugada de la noche. No va más gritó el crupier. Anteayer Alla me lo explicó, ya me tenían marcado y no sabían qué hacer hasta que les di el motivo. Me dieron para que tenga. Masa de la grosa. Mirá, tengo pocos recuerdos. Casi nada. La gorda mala onda se dignó explicarme que es normal no recordar nada o casi nada. Primero me dieron una piña, con un yunque calculo, que debe ser la que todavía me duele, después una patada de burro en el costado, después se me vienen las luces de la calle y después nada, la noche de los tiempos. Se le quemó la lámpara al televisor. No me acuerdo de nada hasta que estaba aquí. Me pasé un par de días así. Mucho, loco, demasiado, pero bueno, aquí estamos.

El televisor arrancó un par de días después, según Gerardo. La cana vino con un traductor pero para mí que no les calienta un carajo. Seguro que quieren alguna coima para seguir con el asunto. Me quedó un odio infernal. Estoy muy resentido pero qué voy a hacer. Ya estoy marcado por estos hijos de puta y lo único que me interesa es salir de este puto hospital. Ojalá que sea mañana. La verdad es que no aguanto más, loco, no aguanto más.

Bueno, loco, vamo el equipo, esa es la historia narrada por el protagonista. De primera mano, eh. Pero te prometo que voy a tratar de no acceder a otro papel como éste.

Ah sí, Alla ya vino dos veces y me dice que va a volver antes de que me larguen. Me dijo que estaba bien con el ruso. Yo le

pregunté si le gustaba estar con uno que la retiene a las piñas y no me contestó nada. Estoy seguro de que un poco le gusta. Hay minas a las que les gusta que se las ganen a piñas. Mirá, si no fuera así, no nos andaríamos cagando a palos por ellas.

El carácter del lugar

Sol y playa, sol y playa, sol y playa.

¿Vacaciones?

Sí, en Dominicana.

Dominicana, ¿eh?

Dominicana, Dominicana.

Y ¿qué tal?

Y... sol y playa.

Ah, mirá.

Lo que quieras. Todo lo que quieras. La cantidad que quieras.

¿A cualquier hora?

Lo que quieras a cualquier hora. Ahora dan las bolsas.

Sí, ahora, ahora, las doce.

Octubre mal.

Octubre mal.

Agosto, setiembre y octubre, mal.

Agosto menos dos, setiembre menos tres punto cinco, octubre menos dos punto siete, el Nikkei.

Sí, por eso Dominicana. ¿Y vos?

El Dow Jones en... era agosto, setiembre y octubre, ¿no?

Sí, agosto, setiembre y octubre.

Yo a Mauricio, exótico.

Exótico.
Exótico, exótico, exótico.
Sol y playa.
Exótico, y hablan inglés.
Inglés... en Dominicana también.
Inglés y francés.
Francés... mmm, español, pero todo lo que quieras en inglés. Muchos Mercedes.
Mercedes.
Sí, Mercedes.
¿Audi?
Mercedes.
Mercedes es Mercedes.
Sí. Sol y playa, sol y playa.
En Mauricio sol y playa. Muy exótico.
Dominicana. Tenés que ir. Lo que quieras.
Sí, ¿hablan inglés?
Ehhh.
En Mauricio inglés, cuando querés. Exótico. Hay palmeras en la playa.
¿Y más adentro?
Más adentro...
Agosto, setiembre y octubre, menos siete punto nueve, mejor.
Tres puntos mejor.
Dieciséis por ciento más.
Dieciséis por ciento.
El Mercedes dieciséis por ciento más.
¿Audi?
Audi...
Mercedes es Mercedes.
En Dominicana hay palmeras en la playa.
¿Más adentro?
Un camino de tierra
Un camino de tierra. Tres piletas, all inclusive.
Es por los chinos.
Los chinos once por ciento por año. Soja.
Sí, soja, soja.

Petróleo.
Sí, petróleo y petróleo.
Y también Mercedes.
Mercedes es Mercedes.
Sol y playa. Un camino, hablan en inglés. Y en francés.
Me parece que tres piletas.
En Mauricio, tres piletas debajo de las palmeras. Lo que
quieras.
Sí, me parece que tres. Debajo de las palmeras.
Con los bonos.
Con los bonos casi nada.
Apenas menos unas décimas.
Menos dos décimas en promedio. Sí, debajo de las palmeras,
casi seguro que tres, lo que quieras. Exótico.
¿Exótico?
Hablan inglés. Español. Y música. Tenés que ir.
Es distinto.
Es diferente. El hotel de primera. Una fuente llena de peces
en el lounge.
En Mauricio.
No, en Dominicana, tres piletas.
En Mauricio tres piletas y el hotel de primera. Una fuente
con peces me parece. Hablan inglés.
¿Mercedes?
Mercedes no, Rolls y BM y Audi.
Todas alemanas.
Rover, Rolls, Jaguar, todas BM.
BM. Mercedes, Audi.
Todas alemanas. El agua transparente.
Sí, transparente en la pileta y en el mar.
¿En el mar?
Ehhh. Sí, transparente. Es diferente, exótico. Lo que quieras.
Mauricio.
Ehhh...
Cuatro años seguido al nueve.
Menos el diez por ciento.
Este año el dieciocho.
Sí, el dieciocho del nueve.

Uno punto siete.
Siete punto tres este año. La soja.
La soja, la soja.
El petróleo.
Ciento dos dólares.
Baja.
El dólar baja.
Los dos. En Dominicana el mar transparente, la pileta
seguro. Tenés que ir.
Es diferente, ¿no?
Sí, es diferente. ¿Mauricio, no?
Sí, Mauricio.
¿Es diferente?
Ah, sí, distinto, exótico.
Hablan inglés.
Sí muy bueno el hotel. All inclusive. Tenés que ir. El frigobar
lleno de exquisiteces.
¿En Mauricio?
Sí, y está todo all inclusive.
En Dominicana hay frigobar y ventanas a la playa.
Ventanas a la playa, ventanas a la playa...
Se ve el mar, se ve el mar.
Ventanas a la playa...
Treinta por ciento, es mucho.
Así cualquiera tiene superávit.
Los salva China y la India.
Hay que ver qué pasa con el precio, casi treinta dólares.
Casi cincuenta por ciento en un año.
Es lo que pasa en toda Sudamérica.
China, soja, petróleo.
Sí, sí, ventanas a la playa, tiene ventanas a la playa.
En Mauricio, ¿decís? ¿Mauricio no?
Ehhh. Mauricio, Mauricio, ventanas a la playa, tres piletas,
frigobar.
All inclusive.
All inclusive.
¿Es distinto, no?
Distinto. Mauricio, tenés que ir.

Sí, Mauricio después de Dominicana. Yo fui a Dominicana.
 Un lugar diferente.
 Venden langostas en la playa.
 Sííí, sí... los negritos que suben a las palmeras.
 ¿Los negritos?
 A buscar cocos, los negritos.
 ¿Cocos?
 Venden langostas en la playa.
 Los negritos... no me acuerdo. Puede ser, me parece que sí.
 Langostas en la playa.
 Bien, Brasil, uno punto setenta y tres.
 Y superávit comercial. Mil setecientos millones. Es un ejemplo.

Sí, un ejemplo, y Chile.
 Chile, un ejemplo. Las AFJP.
 Y el cobre y las frutas.
 Más serios, un ejemplo.
 Ordenaditos desde hace treinta cinco años.
 Un ejemplo.
 Sííí, los negritos en la playa, hablan inglés. Fácil.
 ¿Fácil?
 Del aeropuerto al hotel enseguida.
 No te revisan nada.
 No te revisan nada. Del aeropuerto al hotel, enseguida.
 Buen freeshop en Dominicana.
 ¿En Dominicana?
 Ehhh..., en Dominicana. Bueno para las mujeres.
 ¿En Dominicana?
 Sí, bueno para las mujeres.
 En Mauricio, ¿no?, sí, en Mauricio, bueno para las mujeres, y el shopping del hotel.
 El shopping del hotel.
 El shopping del hotel en Mauricio, bueno.
 Para las mujeres el shopping muy bueno.
 ¿Dónde?
 En Dominicana, en Dominicana. ¿Mauricio?
 Buen shopping. Electrónica, filmadoras digitales.
 Laptop.

Laptop, filmadoras digitales.
Plasma.
Plasma, ¿en Dominicana también plasma?
Ehhh...sí, buen shopping. La ropa no, mi mujer.
160 % la industria textil el primer año.
163 % el primero, pero ya bajó a los niveles promedio.
9.
8,9 de los últimos cinco.
Entra de Brasil y China.
China, China. Segunda Alemania.
Desde octubre, la pasó a Alemania y sigue.
China, todos los equipos chinos.
Los pibes equipos de buceo chinos.
¿Los pibes?
Los pibes equipos de buceo chinos.
Ah... sí, los pibes. Lucho, un amor, buenísimo.
Sí, sí, Lucho.
Lucho no molesta, es callado, da vueltas.
Sí, Lucho, da vueltas.
Da vueltas.
Ah, mirá.
Da vueltas cerquita. Tranquilo, se las arregla solo.
Los equipos de buceo chinos.
¿Buceo?... sí. Buceo, sí.
¿Sí?
Ehhh. Sol y playa, no joden.
Sol y playa y plata. Plata y no joden.
Sí, tranquilos, plata y sol. No joden. Mauricio. Hay actividades.
Ehhh. Sí, actividades. Actividades. Un profesor.
¿En Dominicana?
Todo chino, primeros arriba de Alemania.
Desde octubre.
Sí, sí, todos los días actividades.
En Mauricio, un profesor en inglés, para las actividades.
Si, todos los días actividades.
Actividades, todos los días, todos los días.
¿Mauricio?

Ehhh, sí. Mauricio, exótico. Vos Dominicana.
Ehhh... exótico, exótico.
¿Dominicana?
Ehhh. Tres piletas, con palmeras.
Y camino de tierra detrás, diferente.
¿Mauricio?
El agua transparente, en la pileta seguro.
En el mar también.
El frigobar.
El frigobar y el shopping.
¿Mauricio?
¿Vos, Mauricio, diferente, tenés que ir?
Yo... Mauricio, Dominicana exótico, la próxima tenés que ir.
La próxima, la próxima. ¿Vos?
Yo la próxima, la próxima.
Diferente.
Distinto.

Rosario viaja con perros

Se podría afirmar sin temor a equivocarse que, antes de lo ocurrido en Harrow on the Hill, la principal virtud que Edgardo Meneces había encontrado en su mujer era la cordialidad. Con la distancia que aconseja la buena educación, ella sabía sostener la charla, cualquiera fuera su naturaleza, con sagacidad y simpatía. Sin ser una gran conversadora, hacía sentir a gusto a cualquiera con el que sostuviese un diálogo. Y solía mostrar verdadero interés frente al tema que se abordara, dirigiendo abiertamente a su interlocutor su límpida mirada celeste.

Ella había nacido y se había criado en San José de Costa Rica y, sin duda, la modesta dignidad de esa ciudad de menos de un millón de habitantes y las costumbres de la sociedad del istmo centroamericano la habían moldeado en el trato afable y calmo.

Esa calidez se hacía extensiva a las atenciones que Rosario le dispensaba a los animales domésticos, especialmente los perros.

Meneces había aprendido a percibir el fervor que le prodigaba la mirada de los perros sin importar la raza y el tamaño. Se daba cuenta de que ellos la elegían inmediatamente y que sentían, como una pulsión, el deseo de estar a su alrededor para jugar y manifestar su alegría. Era, pensaba Meneces, como si

la comunicación entre los ojos de los perros y los de Rosario tuviera una intensidad superior a lo que es habitual. Sabían decirse cosas que para él siempre serían un misterio.

Meneces y Rosario habían llegado a mantener alguna que otra discusión por lo que él consideraba un excesivo desvelo de ella por cualquier ser viviente. Esa actitud la había conducido en una oportunidad, alrededor de un mes atrás, a reprender encendidamente a la persona que ella responsabilizó por causar sufrimiento. A Meneces le pareció exagerada la airada reacción de su mujer contra el conductor del camión que, obligado por el tránsito y la estrechez de las calles de Manila, había lastimado con su chasis el follaje de un árbol cuyas ramas superaban la línea de la vereda. Al llegar a la esquina, Meneces detuvo su auto a la par del camión y fue sorprendido por la indignación de Rosario que increpaba duramente al chofer en su poco entrenado pero correcto inglés. El buen hombre no pudo más que reaccionar con un gesto pesaroso frente al reto de la autorizada occidental del auto contiguo para después arrancar la marcha avergonzado.

Meneces y Rosario riñeron sobre el asunto sin que él pudiera convencerla de nada. Por eso no insistió más con esos temas frente a los que, ya lo sabía de cierto, su mujer mantenía una posición irreductible. Por otra parte, era habitual que la mayor parte del tiempo él disfrutara de la disposición de Rosario a la amabilidad y el buen trato.

Sin embargo algo está pasando, pensó Meneces, con indefinida alarma, mientras observaba parado frente a una de las vidrieras del hotel el alegre intercambio de Rosario con Jan Kwant, esperando que ella terminase el desayuno para salir de paseo.

Kwant era el camarero holandés de padre indonésico y madre del lugar que los había atendido desde el primer día, cuando llegaron a la sobriedad de La Haya, donde estaba la oficina central a la que respondía Meneces en su labor de siempre para las Naciones Unidas.

Apenas se habían sentado en la cafetería del hotel, contiguo al Zuiderpark, dos días atrás, se presentó Kwant y desde esa tarde los sirvió con disposición. A Meneces le pareció descubrir algo

llamativo en los ojos del hombre. Prefirió atribuirlo al aporte de la sangre oriental de su padre y a la mera coincidencia.

Frente a la vidriera, quiso volver sobre la idea de que Rosario nunca perdería su gentileza, pero ese acto de la voluntad estuvo lejos de satisfacerlo. Se quedó esperando.

La había conocido cuatro meses atrás, cuando hacía una excursión en compañía de su hijo adolescente por las callosas tierras de Grecia y por sus azuladas islas. Había decidido dedicarle un tiempo al hijo que tuviera de su matrimonio anterior y a quien no tenía muchas oportunidades de disfrutar por sus continuos viajes.

La primera mañana en Tesalónica bajó a desayunar unos minutos después que él y, mientras se servía de las bandejas, la vio por vez primera. Desayunaba sola en una mesa demasiado grande para su larga delgadez. Él sintió que ella le devolvía la mirada pero, luego de cierto tiempo, rememorando juntos el encuentro, como hacen los que no quieren cansarse de amar, Rosario sostenía que fue ella la que tuvo que afrontar el peso de la mirada de él, bajando los ojos sobre su taza de café.

Ese mismo mediodía, cuando Meneces y su hijo se disponían a ingresar a un sencillo comedor del centro de la ciudad, ella se acercó y les preguntó si no les molestaba que los acompañara en el almuerzo. La cortesía, y el interés de Meneces, impusieron una aceptación inmediata que se alejaba mucho del gusto de su hijo, cuyo ceño expresó su fastidio apenas tomaron asiento en la mesita redonda.

Cuando Rosario fue al baño, el muchacho miró a su padre y le dijo: “Papá, esa mujer está enamorada de vos, está enamorada de vos pero no te quiere”.

Esa misma noche Meneces y Rosario se escaparon subrepticamente del hotel para cenar juntos y la intensa conversación que sostuvieron en un restaurante egipcio, un poco perdido en una calle cualquiera, cuajó en dos o tres largos besos antes de retirarse a sus respectivas habitaciones. Al día siguiente, después de andar de copas y bailes por los bares del centro, Meneces pasó la mitad de la noche en el dormitorio de Rosario.

Terminado el viaje con su hijo, volvió a reunirse con Rosario en Barcelona y desde ese encuentro con cena en el Poble Sec, apenas se separaron una semana cuando ella regresó a su casa paterna en San José.

El restaurante era el Can Margarit y allí mismo él empezó a notar la deferencia que Rosario tenía para con el personal, especialmente con uno de los camareros de trato muy femenino que casi los obligó a probar el conejo al ajillo.

Meneces se sorprendió cuando, en medio de las fugaces conversaciones que se mantienen en un restaurante con el personal, Jaume, así se llamaba el hombre, dijo que en su tiempo libre se dedicaba a cuidar perros. Eso iluminó el rostro de Rosario. Y más todavía cuando Jaume contó que tenía varios en un patio detrás del restaurante. Quedaron en que al día siguiente Rosario iría a ver a los protegidos de Jaume. Meneces accedió no muy convencido, pero había tiempo de sobra. Los dos conocían bien la ciudad y no tenían programa fijo.

Además, la actitud de Jaume le daba curiosidad y, por otro lado, su inclinación sexual lo dejaba relativamente tranquilo.

Fue un programa raro, un programa inesperado, se dijo Meneces después de ver los dos perros marrones y la alegría en la cara de Rosario jugando con ellos frente a la sonrisa indeleble de Jaume.

Esa fue la primera vez y no pudo menos que sorprenderse de la poca atención que los animales le prodigaban a él. Cuando quiso acercarse para acariciar al más viejo fue rechazado por un gruñido. Ya son de Rosario, pensó, y están celosos.

Allí mismo, esa noche, en un bar de Gracia decidieron casarse. Ella se tomaría un año sabático antes de estrenar su reciente título de médica y durante ese tiempo lo acompañaría en sus viajes de trabajo.

La relación pasó por su mejor etapa durante los dos primeros meses en que los paisajes y las ciudades se sucedían excitando la joven inquietud de Rosario.

En general Meneces disfrutó la visita que hicieron a su madre en Anthony en el gran París, a algunos quilómetros del centro. Rosario observaba cada planta del jardín con sumo interés y le hacía preguntas a la saludable mujer. Ella contestaba

extendiéndose en los detalles que, como era lógico, le insu-
mían la mayor parte del tiempo en su condición de retirada.
Todo fue amable salvo, quizás, el recurrente exceso en el trato
de Rosario con el parsimonioso Rulfo, un Briard que empe-
zaba a envejecer y que ese día estaba mucho más excitado que
de costumbre. Tanto que Meneces se sorprendió por la poca
atención que el perro le dedicara, siendo que solía recibirlo
con enérgicas manifestaciones de alegría.

Cuando se iban, Meneces percibió un dejo de tristeza en el
saludo de su madre, pero prefirió no darle mayor importancia.

Sin embargo, había comenzado a preocuparse, tal vez por
dos motivos: la lejanía de Rosario que reflejaba en miradas silen-
ciosas y sin fondo y por lo sucedido recientemente en el elegante
vecindario de Harrow on the Hill, donde él tenía un amigo que
hiciera cuando entró a trabajar para las Naciones Unidas.

Durante los tres días que pasaron en su casa, Rosario par-
ticipó poco de los paseos y las mesas, sosteniendo una actitud
taciturna, salvo con Boris, el encargado de la casa. Un hombre
delgado y sonriente que se ocupaba de mantener todo en orden
y de atender tres vigorosos perros oscuros. Era como si Rosario
conociese a Boris y a los perros desde siempre. Hasta a Edgard
le sorprendió semejante familiaridad, pero la dejó pasar, acos-
tumbrado como estaba a gente de todo tipo, haciendo apenas
algún comentario ameno. No era nada extraño esa excentricidad
en una latinoamericana. Además, se sabe, la juventud excusa de
cualquier comportamiento.

Rosario buscaba la compañía del simpático Boris y se lo pasa-
ban haciendo alusiones al incansable juego de los tres animales.
Otra vez los perros, hasta cuándo, se preguntaba Meneces.

Meneces iba por el sendero de estos recuentos, parado
frente a la vidriera del hotel, esperándola a Rosario, cuando
ocurrió la abrupta y desagradable iluminación.

La acometida de una conciencia que comenzó a revelar algo.
Observó a Kwant.

Salivando profusamente se dio cuenta, o quizá fabuló, que
el triángulo que unía sus ojos con el extremo de la nariz era idéntico
al de Boris y aún más, también al del simpático mariquita
del Can Margarit, el Jaume de los perros.

No fue fácil para Meneces recuperar la apostura. Pero, seguramente, fue más arduo el ejercicio de autocontrol que tuvo que hacer cuando Rosario, unos instantes después, le dijo que estaba entusiasmada porque Kwant criaba perros y que esa tarde iría a conocerlos.

Meneces supo algo. Algo que percibió en el gesto de su mujer y en su mirada, que se había alejado de él hacía tiempo, y no pudo más que permanecer en silencio esperando quizás lo que sabía que no iba a suceder.

Pasado el mediodía se excusó de no acompañarla aduciendo cansancio y volvió al hotel. En el cuarto, hizo aquello de lo que, lo hubiera asegurado, se consideraba incapaz. Con el malestar de la aprehensión, pero minuciosamente, revisó el equipaje de Rosario. Dentro del bolsillo de tapa de una de las muchas maletas encontró los seis pasaportes. Entre identidades como las de Chriss Hoffmann y Giorgio Stilianides estaban las de Jaume Zubirach, Jan Kwant y Boris Perez.

En todas las fotos coincidía el triángulo conformado por los ojos y el extremo de la nariz.

Meneces llamó al teléfono móvil de Rosario y no se sorprendió cuando ella le dijo que lo esperaban en la casa de Kwant.

Al abrirse la puerta se enfrentó con la repetida sonrisa indeleble bajo el idéntico triángulo conformado por los ojos y la nariz, pero, sin embargo, no sintió miedo. Tampoco se sorprendió por la convicción en la mirada de Rosario.

Al abrirse la segunda puerta que se cerró detrás de él, se encontró en el pequeño patio interno de altos y fríos muros grises.

Allí, cerca de la pared opuesta, lo esperaban los tres perros marrones que ya conocía. Los tres lo observaron con el rayo de la rabia y la vocación homicida.

ÍNDICE

PALABRAS INTRODUCTORIAS	9
JOAO	13
LA RUTA DE ORTIZ	27
UNA DIRECCIÓN INESPERADA	41
¡SUCUBU!	49
EL SALMÓN	61
LA SEGUNDA OBSESIÓN DE O'HARRIS	77
AMISTADES	91
BICICLETAS	99
LAS ISLAS	125
PORTOBELLO STREET	137
POPÓ	151
SIEMPRE ALLÍ	165
EL TEMOR AL DESAYUNO	171
LA JUSTIFICACIÓN DEL TIEMPO	181
LA GUERRA DEL FUEGO	187
EL CARÁCTER DEL LUGAR	197
ROSARIO VIAJA CON PERROS	205

